

EL MAESTRO
MIRANDO HACIA DENTRO

POE

D. ANDRÉS MANJÓN

2.ª EDICIÓN

Imprenta Escuela del Ave María

HISPANIA

LIBROS HISPANICOS

ZARAGOZA

ESPAÑA



Tit. 425556

CB.



EL MAESTRO
MIRANDO HACIA DENTRO

EL MAESTRO
MIRANDO HACIA DENTRO

POR

D. ANDRES MANJON

~~~~~  
2.<sup>a</sup> EDICION  
~~~~~

GRANADA
IMPRENTA-ESCUELA DEL AVE-MARIA
1925

EL MEVSTRO

THE DOWNY MOUNTAINS

THE FIRST SEIZURE

THE END

PROLOGO

1. EL TITULO DE ESTA OBRA Y SU CONTENIDO.

El título de esta obra dice cuál es su objeto o la razón de su ser y su modo de ser: EL MAESTRO, considerando en breves capítulos las cualidades y virtudes que debe tener un buen maestro, y examinándose a sí mismo para ver si las tiene y en qué grado, o si le faltan.

Aunque las cualidades o condiciones que aquí se estudian son físicas, intelectuales y morales, principalmente se tratará de las que penden de la voluntad o en cuanto de ella dependan, esto es, de las morales, incluyendo en ellas las religiosas y sociales. De aquí el poner las ocho virtudes principales como lema de los ocho libros en que el trabajo se divide: *Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza; Religión, Fe, Esperanza y Caridad*. Cada uno de estos libros se divide en 30 artículos, que tratan de estas y otras virtudes que de ellas se derivan, y cada artículo se subdivide en seis párrafos numerados, que contienen consi-

deraciones claras y cortas, para que brevemente se lean, fácilmente se entiendan, insensiblemente penetren por la inteligencia reflexiva en el corazón y puestas en el santuario de la conciencia, se examine ésta y compare sus ideas y obras con el ideal del buen maestro.

2. EL FIN.

Es una especie de autoeducación o invitación al conocimiento reflexivo y perfección de sí mismo, mediante la lectura, meditación y examen; todo lo cual pudiera condensarse en esta frase: «Maestro, concóctete a tí mismo.»

Como para conocerse hay que examinarse y tallarse, al final de algunos capítulos (pocos) va el examen, más bien por vía de ejemplo que por necesidad; pues cualquiera educador o maestro, leído un punto, puede preguntarse: ¿Sé yo esto? ¿Lo pienso como debo? ¿Lo hago como lo pienso? ¿Lo haré en adelante? Y aquí las resoluciones concretas y los firmes propósitos de enmienda, corrección, perfección y afinamiento de nuestros pensamientos, deseos y obras en relación con el ideal de la educación.

3. OPORTUNIDAD.

Ya que tanto se dice (y no sin motivo) contra las escuelas y maestros que instruyen y no edu-

can, que cultivan inteligencias y no voluntades ni corazones, hagamos algo por educarnos los que enseñamos y educar a los que se nos encomiendan y participan de nuestro modo de ser; pues mal sabrá educar el que no ha sido educado.

Y al hablar de educación y educadores, como la escuela no es la única, ni siquiera la principal educadora del hombre, muchas de las cosas que aquí se dicen son aplicables a los padres, sacerdotes y autoridades sociales y políticas, llamados a educar juntamente con el maestro; pues sabido es que la educación es obra de cooperación.

4. IMPORTANCIA.

Cuanto aquí se contiene, y mucho más que pudiera añadirse, está en la conciencia y los libros; mas se condensa y escribe con la mira de ahorrar tiempo, formar hombres reflexivos y conscientes de sus deberes y del modo de cumplirlos y, sobre todo, hacer que los maestros sean educadores, sin lo cual no serán verdaderos maestros. A este fin va ordenado el examen, cuyos resultados, para cuantos nos dedicamos a educar enseñando, deben ser:

- 1.º *Ratificarnos* en la verdad y el bien, si nuestro criterio y conducta son como deben ser.
- 2.º *Rectificarnos* asimismo, cuando haya error, culpa o defecto subsanable.
- 3.º *Perfeccionarnos* y mejorarnos en todos

sentidos, mediante la visión, reflexión y corrección propias.

4.º *Aprender a vivir* con cuenta, y no como tontos, que no saben si crece o mengua el capital que administran.

5.º *Cortar* cuanto antes el error descuido, abuso o pecado, antes que echen raíces, tomen estado y sea más difícil deponerlos y enmendarnos.

6.º *Renovar* con las sanas ideas, santos arre-pentimientos y eficaces propósitos (que es lo más importante del examen), el alma y su vivir, la voluntad y su querer, la vocación y su fervor y la conducta toda del hombre, del cristiano y del educador, sea maestro o lleve otro nombre.

5. MODO DE USAR EL LIBRO.

Aprende a leer artículo por artículo y punto por punto este libro y tendrás hecho el examen. Pero nota lo siguiente:

1.º Que aquí no se trata de un examen general, como el que precede a la confesión, sino del particular, sobre el contenido de cada artículo, y esto para el maestro educador.

2.º Que en cada examen sólo debe leerse, y releerse o meditarse, un artículo, y esto punto por punto, con atención detenida y reflexión sobre lo leído, aplicándose a sí mismo. Cuando en dos artículos seguidos se repite y amplía el mismo tema, se podrán leer los dos.

3.º Que aunque importa mucho conocerse, importa más corregirse y enmendarse, y el examen va dirigido a formar la conciencia del deber y el propósito concreto y eficaz de la enmienda.

4.º Que no debe contentarse el maestro con quitar culpas y arrancar vicios y defectos, sino que como buen cultivador, sembrará en el alma de los alumnos y en la suya virtudes y perfecciones, en lo cual siempre cabe un más allá, un *plus ultra*.

5.º Suele haber en cada hombre una pasión, vicio o defecto dominante, y esto es lo primero que ha de vencer, dominar y curar el educador; obtenido este triunfo, se facilitan todos los demás.

6.º El que tiene cargo público, como es el de maestro, y en él falta y acaso escandaliza, empieza por quitar el escándalo o la falta con que perjudica a los niños, para quienes es modelo y a quienes tiene un especial deber de enseñar y educar.

6. EL ORIGEN DE ESTE LIBRO.

Este libro se escribió para uso del que lo firma, el cual tiene muchos defectos y pecados de que corregirse y arrepentirse en todos sentidos, y en particular como maestro.

Mirando a su alrededor, se halló rodeado de maestros, o que aspiraban a serlo, a los cuales, por estar bajo su dirección y cargo, debía, no sólo

letras, sino educación moral y pedagógica; y entonces, valiéndose de la mecanografía, reprodujo lo escrito y lo extendió al Seminario de Maestros.

Mas como del Seminario salen los maestros para las escuelas que hay esparcidas por toda España, consideró que debía imprimirlo para uso de los mismos, y así se hizo.

Y ya impreso, si alguno lo quiere leer y utilizar, utilícelo, que en las Escuelas del Ave-María no hay secretos, no hay misterios, todo es para todos.

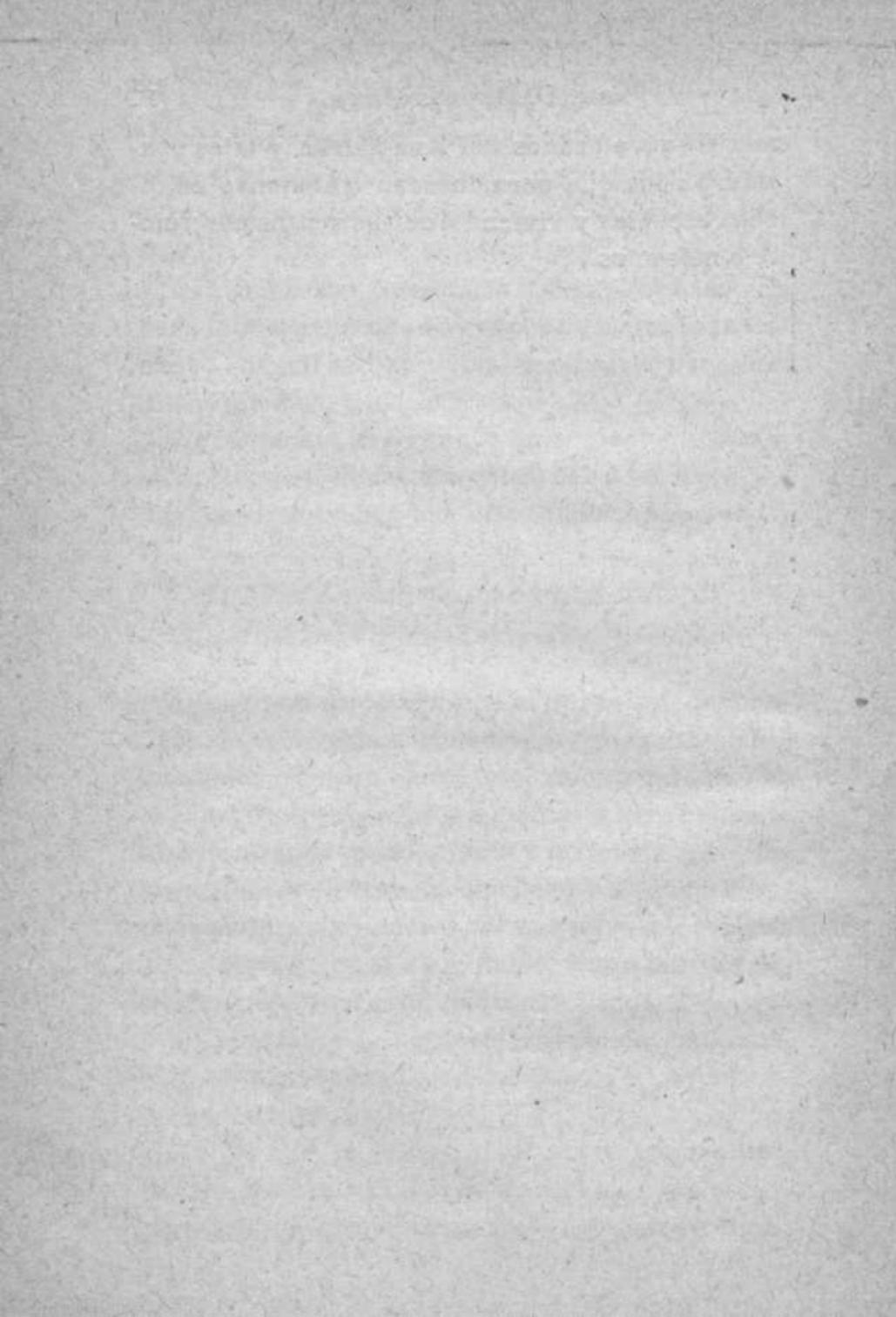
7. ¿PODRA SERVIR PARA LOS QUE NO SON MAESTROS?

Aunque tal como aparece el libro titulado y redactado sólo habla con maestros y para maestros, cualquiera notará detrás del maestro a todo el que aspira a educarse o a educar a los demás, y en este sentido pueden leer y utilizarle, no sólo los maestros de escuela, sino los de otros centros, y los padres, sacerdotes, amos y jefes que tengan a su cargo jóvenes educandos, y aun los que no tengan otro educando que a sí mismo.

Ya que tanto se habla de educación, hagamos algo más que discursos académicos y parlamentarios: eduquémonos.

Por lo que se refiere a la parte económica, cuanto produzca EL MAESTRO servirá para sostenimiento y aun jubilación de los maestros bene-

méritos y veteranos del Ave-María, y tales considero a los que permanezcan trabajando en dichas escuelas y viviendo de sus rentas por veinte o más años.



LIBRO I

VIRTUD DE LA PRUDENCIA

1. DE LAS CUATRO VIRTUDES CARDINALES DEL HOMBRE Y DEL MAESTRO.

Se enumeran y dice cómo sin ellas no hay virtud, hombre ni maestro moral ni cabal.

1 Cuatro son las virtudes *morales* principales, llamadas también *fundamentales*, por ser base y fundamento de las demás, y *cardinales*, por ser como el quicio (*cardo cárдинis*) sobre el cual todas las demás se mueven y giran; estas virtudes se llaman: *prudencia, justicia, fortaleza y templanza.*

2. Sobre estos cuatro pilares se levanta el edificio moral del hombre, y no hay acción que, asentada en ellos, no sea buena, ni virtud verdadera que pueda faltar al que tenga estas cuatro virtudes: el que las practique en toda su extensión y habitualmente es hombre moral y virtuoso.

3. La prudencia es luz que alumbra el entendimiento para que conozca el fin y los medios a él conducentes, guiando la voluntad hacia el bien y apartándola del mal. No hay virtud sin prudencia.

4. La justicia mueve la voluntad a dar a cada uno lo que se le debe en conformidad con lo que Dios quiere. Sin justicia tampoco hay virtud.

5. La fortaleza es la virtud y estuérzo varonil del ánimo para soportar el trabajo y vencer los obstáculos que se oponen al cumplimiento del deber; condición sin la cual no se puede tener virtud.

6. La templanza modera y refrena los deseos e inclinaciones de la carne y los sentidos, conteniéndolos dentro de los límites prescritos por la razón y la fe. ¿Qué virtud será la del hombre que, esclavo de los sentidos, carezca de la templanza, escudo y madre de la sobriedad, castidad, modestia, honestidad y otras virtudes morales y cristianas?

Conclusión.—Si, pues, no hay hombre moral sin las cuatro virtudes cardinales, ¿habrá maestro cabal sin ellas? ¿Interesará que las conozca y se examine por ellas?

El maestro debe ser el hombre cabal.

(Examinato). Mira si tú eres hombre cabal y maestro completo, y si no lo eres, procura serlo, adquiriendo siquiera una virtud o perfección cada mes, a lo cual van ordenados los treinta ejercicios que aquí se ponen.

¡Oh! Si cada mes corrigiéramos un defecto y adquiriéramos la virtud o perfección contraria, ¡cuán buenos seríamos al cabo del año!

2. EL MAESTRO Y LA PRUDENCIA.

*El maestro sepa lo que es la prudencia,
reina de las virtudes.*

1. Por prudencia se entiende el conocimiento de lo que es bueno o malo, en cuanto se puede o se debe hacer u omitir, procurar o evitar.

Si este conocimiento lo relaciona el cristiano con lo que ha de hacer o evitar para agradar a Dios, la prudencia natural se eleva a cristiana y adquiere el mérito de lo sobrenatural y divino.

2. La prudencia es un conocimiento práctico del entendimiento, que atiende al bien y al mal que se ha de hacer o evitar en concreto, o con sus circunstancias de tiempo, lugar, modo, personas, etc., para aplicar dichos medios de un modo conveniente en cada caso.

3. La prudencia, pues, es virtud moral, que por el entendimiento guía, aconseja y ordena la voluntad y demás facultades del hombre, para que éste haga u omita lo que debe, cuando debe y como debe.

4. De aquí el no haber virtud sin prudencia y el llamarla reina y emperatriz de las virtudes, en cuanto en todas interviene y a todas las rige, pre-

side y ordena. ¿Quiere decir esto que todas las virtudes se hayan de estudiar en la prudencia? No, sino aquellas que se refieran principalmente al conocimiento, y esto respecto al maestro.

5. El maestro, hombre de ciencia para la vida, y siendo cristiano, hombre cuya ciencia ordena la vida temporal hacia la eterna, necesita muy mucho la prudencia natural y cristiana, pues ha de ser guía de sí y de otros en los caminos de la vida moral, humana y cristiana.

6. Trataremos aquí de la prudencia del maestro y de las cualidades y virtudes que con ella se relacionan, como es: el conocimiento de lo que es ser maestro, de la vocación y aptitud para serlo, del conocimiento del niño, de las cosas que se le han de enseñar y del modo de enseñarlas, de la preparación remota y próxima del maestro y de su pericia y bondad, de la vigilancia y sabiduría cristiana, concluyendo por persuadir al maestro que ame y cultive la ciencia y la virtud, en sí y en sus discípulos, para que lleguen a poseer la verdadera sabiduría, que es la ciencia y arte de saber conformar nuestras ideas y acciones con las más grandes verdades del mundo moral.

(Examináte y mira si tú sabes lo que es prudencia y obrás conforme a ella.)

3. DEL MAESTRO EDUCADOR DEL NIÑO: LO QUE ES.—SUJETO, FIN Y MISIÓN DEL MISMO.

1. *Maestro educador de niños* es igual a un hombre culto y bueno que educa enseñando, esto es, que desarrolla las facultades de los niños que educa y les transmite conocimientos.

2. *El sujeto* sobre el cual actúa el maestro, tal como aquí lo estudiamos, es el niño, con todo su ser físico, intelectual y moral, y por eso le decimos *maestro educador de niños*.

3. *El fin* del educador es el mismo de la educación: desarrollar y perfeccionar al educando en relación con su destino temporal y eterno, esto es, tal cual lo exige la naturaleza del educando y lo quiere la voluntad de Dios.

4. *Por tanto*, el maestro educador no piense crear naturalezas ni destinos humanos, sino entienda que su primer deber es respetar, venerar y perfeccionar la obra maestra de Dios, que es el hombre con sus destinos. ¡Ay del maestro que falte a este deber sagrado! Y ¡ay del educando que caiga en manos sacrílegas de maestros anti-educadores!

5. *Gran misión* es la del maestro que educa, y cualidades y virtudes no comunes ha de tener para desempeñarla con éxito. *Tratar* de estas cualidades y virtudes es el objeto del presente trabajo.

Que Dios nos conceda su luz para hacerlo con acierto y la gracia de poner por obra el bien conocido.

6. Examinémonos, reflexionando y meditando sobre estas verdades, punto por punto.

EXAMEN

1. ¿Soy yo maestro educador? O lo que es lo mismo, ¿poseo y transmito los debidos conocimientos y al propio tiempo desarrollo las facultades de mis discípulos?

2. ¿Estudio y conozco al niño, al cual he de enseñar y educar?

3. ¿Apunto en mi enseñanza y educación hacia los fines temporal y eterno de mis educandos?

4. ¿Respeto, venero y perfecciono la obra maestra de Dios, que es el hombre en su origen, naturaleza y destino?

5. ¿Tengo las cualidades y virtudes que exige la gran misión del Magisterio?

6. ¿Las conozco siquiera?

Oración.—Dios mío, dame luz para conocerlas y buena voluntad para cumplirlas.

(Sirva este ejercicio de modelo para los artículos siguientes, aunque no se dé hecho como aquí.)

4. HAGAMOS MAESTROS.

Maestro, sin ti no hay escuela: tu formación, pues, y conservación importan tanto como ella.

1. La escuela la hace el maestro; y al maestro ¿quién le hace? Dichoso el maestro que tuvo maestro, porque se ahorrará muchos trabajos y tropiezos y evitará las torpezas y daños del noviciado y la ausencia de ciencia.

2. Pero hay en toda profesión, y singularmente en la del Magisterio, tanto que es personal y no se puede aprender de otro, que aun el que tuvo maestro no se puede descuidar y debe ante todo atender a sí, a su formación, conservación y progreso; de otro modo, cada vez será menos maestro.

3. Y ¿qué será de aquel que no ha tenido quien le enseñe a enseñar ni quien le eduque y prepare para saber educar o, lo que es aún más triste, se lo hayan enseñado al revés o mal?

4. Maestro, no olvides esto: *Atiende a ti*. Tú eres el eje de la escuela, y como sin eje el carro no marcha, antes que a lo demás, *atiende a ti*: fórmate, conserva lo bien adquirido y perfecciónalo.

5. Aunque tu preparación remota sea sólida, no olvides los detalles de la preparación inmediata, que son como la *lubricación* respecto del

eje; si quieres que la marcha sea fácil y sin estrépitos ni desentonos, cuida del eje.

6. No abandones el estudio ni la lectura; no dejes los detalles ni desaproveches la experimentación, y si has de ser formador de almas, no olvides la tuya, que es el eje, el modelo y el impulsor.

EXAMEN

1. Tú, ¡oh maestro!, ¿has tenido maestro? ¿O te has puesto a enseñar sin maestro ni guía? Los daños que tú causes, ¿quién los pagará?

2. Para formar a otros, hay que estar bien formado; ¿lo estás tú? Después de formado en la escuela, ¿te has deformado o abandonado? ¿Sientes menos afición que antes al estudio y la enseñanza, o al contrario?

3. ¿Entregarías una yunta al que no hubiera arado? ¿Y una escuela a un maestro sin haber practicado bajo la dirección de otro maestro versado en ella?

4. ¿Atiendes a los libros, al material, al personal? ¿Y a tí? Te disipas y entregas a todo o del todo; ¿y te descuidas a tí?

5. ¿Vas a clase sin preparar las lecciones? ¿Careces de plan y método? ¿Hablas de lo que sale, sin haber formado antes un plan con todos sus detalles para que la lección aproveche?

6. ¿Reputas la escuela como una propiedad, y

no como una administración, de la cual tienes que rendir cuentas? ¿Estudias? ¿Lees algo más útil que los periódicos? ¿Observas? ¿Aprendes de otros? ¿Eres un oficinista que enseña a leer, escribir y contar, o un formador de hombres racionales y espirituales?

5. MAESTRO, LA PRUDENCIA TE DICE QUE ES
TIMES TU MISIÓN, SABIENDO LO QUE ERES.

1. Maestro, estima tu misión y ámala, si no quieres que para tí sea la escuela, además de un martirio lento, un peligro de condenación.

2. Tu misión es bella, tan bella que no puede menos de enamorarte, si atentamente la consideras.

3. Mira que eres o debes ser:

a) Educador de almas, que es el más grande de los ministerios cerca del hombre.

b) Formador de hombres, que han de ser base de buenas familias y pueblos.

c) El misionero pedagógico, que con el saber y la piedad conquista los pueblos, con la luz alumbrá inteligencias y con el fuego enardece corazones.

d) El modelo del bien decir, del bien pensar y del bien obrar.

e) El mentor y guía de la juventud que se te confía, y la fuente exuberante de la cultura para tus alumnos.

f) El escultor de hombres, de ciudadanos y de cristianos, y en tales respectos, el auxiliar y representante de la Familia, la Patria y la Religión.

g) El unificador de las tres vidas que hay en el hombre: la interna, externa y sobrenatural, la doméstica, social y religiosa, y en tal concepto, el artifice de la sociedad, que depende de esos hombres que tú formas.

h) Un apóstol, en cuanto trabajas por instaurar el reinado de Cristo.

Esto eres o debes ser. Estima, pues, en lo que vale tu profesión, y pide a Dios ayuda para saber estimar y llenar la misión del maestro, que, en cierto sentido, es la misión de Jesucristo al venir al mundo.

4. Y todo eso que eres o debes ser, según lo hermoso, grande, noble y elevado de tu misión pedagógica lo has de realizar con dos armas espirituales: la virtud y el estudio. Estás obligado, pues, a ser instruido para enseñar y virtuoso para edificar, y de tal modo deben vivir en tí y en tu escuela unidas ciencia y virtud, que enseñando eduques y educando instruyas, reduciendo toda la obra escolar a la síntesis o unidad suprema del hombre, que viene de Dios y va a Dios con todos sus actos bien dirigidos.

5. Y ten en cuenta que, siendo tan grande tu misión, no la podrás cumplir sino colaborando en armonía con los padres de tus alumnos, con los párrocos de tus feligreses y con las autorida-

des sociales y políticas de tus pequeños ciudadanos.

6. No seas, pues, egoísta, ni alardees de autónomo, ni te erijas en independiente, que no lo eres, ni conviene que lo sea ningún organismo de cuantos contribuyen a una acción común. El bien de los niños y de la educación exigen armonía, sujeción e inteligencia y acoplamiento de los distintos coeducadores para que la obra no falle.

(Midete en esa talla y verás qué pequeño eres y cuánto te falta para llegar a ella. Examínate)

6. EL MAESTRO CRISTIANO TIENE ALTA IDEA DE SU MISION SOCIAL.

(Ampliación)

1. No hacemos bien sino lo que hacemos con gusto y con amor; no desempeñará con provecho su difícil y penoso cargo el educador si no le ama con todo su corazón, para lo cual necesario es que conozca cuán buena, noble, grande y transcendental es la misión a él encomendada.

2. Salvar las almas y los cuerpos de los niños, ayudar en esta obra a la familia mejorándola, impulsar de este modo hacia arriba la sociedad y la Patria; todo esto depende en gran parte de mi educación.

3. Soy, pues, del cuerpo de los escogidos; Dios

y los hombres me encomiendan sus mejores tesoros, y en mi humilde escuela en mi oscura labor, en mi penoso trabajo, puedo levantar la vista al Cielo y decir: Señor, la obra que me encomendaste perfeccioné; ahora deja que descanse tranquilo en los brazos de la esperanza, recordando que tienes prometida la gloria a quien cuide de tus pequeñuelos.

4. El mundo de la fe, de la honradez y del amor a la humanidad tienen puestos sus ojos en este humilde trabajador, y le animan diciendo: De tí esperamos que repares tantas ruinas como han causado la ignorancia y la barbarie, la incultura y la maldad.

5. El mundo está en ruinas, en lo físico, moral, intelectual y social: ayúdanos a robustecer y mejorar esta raza que se achica, estas costumbres que nos avergüenzan, estas nieblas y tinieblas de errores, que impiden ver con claridad la luz de la verdad; y ayúdanos a sostener la sociedad que, falta de principios fijos, sana moral y pechos robustos, amenaza desquiciarse y disolverse.

6. Ahí te entregamos nuestros hijos, hazlos mejores que sus padres, para que por ellos se salven la Familia, la Religión y la Patria.

(Examínate y entiende que toda meditación es un sermón que cada cual se dice a sí mismo.)

7. EL MAESTRO PRUDENTE SE MIDE EN LA TALLA QUE EXIGE EL MAGISTERIO PARA VER SI LA TIENE. NOSCE TE IPSUM.

¡Oh, tú que tratas de conocer y formar hombres! mira si estás formado para ello.

1. El maestro prudente sabe lo difícil que es ser un buen maestro y las funestas consecuencias de no serlo; por lo cual emplea todas sus fuerzas en hacerse digno de tan alto como importante ministerio, en muchas cosas parecido al del sacerdote y al padre de familia, y aun al padre de la Patria que legisla y gobierna

2. Hay que ver si tiene vocación, salud, inteligencia, cultura y palabra, y sobre todo, voluntad constante y virtud probada. Ningún hombre avisado se mete en aquello para lo cual no ha nacido ni sirve.

3. Sin *vocación*, o llamamiento para el Magisterio, nadie se meta a maestro, porque le pesará, lo hará muy mal, le acompañarán el disgusto y desgana para la enseñanza y probablemente, el remordimiento temporal y aun el eterno, que es ser desgraciado en vida y en muerte.

4. Sin *salud*, nadie acepte un cargo que pide fuerzas y exige un trabajo duro y constante. El ideal del educador y del educando es el *mens sa-*

na in corpore sano, la salud de cuerpo y alma, y el que de ellas carece no puede ser maestro, y menos maestro modelo.

5. Sin *inteligencia, cultura y palabra* no se meta a desarrollar inteligencias ni a cultivarlas. Decimos *sin palabra*, por ser ésta el instrumento principal del maestro o el medio ordinario de comunicación entre el alma del que instruye y la del que aprende.

6. Y, sobre todo, si el maestro carece *de voluntad constante y de virtud probada*, no se meta en una empresa que no es para jóvenes ligeros ni volubles, ni para hombres de conducta averiada, sino para los de voluntad sostenida y perseverante; hombres de tesón, pacientes perseverantes en su trabajo; para varones de conducta intachable, ejemplar y bien probada, no siendo bastante prueba la conversión reciente, sino la virtud sólida y bien contrastada. Ningún hombre prudente entregaría su casa a un ladrón recién salido del presidio y ningún padre puede ver tranquilo confiada la inocencia y virtud de sus hijos e hijas a maestros que ayer fueron corrompidos, aunque hoy les obligue el puesto a mostrarse morales y virtuosos.

(Examínate y mira en qué caso te encuentras.)

8. EL MAESTRO HA DE TENER VOCACIÓN Y
NO SER UN INTRUSO,
QUE ES LA MAYOR DE LAS IMPRUDENCIAS.

1. Dios da a cada uno aptitudes e inclinaciones para el fin que ha de desempeñar en el mundo, y a esto llamamos vocación.

2. Quien secunda su vocación está donde debe estar y desempeña su cargo con gusto y acierto; pero el que contradice dicha vocación es infeliz, y ni tiene gusto ni aptitudes para ello.

3. Tanto importa acertar con la vocación como acertar con la dicha temporal y eterna: y mucho interesa a los pueblos que los funcionarios públicos sean llamados por Dios para su dirección y gobierno.

4. Sobre todo el maestro, que tiene un cargo tan espiritual, que es, como se ha dicho, escultor de almas y generador social, por ser el formador de los hombres del porvenir.

5. ¡Ay de los intrusos en el Magisterio, porque serán muy desgraciados!, y ¡ay de las almas y los pueblos a quienes ellos enseñen, porque se quedarán sin enseñanza y educación!

6. Escuchen estas palabras del Misionero de Dios, enviado cerca de todos los misioneros de la verdad y su Magisterio: «No sois vosotros los que me elegisteis (o debisteis elegir vuestro des-

tino), sino yo; y yo os he elegido para que vayáis (de misión docente) y produzcaís fruto (u obtenzáis resultados), y vuestro fruto sea permanente (esto es la obra de la vocación *para siempre*).

Maestros cristianos, ¿acaso os admira que os llame misioneros y verdaderos apóstoles de los pueblos? Guardada la debida distancia, lo sois, y os son aplicables las palabras dirigidas por Jesucristo a los primeros misioneros de la verdad que transformó el mundo, que fueron los apóstoles.

(Examina tu vocación y pide a Dios que te la dé, si no la tienes ni puedes cambiar de ocupación, o te la devuelva, si la perdiste, pues sin ella estás perdido.

9. EL MAESTRO SEA PRUDENTE EN TODO.

«Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. (J. C.)

1. Aunque la prudencia es necesaria a todo hombre, al maestro le es aún de mayor necesidad, porque sus palabras y acciones han de ir ordenadas a formar hombres prudentes. ¿Y en que consiste la prudencia del maestro?

2. La prudencia del maestro consiste en *pensar* bien el bien que se ha de hacer y decir; en *juzar* si se ha de hacer y cómo y cuándo, y en

ejecutar lo bien pensado y resuelto con decisión, habilidad y circunspección.

3. Si yo no pienso lo que hago y obro de ligero; si juzgo con precipitación o inconsideradamente; si en el obrar no soy constante o en lo que debo hacer soy inexperto, tardo o negligente, *me falta la virtud emperatriz de la prudencia*.

4. Si pienso, juzgo y obro por motivos ni rectos ni nobles, sino por miras egoístas; si ando con astucias, mentiras, dolos y fraudes, tendré la prudencia de *la carne o mundana y la astucia de la zorra, pero no la verdadera prudencia*, virtud madre y eminentemente racional y cristiana.

5. Tú, ¡oh hombre modelo!, sélo en el hablar, sélo en el trato, sélo en las visitas, sélo en las amistades, sélo en el comer y en el beber, en el fumar y en las diversiones, sélo de un modo especial ante tus alumnos y sélo en toda ocasión y momento, porque los ojos de los padres, hermanos, vecinos y de todos están fijos en ti para juzgarte y justipreciarte. Como en el orden de la educación eres un *monte*, todos ven y juzgan lo que de tí se puede esperar para la recta formación de sus hijos. Cualesquiera palabras libres, miradas atrevidas, gestos groseros, faltas de urbanidad, excesos de cortesía, ligerezas, precipitaciones, atolondramientos y torpezas; cualesquiera relaciones ocasionadas, escritos amorosos, amistades sospechosas, lugares poco honro-

sos, etc., atraen sobre ti la nota de menos prudente, y acaso la de sospechoso y aun de escandaloso.

6. Piensa bien lo que has de hacer, juzga bien lo que has de decir y haz bien lo bien pensado y juzgado, y no olvides estas palabras del Gran Maestro: «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.»

Dichoso el maestro fiel a su misión que, con prudencia y celo, edifica a la familia espiritual que Dios le ha dado por medio de la Escuela; él sabrá distribuir el alimento de la doctrina en su tiempo a cada uno, y todos le respetarán y considerarán como a un verdadero padre, modelo de hombres de bien y bienhechor del pueblo.

EXAMEN ACERCA DE LO DICHO

Señor, dadme el ser prudente, aunque sea pobre.

1. ¿Soy el maestro prudente? ¿Obro ante los discípulos como si delante hubiera personas mayores dignas de toda consideración y respeto?

2. ¿Me preparo bien? ¿Me expreso con buenos modos? ¿Observo los más pequeños detalles que contribuyan a sostener la atención y el propio respeto? ¿Me permito chanzas, cuentos, chistes, palabras o gestos de mal gusto, impropios de personas bien educadas?

3. El maestro prudente es discreto y reservado, de tal modo que los discípulos no conozcan ni lo que piensa ni lo que proyecta y medita respecto de ellos. ¿Y yo?

4. El maestro prudente es *circunspecto*, y atiende a las circunstancias de personas, lugares y tiempos antes de obrar, y prevé los inconvenientes que pueden ocurrir en la ejecución de un buen propósito. ¿Y yo? Cuando castigo, ¿lo hago con moderación y pena, y siempre ante testigos? Cuando los pecados son ocultos, ¿procuro no publicarlos para no desconceptuar al pecador ni enseñar a los demás aquello que deben ignorar?

5. En suma: ¿soy el maestro prudente, el maestro modelo? ¿Hay en mi exterior algo que no sea ajustado, ejemplar y edificante? ¿Soy el maestro de lo improvisado o estoy bien preparado y formado? ¿Soy temerario y precipitado, o de juicio sentado y proceder sereno? ¿Soy como el ave que vuela con dos alas, la razón y la fe, o como el pájaro herido en cualquiera de ellas.

6. Ahora conozco la necesidad que tengo de «pedir a Dios la virtud de la prudencia, que es más preciosa que la plata». *Proverbios, XVI, 16*.

10. EL MAESTRO SEA A LA VEZ PRUDENTE Y SENCILLO, PRECAVIDO Y JUSTO.

1. Dos cosas son necesarias al maestro: la prudencia y la sencillez; la *prudencia*, que es la emperatriz de todas las virtudes morales, y la *sencillez*, que es como el encanto de una niñez prolongada a través de los años y de los desengaños.

2. ¿Qué es lo que debemos hacer y no hacer y cuándo? Esto lo enseña la prudencia. ¿Con qué procedimientos, palabras y acciones y según cuáles principios? Con aquellos que sean más propios y estén más al alcance de los niños; esto es, con la mayor sencillez posible, sencillos en las palabras, en la exposición en el orden, etc.

3. Razón y fe serán luces para el maestro prudente que no quiere errar ni tener de qué arrepentirse. Como *hombre de razón*, estudia, observa, consulta, juzga y obra según lo que la ciencia y experiencia propia y ajena le enseñan. Como *hombre de fe*, ora y lo ordena todo a la gloria de Dios y bien de los hombres, con la sencillez de un alma santa, que es parecida a la de un niño.

4. El maestro prudente es precavido, y aun por camino trillado marcha con pies de plomo, no haciendo con su Escuela y alumnos ensayos peligrosos ni usando procedimientos que no se hallen contrastados por la experiencia; pues ni la clase es gabinete de investigación, ni los alum-

nos son conejitos de Indias para hacer con ellos experimentos. Y como sabe que en materia de enseñanza y educación no hay ninguno que se baste, le aconseja la prudencia atenerse a lo conocido y cierto antes de ensayar novedades.

5. El maestro prudente conoce lo difícil y delicado de su cargo y se prepara diligentemente para desempeñarlo, ya con preparación remota en los estudios de la carrera, ya con preparación próxima en las lecciones del día. No hay maestros improvisados, ni lecciones bien dadas, si de antemano no están repasadas y bien ordenadas. La claridad, el orden y el buen método son hijos del estudio reposado, con orden y método. Hija del estudio y el orden en las ideas es la claridad en la exposición y la sencillez en la frase. Nada más antipedagógico que la pedantería y el ahucamiento en la voz y en las palabras, en la acción y en todo lo que es conducta y procedimiento.

6. El maestro prudente, no sólo estudia libros, sino alumnos, cuyo genio, cultura, capacidad, educación y carácter ha de conocer, si ha de proporcionar los medios pedagógicos a las necesidades de los educandos. Nada más antinatural que el rasero de la igualdad en una escuela, pues cada alumno tiene su modo de ser; y nada más desmoralizador que la falta de una regla común, a la cual todos se atengan. La prudencia consiste en hallar el término medio entre estos dos peligrosos extremos. Una igualdad absoluta es im-

posible en todo, y una diferencia en todo hace imposible la escuela. Dichoso el maestro cuya prudencia y sencillez le asemejan a las de un buen padre que tiene muchos hijos, todos distintos, y a todos educa sin distinciones odiosas ni desastrosas confusiones.

11. EL MAESTRO SEA HOMBRE DE PLAN Y MÉTODO Y DE PROCEDIMIENTOS Y FORMAS QUE INTERESEN AL DISCÍPULO.

La diferencia de los hombres y maestros en general más consiste en el método de la educación que en el talento natural

1. *Educación enseñando* significa tanto como enseñar desarrollando facultades y construyendo con ellas y los conocimientos por ellas adquiridos y ordenados el edificio mental dentro del cual ha de vivir el educando por toda la vida.

2. Para ello se necesita que el maestro, instructor y educador a la vez, tenga un plan bien meditado de lo que haya de enseñar y un buen método pedagógico para desarrollar a un tiempo la mente del alumno y el contenido de la enseñanza.

3. Forme, pues, un croquis de las asignaturas o porción de ellas que se propone enseñar; divídalas en partes, y éstas en lecciones, y, proce-

diendo siempre de lo menos a lo más, de lo poseído a lo que se desea, marche por caminos o procedimientos que le sean familiares hasta llegar a dominar toda la materia planeada y proyectada

4. En los procedimientos, prefiera el diálogo bien dirigido al discurso mejor hablado; el hecho bien conocido preceda a la regla o principio, salvo que la naturaleza de las asignaturas exija lo contrario, y no se canse de sensibilizar las cosas, haciéndolas pasar por la vista viéndolas, por el oído oyéndolas, por la mano tocándolas, dibujándolas o escribiéndolas, y por la acción haciéndolas o representándolas, sencillamente, puerilmente, sin incurrir en la nota de lo ridículo ni temeraria del juego pedagógico. No hay niño que resista a la acción o representación de una lección cualquiera, y quien atiende aprende, si quien le enseña lo entiende.

5. No se canse el maestro de escribir para sus usos lecciones y modos de enseñarlas, y no se satisfaga con las claves y ejercicios impresos de mano ajena, sino que, utilizando estas industrias, procure poner los productos al alcance del consumidor, y sabido es que hay muchos modos de guisar, pero al niño el que más le gusta es el de su madre, y el maestro es la madre de aquella inteligencia incipiente.

6. En suma: sepa bien el maestro lo que ha de enseñar y acótelos, divídalo según plan, explíque-

lo con método y jamás pierde de vista al alumno, para saber donde está, cómo va y si atiende, ordena y entiende aquello que el maestro le propone o él inventa o discurre.

Y tú, maestro, ¿como andas en estudios, plan y método de enseñanza? ¿Cuáles son tus formas y procedimientos? ¿Eres acaso un improvisador y un charlatán sin plan, orden, formas ni método pedagógico? (Exáminate.)

12. EL MAESTRO SABIO Y PRUDENTE PROCURA QUE LOS DISCÍPULOS APRENDAN Y HAGAN BIEN LAS COSAS DESDE EL PRINCIPIO.

1. Hay un modo de nunca llegar a ser sabio ni bueno, y es el no hacer bien el estudio ni la virtud; y hay un medio de llegar a ser sabio, virtuoso y santo, y es hacer *desde el principio bien las cosas*. El saber y el progresar es cuestión de métodos y perseverancia; quien los tiene, sabe y adelanta; quien no los tiene, retrocede o se estanca. Maestros, ya sabéis cuál es el secreto del progreso y de la buena educación; ahora ponedlo por obra.

2. Y no sólo están en el buen método el saber y el valer, sino el mismo gusto y facilidad para el trabajo; pues siendo en su principio todas las cosas difíciles y a veces arduas, vencidas las dificultades *desde el principio*, a aquel primer trabajo

nos facilita el que viene después, y ya, andando el tiempo, no sólo no hay dificultad, sino facilidad y sumo gusto. Tal sucede al que estudia; que al principio le da pena y después halla en el estudio facilidad y gran placer.

3. ¿Por qué los alumnos toman odio a la escuela y a la enseñanza? No por ser escuela ni enseñanza, sino porque no se supo ordenarlas y vencer las primeras dificultades; no se supo tomar bien la embocadura, y el instrumento no responde a sus fines. Pensad esto, maestros; pensad que el tedio y aversión a la enseñanza están en el modo de darla.

4. Toda disciplina y todo ejercicio, al principio, parece dificultoso y penoso; pero con el buen uso se torna alegre y fácil, y aquello que causaba horror se hace manjar apetitoso del alma. El buen ejercicio y la constancia todo lo vencen, todo lo alcanzan; dadme maestros que posean estas buenas prendas y ellos os darán generaciones buenas e ilustradas.

5. ¡Ah! si desde el principio nos hubieran acostumbrado a hacer las cosas bien, ¡cuán buenos seríamos en todo! ¡Cuánto más sabríamos y cuánto mejor! ¡Cuánto más hombres, cristianos y maestros seríamos! Mas ya ¿qué remedio queda?

6. Decid: más vale tarde que nunca; ahora comienzo a ser maestro; desde ahora me ocuparé y prepararé en tener plan y método; ya sólo pensaré en hacer hombres metódicos y ordenados, in-

teligencias y corazones bien formados, ordenados y disciplinados, para que sean ellos como yo quiero ser: un hombre cabal y perfecto.

(Examina tu sér y tu modo de ser, tus planes y tus obras, y verás lo poco que vales y valen por falta de plan y método)

13. EL MAESTRO JUSTO, PRUDENTE Y METÓDICO ESTÁ TODO ENTERO EN LO QUE HACE Y PROCURA QUE SUS DISCÍPULOS HAGAN LO MISMO.

1. «Haz lo que haces.» ¿Tu oficio y cargo es enseñar? Enseña, pues. ¿Ahora es hora de estudiar? A estudiar, pues, ¿Ahora es hora de clase? A dar clase como es debido y a poner de presente en ello las tres potencias y los cinco sentidos. «Haz lo que haces ahora», y deja lo que viene detrás para después.

2. «Todo tiene su tiempo y todo pide su tiempo»; concede, pues, a cada cosa el tiempo que ella exige para hacerla bien, con orden, plan y método, sin atropello, confusión ni perturbación; obra tú de asiento y no precipitadamente.

3. «Enseña y educa como si en aquella hora no tuvieras otra cosa que hacer»; pues así es y debe ser. Da de mano por entonces a toda otra ocupación, pensamiento, imaginación, conversación, digresión y diversión; porque en esa hora

todo tú, entero y verdadero, con todo tu saber y diligencia, debes estar en lo que estás, *ex profeso*, de propósito y absorto por completo.

4. «Atiende a lo presente», que es lo que está en tu mano, *hic et nunc*, y deja lo pasado, que ya pasó, y no te cuides de lo que está por venir, que ya tendrá su hora, si es que viene; concentra toda tu mente en lo presente, que es lo que ahora tienes a tu cargo y verás más y obrarás mejor.

5. El orden y el concierto, la paz y el sosiego son condiciones de un buen maestro y de una buena escuela; y al contrario, el desorden y desconcierto, la perturbación y confusión son pruebas de que allí no hay cabeza ni puede haber enseñanza; para evitar esto y conseguir aquello se necesita atender y entender, entender de verdad en lo que se está haciendo. ¡Oh, si estuviéramos siempre y por entero en lo que hacemos, cuán otras resultarían nuestras obras!

6. «Y como el que atiende aprende», de la atención del maestro y del discípulo dependerá el adelanto de la escuela. Cuidará, pues, el maestro de excitar y sostener la atención de sus alumnos por todos los medios pedagógicos: el orden, la claridad, la intuición, el diálogo, el ejemplo y la acción. Aquel es el mejor maestro que mejor sabe concentrar la atención de los alumnos en lo que enseña, lo cual es difícil de obtener y exige condiciones no comunes.

(Examináte acerca de esto, que es *de justicia y prudencia*, que es *tu deber*.)

14. LOS MAESTROS PRUDENTES INSTRUYEN, PERO NO ATIBORRAN.

1. *Instruid* o enseñad. ¿Qué? A leer, escribir, calcular y hablar; a conocer la lengua, la geografía e historia patria, la higiene y urbanidad, y en todo esto, la religión, que es lo más importante, útil y necesario.

2. Y al instruir no mareéis, ni con muchas cosas, ni con mucho saber de cada cosa, sino lo principal, bien sabido y ordenado, en relación con la vida. Dejad a los bachilleres que hagan bachilleres, a los pedantes que hagan pedantes, a los politécnicos que hagan parlantes enciclopedistas y a los sabios que hagan necios o niños agotados y desequilibrados a los doce o catorce años.

3. Vosotros no olvidéis que el que mucho abarca poco aprieta y que almacenar en la cabeza del niño elementos de todas las cosas es anti pedagógico e inhumano.

4. Sobre todo, no olvidéis que mientras todos son hijos de Dios, no todos, ni los más, van para letrados; y que hay muchas cosas que a éstos interesan y a los otros les tienen sin cuidado.

5. Poned en la inteligencia de los del pueblo los conocimientos y aptitudes que sean instru-

mentos necesarios de la cultura y de los cuales han de necesitar en la vida.

6. Y, sobre todo, enseñadles lo que es la vida y el camino de la honradez y la dicha, y ya que no podáis hacer sabios, intentad hacer santos o sabios y santos en miniatura.

—(Exáminate.)

15. EL MAESTRO PRUDENTE UTILIZA LOS INSTRUMENTOS Y PROCEDIMIENTOS DE LA ENSEÑANZA

El maestro instruído y prudente ha de saber manejar los instrumentos del método adoptado para allanar dificultades, salvar obstáculos y abreviar, facilitar y amenizar la enseñanza. Tales son: la palabra, la intuición, el ejemplo y simil, la acción, la memoria, etc.

1. La *palabra* es el instrumento necesario y ordinario del maestro y del alumno, en la enseñanza. Maestro sin palabra no es maestro.

2. La *intuición* o percepción, ya sensible o por medio de los sentidos (y aquí las *lecciones de cosas*), ya intelectual o de los hechos de conciencia. En uno y otro caso, la intuición enseña a ver, observar, analizar, componer y utilizar las cosas, lo cual es de suma importancia para desarrollar facultades y adquirir conocimientos sobre la realidad.

3. Los *ejemplos*, que son verdades prácticas que convencen y persuaden más que las palabras, y veredas que atajan el camino del saber y le hacen más simpático; así como los *similes* y *comparaciones*. Los *museos*, que no son sino cosas ordenadas para el estudio y clasificación, pueden considerarse como medios de favorecer la intuición.

4. La *acción*, mediante la cual ya hacemos aquello que decimos, ya redactamos lo que hemos oído o estudiado, ya representamos, jugando o sin jugar, aquello que estudiamos, es un medio de enseñar y educar al cual nadie resiste.

5. La *memoria*, archivo de lo que sabemos para recordarlo y aplicarlo en ocasión oportuna, debe cultivarse en toda escuela y por todo maestro, procurando que el párvulo retenga, aunque sea casi mecánicamente, muchas cosas que le habrán de servir, como las tablas de sumar, la historia y el texto de la Doctrina, y el niño capaz de razón cultive la memoria racional, que es de ideas y hechos más que de palabras.

6. Los *medios y recursos* que la inspiración y la experiencia han enseñado al maestro, siendo de notar que cuando hay vocación y genio docente y educador, de todo saca partido el maestro para enseñar y educar, siendo el mundo un arsenal de cosas, y cada idea, palabra y hecho, le da ocasión de hacer ver aquello que se propone. Pe-

ro no se olvide que lo *ocasional* nada quita a lo *fundamental* de la materia de que se trata, y que los maestros que se dejan llevar de las *circunstancias* y *digresiones* hacen perder el tiempo.

(Examine.)

16. EL MAESTRO Y LA PALABRA EN CUANTO INSTRUMENTO PEDAGÓGICO.

«Cada nación habla como piensa y piensa como habla».

La palabra es la cosa más maravillosa de este mundo.

1. Por ser la expresión de la unión que existe entre el alma y el cuerpo y «el puente que franquea el insondable abismo que separa el mundo del espíritu del mundo de la materia».

2. «Por la palabra el cuerpo espira espíritu y el espíritu se reverbera en el cuerpo y espiritua- liza la materia; en la palabra se abrazan y confunden la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza».

3. La palabra es la hija de nuestra mente en cuanto entiende, de nuestra voluntad en cuanto quiere y de nuestra fuerza en cuanto manda, ordena y dispone.

4. La palabra, sonido del alma que entiende, quiere y siente, es el hombre manifestándose al exterior tal cual es; pues para saber quién es un

hombre basta con oírle, y aunque quiera mentir, la palabra le descubre y revela.

5. Y lo que se dice del hombre hay que decirlo del pueblo: el habla de un pueblo es la expresión de toda su personalidad o de su inteligencia, voluntad y sentimiento; de su cultura, religión y moralidad; de sus leyes, costumbres y artes; de sus pasiones, victorias y derrotas, y hasta el cielo que le cubre, la tierra que pisa y la raza cuyo sello y sangre lleva. Por eso, es necesario, para conocer un pueblo, conocer el idioma que habla; pues cada nación piensa como habla y habla como piensa.»

6. Y si necesario es conocer el habla y manejar el idioma a los sacerdotes, sociólogos, políticos, comerciantes, literatos, etc., lo es mucho más a los pedagogos que del habla han de valerse para enseñar y educar, para hacer pensar, querer y sentir y para formar hombres cultos y dignos de sí y de la Patria; todo lo cual sintetiza el lenguaje, principal instrumento del maestro formador de las nuevas generaciones en los troques de la historia, genio y tradición nacionales.

Considerad lo que será un maestro sin palabra y la importancia que en la enseñanza debe darse al conocimiento y uso de la lengua patria. Pero cuidado con el *verbalismo*, que consiste en transmitir signos sin ideas, palabras sin conocimiento del significado, lo cual es hacer fonógrafos en vez de hombres.

(Exáminate acerca del conocimiento y uso que hacéis tú de la palabra, si la usas con propiedad, sobriedad y de modo que los discípulos atiendan y la entiendan)

17. EL MAESTRO PRUDENTE HA DE SER PARCO Y DIGNO EN LA PALABRA.

Que vuestra instrucción sea digna de la doctrina sana que enseñáis y de la misión que desempeñáis en el mundo.

1. El maestro no debe ser ni lacuaz ni taciturno, sino que hablará lo preciso y cuando no deba callar, y callará cuando no deba hablar. El que habla mucho se cansa y gasta y no es atendido como aquel que solo dice lo que la necesidad y utilidad, la prudencia y oportunidad demandan.

2. Suelen los maestros, en especial si son jóvenes o nerviosos, hablar y agitarse en demasía, y esto es en perjuicio de los pulmones, de la serenidad del espíritu y del orden de la clase. Sed parcós y mesurados en las palabras y con ellas obtendréis salud, tranquilidad y atención. Si la mirada, la seña, el signo convenido, el plan y orden preestablecidos bastan, no gastéis saliva, guardadla para mejor ocasión.

3. Cuando el maestro haya de hablar, hable.

bien, con orden, claridad, exactitud, lo preciso y todo dicho con buen modo, para lo cual ha de saber muy bien lo que dice y tenerlo de antemano estudiado y ordenado.

4 Y entienda el maestro que, salvo aquello en que él deba tomar la palabra para hacer advertencias, reflexiones, consejos, correcciones, explicaciones y ampliaciones, el mejor educador no es el que más habla, sino el que más obliga a hablar al discípulo; no el que perora, sino el que dialoga; no el que pronuncia discursos, sino el que formula sentencias y frases de esas que se clavan en la inteligencia y el corazón de tal modo que nunca se borran.

5. En suma: la palabra es el instrumento ordinario y principal de la enseñanza y también el más precioso y difícil de manejar bien. Hablar poco y bien, lo preciso y con oportunidad, lo que se haya pensado y no lo que salga, de modo que llame la atención o interese y aproveche, y cuidando mucho de si los discípulos atienden o no, para lo cual procurará, siempre que se pueda, hacer que éstos dialoguen y hagan, representen y sensibilicen aquello que estudian, con ejemplos, símiles y representaciones, trabajos, etc.

6 Y por lo mismo que se pierde mucho tiempo hablando, recuerde la prudencia: que «no hay mejor palabra que la que está por decir»; que el «silencio es oro»; que «es más fácil saber callar que saber hablar», y que dice el Gran Maestro que

«en el día del juicio hemos de dar cuenta de las palabras inútiles». — (S Mateo, XII, 36)

(Exáminate, maestro, sobre el arte de saber hablar y saber callar, y mira: si hablas lo que es bueno, útil y necesario; si hablas al alcance de los niños, con ellos y por ellos dialogando, leyendo, etc.; si te gusta más callar por modestia que hablar por vanidad; si eres pronto para oír y tardo para decir lo que no es preciso; si eres breve y no verboso; si eres pacífico y no discutidor ni quimerista; si eres dado a censurar y murmurar; si faltas con palabras a los niños o consientes que se falten unos a otros. No olvides esto: «El más hábil de los domadores es el que sabe dominar su lengua »)

18. EL MAESTRO PRUDENTE SABE LO QUE IMPORTA LA EDUCACIÓN INTELECTUAL Y LA CULTIVA CON PREFERENCIA, PORQUE ESA ES SU MISIÓN.

1. El hombre, sér inteligente, es guiado por la razón o deja de ser hombre. Cuando las pasiones piden algo contra la razón, el hombre de razón se lo niega, si está bien educado; y si acaso éste vacila y aun cae, en cuanto la tormenta pasa, la inteligencia recobra el mando y el hombre se arrepiente, levanta y camina en pos de la verdad que le señala el deber. La inteligencia es la que manda, de vía ordinaria, en la voluntad; por eso el maestro que sabe educar, lo primero que procura

es fijar en la mente del alumno las verdades fundamentales del bien obrar, ante todo y sobre todo.

2. En lo cual no hace sino lo que le enseña la Iglesia, más solícita, si cabe, para condenar errores que para extirpar vicios, más prevenida contra la herejía que contra la misma inmoralidad, bien que suelen ir unidas.

3. Conducta que abona la experiencia de todos los días, pues los hombres de sanos principios caen y se levantan; pero los de ideas pervertidas caen sin esperanzas de resurrección sobre todo si desde la infancia les embuyeron el error.

4. Por eso no hay educador más funesto que el perversor de ideas, y especialmente en mentes infantiles: es más dañoso y muchísimo más corruptor y perversor que el de costumbres, como se desprende de lo dicho. Piensen ahora los fautores y cooperadores de la escuela anticristiana y aun antisocial en el daño irreparable que causan.

Ya Jesucristo, El Maestro de los Maestros, dijo: «La verdad os salvará y os hará libres.» Os salvará del error y os librerá de la corrupción.

5. Y como Jesucristo es Salvador y Redentor, de Sí afirmó categóricamente: *Yo soy la Verdad*. De donde saca esta conclusión: «Si amárais la verdad me amarías a Mí.»

6. Maestros cristianos, aprendamos de Cristo, nuestro Maestro, a amar, enseñar y educar en la verdad; maestros católicos, no olvidéis lo que ha-

ce la Iglesia con las herejías y errores anticatólicos; maestros de seres inteligentes y racionales, no os contentéis con educar voluntades que estén sin base ni fundamento de razones, porque si aun viendo claro la pasión ciega y perturba, ¿qué hará el que tiene vendados los ojos para que no vea la verdad, cuando el egoísmo le muestre su interés y la razón vacile entre un mar de opiniones y confusiones de tantos criterios como maestros contradictorios haya tenido?

(Examina, ¡oh maestro! tus doctrinas, deducidas de tus maestros, compañeros, estudios y lecturas, y no olvides que de ideas averiadas no pueden salir frutos sanos; que si tu educación intelectual se ha torcido, torcidos saldrán tus alumnos y serás en tal caso la calamidad más funesta que puede caer en un pueblo.)

Aprendan los políticos y sociólogos lo que en este sentido significan las Escuelas Normales y Centrales que carezcan de unidad en la verdad, la conducta o el método.

19. EL MAESTRO Y LA INTUICIÓN.

1. *Intuición* tanto significa como *visión* o *percepción* clara de una idea o cosa; pero los pedagogos suelen limitarla a la percepción sensible, y de ésta hablaremos aquí.

2. Los sentidos son las ventanas del alma por donde penetran las imágenes del mundo sensible, que dan lugar a despertar la actividad del

espíritu y sus facultades superiores. *Hacer ver*, pues, es un medio pedagógico de grande importancia para, mediante la percepción y observación de los objetos sensibles, desarrollar facultades y adquirir conocimientos.

3. Es la intuición un medio aplicable a la mayor parte de la enseñanza, sobre todo al principio de la vida, cuando el niño no conoce otro mundo que el de lo sensible que le rodea. Viendo, observando, mirando, analizando y comparando las cosas que tenemos a la vista, es como adquirimos con rapidez y seguridad idea de ellas, y abstrayendo después y generalizando es como se llega al saber científico.

4. Mas para que la intuición no sea un entretenimiento, sino un medio de estudio, conviene que la observación sea atenta, reflexiva y lo más personal que se pueda, con objetos que estén, no sólo al alcance de su vista, sino hasta de sus manos, a ser posible.

5. En la intuición, además, el maestro guiará al discípulo, llamándole la atención con preguntas graduadas acerca de la naturaleza y propiedades del objeto, sus partes, usos, aplicaciones, etcétera.

6. Y terminará el trabajo con un resumen hablado o escrito de todo lo observado y dicho, o con un gráfico o trabajo manual sobre lo mismo, siempre que se pueda.

Este procedimiento de la intuición necesita, co-

mo todos, talento e iniciativa en el maestro, para que no se haga monótono, insulso y rutinario, repitiendo siempre las mismas preguntas con las mismas repuestas.

(Examen.) ¿Usas tú de la intuición? ¿La usas como es debido?

20. EL MAESTRO Y LAS LECCIONES DE COSAS.

1. ¡Qué cosas se han escrito sobre *lecciones de cosas*! Han dicho unos que es un descubrimiento pedagógico y afirman otros que es tan antiguo como la escuela y el maestro; pues hablar dialogando y familiarmente el que enseña y el que aprende, aprovechando *cualquiera oportunidad o cosa que interese* a la enseñanza y educación, lo han hecho, hacen y harán todos los maestros dignos de tal nombre. Y las lecciones de cosas no son más que eso.

2. *Objeto de estas lecciones* lo es toda y cualquiera cosa, con tal que interese al alumno, le entretenga, le haga pensar y obligue a conversar, y al mismo tiempo que enriquezca su inteligencia, le distraiga y sirva como descanso y solaz. Es una aproximación sencilla, familiar, recreativa y expansiva de dos almas, la del maestro y la del discípulo, mediante las cosas.

3. De los hechos personales o locales, de los objetos materiales, de una relación histórica o

geográfica, de un dictado o lectura selecto, etcétera, cerrando el libro, desfrunciendo el ceño, acortando distancias y bajándose el maestro al nivel del alumno, entablará un diálogo a partir de lo que el niño ve, para hacer que se fije en las cosas, sus aspectos, sus relaciones, su naturaleza, efectos y aplicaciones; pero todo sin discursar, sin reñir, sin apurar, con alegría y contento de los alumnos, cuya dicha y descanso se quiere obtener en aquellos instantes en que el maestro es un padre cariñoso que franquea a sus hijos con ingenua naturalidad las ideas y los afectos que trata de infiltrar en los que le escuchan.

4. Conversar, en vez de estudiar y componer, es para el niño un recreo muy sabroso y entretenido, y sabiendo el maestro, bien preparado, aprovechar el museo del mundo de la observación de los hechos y de las ideas, enriquece y ensancha el horizonte de la escuela y de las almas que en ella cultiva y adorna.

5. Tened en cuenta que el niño es la misma ignorancia, y, aunque por pereza o inconsciencia aborrece el libro de estudio serio y los trabajos mentales que piden esfuerzo, Dios ha puesto en él la curiosidad y el amor al juego, a las historias y cuentos, y éste es el resorte que ha de utilizar el maestro en las lecciones de cosas para disipar las tinieblas de su ignorancia, ilustrándole, interesándole y sembrando en su alma el deseo de aprender y el germen de la virtud y el

carácter para formar poco a poco aquel hombre.

6. Ejemplos: Mira ese árbol, cómo se apoya en la tierra y sube hacia el cielo; así debes ser tú, etcétera.

- Mira cómo de una pequeña nuez nace un nogal frondoso; así debe ser la enseñanza.

Mira cómo el pequeño reino de Asturias reconquistó a España; así se puede rehacer la Patria.

Mira cómo el Cristianismo nació en un rincón de Judea y se extendió a todo el mundo, etc., etc.

21. EL MAESTRO PERITO HA DE SER EJEMPLARISTA O MUY DADO A PONER EJEMPLOS Y CASOS.

Los ejemplos son un gran recurso pedagógico, porque:

1. *Cautivan la atención* del niño (y del que no lo es); y como quien atiende aprende, es regla de psicología, para cautivar la atención del niño (de sí inquieto, ligero, impaciente y revoltoso), fascinarle o encantarle, esto es, atar su imaginación volandera con la magia del ejemplo.

2. *Ayudan a entender*. Lo concreto entra primero en la mente que lo abstracto, lo sensible y dramático se pega más al niño que lo suprasensible, académico y árido. De aquí el interés del maestro en acomodarse al modo de entender del discípulo, para no perder el tiempo.

3. *Ayudan a retener.* Porque los hechos se han grabado mejor y se ven con más claridad en la mente y sirven para recordar, por la historia la doctrina, y por el caso la regla de moral y conducta.

4. *Mueven la voluntad.* Pues los niños ven como posible, laudable y copiable el ejemplo de lo bueno, y como censurable y aborrecible el ejemplo y la doctrina del horror y la maldad. «¿Por qué no he de hacer yo eso que hacen otros?», se dice el niño; y así se mueve a obrar.

5. *Propagan la verdad y la virtud,* refiriendo el ejemplo, única cosa que a los niños queda de los discursos y conferencias, y contándolo en la casa y en la calle, hacen de propagandistas y misioneros para con sus padres, hermanos y amigos.

6. Ejemplos, ejemplos; pero que sean dignos, verdaderos, interesantes, breves y edificantes, siempre que de virtudes se trate; que los ejemplos cautiven y ayuden a entender, recordar, mover y propagar la verdad y el bien.

Esto nos enseñan: Dios, en el Antiguo Testamento; Jesucristo, con las parábolas, y los maestros y pedagogos, con los ejemplos: *Verba volant, exempla movent.* Las palabras vuelan, los ejemplos se graban y mueven.

(Examen.) ¿Tienes tú acopio de ejemplos y casos para usarlos oportunamente? Si sabes muchos libros y no usas del libro de los ejemplos, pierdes el tiempo.

22. EL MAESTRO DE SERES INTELIGENTES NO SE IMPROVISA, Y MENOS SIENDO DE NIÑOS.

¡Oh maestro! grande es tu misión, y nada grande se improvisa. La Familia te encomienda sus hijos, la Patria sus ciudadanos y la Iglesia sus fieles para que se los *eduques*, y esto en plena civilización y conforme exigen los tiempos, que son de cultura, adelanto y desenvolvimiento. ¿Cómo podrás desempeñar tu misión si no estás preparado para ello?

2. Respecto a esas inteligencias nacientes que se te han encomendado, la tuya es la llamada a desarrollarlas y nutrirlas con la leche de sana y bien digerida doctrina, tanto más digerida cuanto las inteligencias de tus alumnos sean más niñas. ¡Oh! Necesita el parvulista saber mejor las cosas que el maestro de adultos, para convertirlas en quilo y hacerlas asimilables, aun para los más pequeños y rudos. ¿Qué harás para conseguirlo?

3. Para dar en esa forma tu enseñanza y doctrina, necesitas saberla bien, y la sabrás estudiándola a conciencia. Para lo cual no necesitas muchos libros, pero sí uno que esté bien hecho, y que sirva de base, norma y guía. Estúdiale bien y serás maestro en la materia de que trate, enseña según él, y llegarás a ser maestro y pedagogo práctico aunque no seas erudito ni pases por sabio.

4. La ciencia del maestro no consiste en leer y estudiar muchas cosas (eso es de eruditos y críticos), sino en estudiar mucho y bien aquello que ha de enseñar, y enseñarlo con amor de madre, paciencia de benedictino y arte pedagógico. Y no te metas en honduras ni te dejes llevar de novelorías.

5. Las novedades en la escuela suelen ser funestas para la enseñanza, por lo cual debe el Maestro atenerse al sistema ya conocido y experimentado, y guardarse de enseñar cuantas novedades lea en revistas y periódicos. Enseñe lo que sabe y enséñelo como lo sabe, y dándole esto resultados, no cambie por lo que otro diga, mientras no se persuada de la necesidad o conveniencia de adoptarlo sin perjuicio de su escuela. En Pedagogía; como en todo, se escribe mucho; pero, aventada la paja, ¿cuánto queda de buen grano? Tú aprende cuanto quieras, pero no ensayes sino lo que debas. La profesión de maestro es seria, no frívola, sensata, no alocada ni novelera.

6. Y no olvides que ocupas cargo de *repetidor*, de obrero más bien que de sabio y, si me lo permites, te diré que cada día de clase es una *peonada*, y el oficio de peón es machacar sobre el yunque, repetir una y mil veces la misma operación, hasta que de tal modo se clave lo que enseñas en la mente del que aprende que nunca se vaya de allí. Pero todo exige modo, y el modo, sa-

ber y prudencia, y la repetición sin estas condiciones degenera en rutina: sé repetidor, pero sin ser rutinario.

(Examina tu ciencia y tus procedimientos y mira si están ó no a la altura de tu misión pedagógica.)

23. EL MAESTRO DE NIÑOS QUE ES PRUDENTE SE PREPARA PARA DAR CLASE.

1. En Pedagogía, para subir hay que bajar y ascender por grados; bajar hasta donde el niño esté y ascender hasta donde el maestro se halla, pero por gradas o grados. Cuanto más sepa el maestro y menos el discípulo, cuanto más alto entendimiento haya en el que enseña y más humilde inteligencia en el que aprende, tanta mayor dificultad habrá en aproximarlos y lograr que se entiendan. Pues bien, esta dificultad debe estar prevista y debe ser resuelta en cada caso por el Maestro que tiene algo de pedagogo.

2. *Y decimos en cada caso*, porque, así como no se curan enfermos con libros, sino con recetas apropiadas al caso, tampoco se enseña a niños en general, sino a tales o cuales niños que se hallan en tal o cual estado de inteligencia, cultura o atraso; lo que exige conocimiento del niño o acomodación de la enseñanza a su estado. El maestro debe acomodarse y comedirse al niño, como Elías y Eliseo hicieron para dar vida a dos niños

mueritos; y esto exige trabajo, preparación y adaptación.

3. En ninguna lucha conviene dejar enemigos a la espalda, y menos en la lucha contra la ignorancia. ¿Que es lo que saben y lo que ignoran mis discípulos? Esta es la pregunta que ha de hacerse y contestar todo maestro, pues es regla de Pedagogía que en la enseñanza hay que ir de lo conocido a lo *desconocido*. Mas ¿por qué pasos y con qué orden?

4. Como para ir de un lugar a otro hay que pasar por todos los intermedios, así para pasar de lo sabido a lo ignorado hay que proceder con orden, enlazando o encadenando unos conocimientos con otros para que resulte una serie de verdades unidas y sostenidas unas con otras, de tal modo que tomando la mente un anillo vea todos los que forman la cadena mental.

5. A esto se llama educar instruyendo, lo cual exige ciencia, conocimiento del niño, plan, orden y método, sin lo cual haríamos de la enseñanza el arte de no educar; que a eso equivale el llenar la inteligencia de conocimientos inconexos, haciendo de ella *cajón de sastre*, en vez de entendimiento cultivado.

6. ¿Y como lograrás que los niños entiendan, siendo ellos tan distraídos y la verdad tan abstracta en sus principios?—Esta es otra dificultad que exige preparación e ingenio. Hay que cautivar la atención de los niños con la imagen, el sí-

mil, la acción y el ejemplo, yendo de lo que se ve a lo que no se ve, de lo sensible a lo suprasensible, de lo concreto a lo abstracto y de lo singular a lo general. Es indecible lo que el niño aprende cuando atiende, y todos sabemos que, aunque sin desarrollo, hay en él las mismas facultades que en el hombre.

Maestro de niños, de tu modo de enseñar depende en gran parte toda otra enseñanza; a tí incumbe la base sobre la cual ha de alzarse la pirámide de toda cultura. Ahora que sabes la responsabilidad de hacerlo mal, rectifica tus descuidos y ratifica tus aciertos. (Examínate).

24. EL MAESTRO QUE ES PEDAGOGO PROPORCIONA LA CIENCIA AL ESTADO DE LAS INTELEGENCIAS.

La ciencia que es ciencia, es buena *en sí* y sana, no contiene veneno en ninguna de sus ramas, hojas ni frutos; pero puede ser dañosa para el niño si no se le da conforme a la higiene del alma, así como lo es el alimento del cuerpo mal administrado. Para ello se observarán, entre otras, las reglas siguientes:

1. No déis al niño ciencia que no esté a sus alcances. ¿A qué desesperarle ni aburrirle con imposibles o grandes dificultades?
2. Aun de lo que el niño alcance no le recar-

guéis *tanto* que no puede digerirlo. ¿Para qué sirve a la inteligencia lo que se le indigesta? ¿Y dónde hay cosa más lastimosa que una inteligencia agotada?

3. No almacenéis muchas ideas en cabecitas de pocos años. Pocas y buenas y bien digeridas aprovechan más que muchas, amontonadas y confusas.

4. No dejéis lo necesario por lo superfluo ni lo útil por lo de mero adorno.

5. En los primeros rudimentos no distingáis entre ricos y pobres, entre futuros directores y futuros ganapanes: que todos son hombres y todos pueden tener talento.

6. No *hinchéis* enseñando, no hagáis vanidosos ponderando el talento, etc., sino cultivad la modestia a la par del saber, y dad ejemplo.

(Examinato)

25. EL MAESTRO, ADEMÁS DE PERITO, HA DE SER BUENO.

Vir bonus docendi peritus.

1. El maestro puede definirse, parodiando la definición de Quintiliano acerca del orador: «*Vir bonus docendi peritus.*» Necesita virtud y ciencia: la ciencia de enseñar a niños exige virtud, y la virtud de enseñar supone ciencia.

2. *Ciencia.* Como nadie da lo que no tiene na-

die enseña lo que no sabe; es menester, pues, que el maestro sepa, pero *¿qué y cuánto*, para *quién y cómo* ha de saberlo? He aquí cuatro preguntas que exigirían cuatro libros para contestarlas adecuadamente.

3. *¿Qué y cuánto* ha de saber el maestro? Aquello que el discípulo *pueda y deba* aprender; y de ahí en adelante, *cuanto él quiera*, que el saber ni ocupa lugar ni estorba para enseñar, sino al contrario (con tal que sea pedagogo y el mucho saber no le dé ocasión de olvidar a *quién y cómo* ha de enseñar).

4. *A quien* has de enseñar necesitas conocer; porque tienes que empezar donde él esté, andar a su paso, guiarle, ayudarle, despertarle; por lo cual no basta el estudio y dominio de lo que has de enseñar, sino que además necesitas el conocimiento de las facultades y del estado intelectual del que lo ha de aprender. Sin esto no serás pedagogo, no sabrás proporcionar a cada alumno aquello que él *pueda* aprender.

5. Y has de saber el *como didáctico*, esto es, *cómo harás fácil y grata* la enseñanza y cómo unirás lo que el discípulo sabe con lo que tú tratas de enseñarle, yendo de lo conocido a lo desconocido *pedagógicamente*, efectivamente, prácticamente, no según rigor lógico, que muchas veces no alcanzará el niño, sino según el estado de sus conocimientos, facultades y aun gustos, tendencias y aficiones.

6. Pero este doble conocimiento de *lo* que hay que enseñar y *a quién* hay que enseñar, sobre todo esto último, exige observación detenida, laboriosidad constante, paciencia, mucha paciencia, con una gran cantidad de amor al prójimo y de mansedumbre, para no irritarse, incomodarse, cansarse ni desistir de enseñar, y para excogitar medios de abrir y fecundar las inteligencias y corazones de los alumnos más rudos y menos dispuestos.

La enseñanza es obra de ciencia y virtud; el maestro es el varón bueno y perito en la enseñanza. Considerándolo, bien puedes exclamar: «Maestro divino, luz de las almas, enseñame a enseñar no sólo con palabras, sino con las obras.»

(Examinate en punto a ciencia y en punto a virtud.)

26. EL MAESTRO HA DE DAR EN TODO BUEN EJEMPLO.

«Ejemplo os he dado, para que hagáis vosotros lo que yo he hecho.» Esto dice Jesucristo después de lavar los pies a sus discípulos, y entre ellos a Judas.

1. Cuanto más sepas, mejor hables, más figuras y de mayores dotes e influjo goces entre tus discípulos, tanto mayor es tu obligación de dar-

les buen ejemplo; porque todos tus dichos y acciones se imprimirán en ellos, y con tanta más fuerza cuanto mayor sea tu autoridad. Así estamos hechos.

2. El niño, y más si es niña, es el animal que más imita: copia como una máquina fotográfica cuanto ve, y si el ejemplo viene de lo alto, esto es, de las personas a quienes respeta y tiene por modelos, por ser más que él, como sucede con el maestro o la maestra, muchísimo más. Dios ha dado al niño el instinto de imitación y ha puesto a sus educadores la obligación de edificarle con el buen ejemplo, que es el nacido de adentro.

3. La virtud y el vicio tienen sus fragancias, y en vano el malo se finge bueno, ni el bueno trata de ocultar su virtud, porque como el olor descubre a las flores, así los buenos y malos olores a los virtuosos y apestosos. No se contenten, pues, los maestros con aparecer buenos, han de serlo; de otro modo, los niños, que en observarlos son lince, los descubrirán muy pronto y todo se habrá perdido: el honor y las almas.

4. Y más influencia tiene un ejemplo que cien lecciones; por lo cual si el maestro enseña una virtud con la palabra y la desdice con el ejemplo, el niño, o no cree en lo que el maestro dice, o cree que el maestro no cree lo que dice, puesto que no lo hace. En uno y otro caso desaparece la autoridad del maestro, y con ella, el poder de la educación.

5. Así, el maestro, iracundo, ¿cómo persuadirá la paciencia?; el orgulloso y pedante, ¿cómo persuadirá humildad y sencillez?; el sensual y deshonesto, ¿cómo persuadirá honestidad y pureza?; el brutal y grosero, ¿cómo persuadirá urbanidad y finura?; la maestra vana e inmodesta, ¿cómo persuadirá modestia y llaneza? Y así en todo. Nadie da lo que no tiene, y el primer maestro es don Ejemplo. Las palabras vuelan, los ejemplos quedan.

6. ¡Ojo alerta, maestros!, que cien ojos os contemplan; estad prevenidos, que el ejemplo es el que hace o deshace al maestro; educad enseñando y enseñad educando con la palabra y el ejemplo, si apreciáis en algo vuestra persona y profesión; sed como os llamáis o dejad de ser maestros.

(Examínate.)

27. EL MAESTRO HA DE SER VIGILANTE.

Vigilad, no os canséis de vuestro ministerio, que es ser ángeles custodios de los niños.

1. Primero vigile el maestro sobre sí y todo cuanto en él hay (pensamientos, afectos, uso de los sentidos, pasiones y acciones), y procure estar todo entero en la obra que hace, ya para hacerla bien, ya para no dar mal ejemplo.

2. Vigile el maestro sobre sus discípulos, que

son un tesoro que intenta robarle el enemigo de su inocencia, de la cual él es ángel custodio. Sin necesidad, no abandone la clase y en ella no se distraiga con nadie ni con nada que le impida atender a todo lo que hacen sus niños, y lo mismo debe hacer en el templo y en el juego: donde están los niños allí se halla el alma de su maestro

3. Pero aunque lo vigile todo, hasta lo que sucede a sus discípulos en la calle (para lo cual puede tener vigilantes de entera confianza, como son los buenos compañeros), no se haga pesado ni demasiado desconfiado, sospechando sin motivo y faltando a la caridad, justicia y buen concepto del alumno. Sea vigilante sin parecerlo.

4. Su vigilancia sea apacible, sin agitación ni violencia, sin indolencia ni inquietud y, mirando con cien ojos, obren los niños con libertad y responsabilidad, como hombrecillos y no como esclavos, con sinceridad y no por hipocresía.

5. La vigilancia hace al que la tiene atento y exacto en el cumplimiento de todos los deberes, y es virtud sin la cual el maestro incurre en la nota de abandonado y descuidado, que es una de las peores calificaciones.

6. Maestros, vigilad, vigilad y vigilad, que Dios nos pedirá cuenta de los niños que nos ha encomendado y de todos nuestros actos. Y así, cada uno de vosotros puede exclamar: «Señor, límpiame de los pecados ocultos» (o que han escapado a mi vigilancia), «y perdóname por los

pecados ajenos» (que también se hicieron míos por no haber vigilado).

28. EXAMEN SOBRE LA VIGILANCIA.

1. ¿Cómo sabremos si somos o no vigilantes?
—Examinándonos.

Primero. Vigilaos a vosotros mismos y estad alerta con:

La *imaginación*, para que se sujete a prudencia y honestidad.

Los *pensamientos*, para que no sean erróneos, temerarios ni opuestos a caridad.

El *corazón*, para que no se incline al pecado ni guarde afecto desordenado de amor, odio, rencor o venganza.

2. Los *ojos*, para que no sean ventanas para la muerte del alma.

La *lengua*, para que nada diga opuesto a la verdad, prudencia, caridad y pureza.

El *oído*, para que no escuche nada que dañe al prójimo ni a sí.

3. Las *lecturas*, para no leer lo que es malo o impuro o hace perder el tiempo.

Las *conversaciones*, para que en ellas reine la sinceridad, probidad y discreción.

Las *cartas que escribo*, para que nada haya en ellas ofensivo o escandaloso.

Las *cartas que recibo*, para no conservar sin

necesidad las que en algo puedan perjudicar al buen nombre propio o ajeno.

4. Las *cuentas*, para que sean claras y verdaderas; y si muero, lo que debo o me deben; y si vivo, por qué no pago.

Los *parientes*, para que observen buena conducta.

Los *compañeros*, para ver con quiénes trato y cómo me porto con ellos; si hay amistad o desvío, obsequios o desaires, ayuda o murmuración, estorbos, etc.

Los *dependientes*, si cumplen con sus cargos.

5. Los *niños*, sobre todo, para ver si los conoce, trata, vigila, observa, corrige y advierte; y es en la escuela el ojo que todo lo ve y aun prevé; y fuera, el oído que todo lo oye y sabe; pero sin manifestarlo en más de lo preciso; y en toda ocasión y lugar sea el padre y maestro cuidadoso y avisado que ve las cosas y peligros antes de llegar y lo advierte a sus educandos, a sus padres y coeducadores.

6. «Vigilad y orad para no caer en la tentación» (J. C.), y evitad que en ella caigan vuestros educandos.

29. MAESTROS, APRENDED DE LAS MADRES A
QUERER, ENSEÑAR Y VIGILAR.

No hay arte como el de educar, ni artista como la madre educada y educadora, ni maestro más pedante que el que desdeña imitarla.

1. Dar al mundo un animal viviente lo hace la bestia; pero dar a ese animal inteligencia, virtud y belleza que honren a la humanidad, es el arte de las artes, es la obra magna de la educación. Y como no hay materia más apta para recibir forma que el tierno infante, pues cuanto es más tierno es más dúctil y flexible, más plástico y en disposición de recibir la influencia de la educación, resulta que el niño, al salir a luz y crecer en el regazo de la madre, es cuando se forma para siempre; y como en esa edad ni tiene ni puede tener otro educador que la madre, de ésta depende principalmente el modo de ser del hombre para toda la vida.

2. Dios, que no hace las cosas a medias e hizo al niño dócil y flexible, puso junto a él el corazón enamorado de la madre, quien se encarga de educarle en fuerza de amor. ¡Y qué inspiraciones, qué paciencia, qué perseverancia, qué ternura, qué mirada, qué besos, qué gritos y expresiones,

qué ingenio y qué modos ocurren a una madre para hacerse querer y entender de aquel pequeño mudo y despertar en su alma los primeros sentimientos y destellos de su inteligencia, las primeras nociones de lo bueno y de lo malo, los primeros ímpetus del amor, la piedad y la generosidad!

3. Verdaderamente que la madre es la primera potencia educadora, por ser la que desde el principio y con más asiduidad y cariño está al lado del niño, que es también la materia más apta para ser educada.

4. Hablen, escriban y piensen los hombres del arte de educar y creen la ciencia pedagógica con su saber; lo que nunca sabrán hacer es educando como las madres; y es que esta obra artística pide amor, y la ciencia, a lo más formará inteligencias, pero es incapaz para formar corazones y obras bellas.

5. Síguese de aquí la necesidad de educar niñas para que haya madres bien educadas, y la necesidad de respetar la obra de las madres para cooperar a la formación de sus hijos, y la necesidad de no arrancar a las madres del lado de sus hijos para entregarlos a manos extrañas, y la necesidad que tienen los educadores más sabios de imitar a las madres más sencillas y amorosas en el cariño y aun en el modo de hacerse querer y entender de los pequeños.

6 ¡Qué confusión para los orgullosos y pedan-

tes saber más que ellos, en punto a educación, las madres más zafias e ignorantes! ¡Qué error y desatino el de las señoras ricas y de mundo, que sin necesidad dejan sus hijos en poder de amas de leche, criadas y niñeras! ¡Qué obras de inhumanidad e impiedad, de destrucción y demolición la del Poder, la escuela, la prensa, etc., cuando trabajan por destruir la educación de las madres!

Piénsalo bien, maestro, y mira si hay un poder más inhumano, una escuela más antieducadora, una prensa mas funesta, una orientación más des acertada que los que van en contra de la primera potencia educadora, que es la madre. De mí sé decirte que no conozco una pedagogía más anti-pedagógica.

(Examinato).

30. EL MAESTRO QUE ES PRUDENTE Y CULTO AMA LA CIENCIA, QUE EN SÍ ES BUENA.

1. El educador que siendo bueno y celoso, carece de ciencia, no puede ser el director del hombre, que es ante todo dirigido por la inteligencia, la cual es guiada por la luz del saber: maestro sin ciencia no es maestro.

Buena es de suyo la ciencia; como es la luz de la luz que de Dios emana, al hombre guía y arriba conduce. ¿Quién no la amará?

2. Buena es la ciencia, que alumbra el alma y

la eleva y nos hace más semejantes a Dios, que todo lo sabe. ¿Quién no la querrá?

3. Buena es la ciencia, que del error aparta, el pecado evita y libra de la postergación y miseria. ¿Quién no la cultivará?

4. Buena es la ciencia, que nos da prestigio y franquea las puertas de las almas y de las aulas. Oídlo, maestros

5. Buena es la ciencia, que nos da competencia y hace que cada palabra sea tenida por los alumnos como una verdad axiomática. ¿Lo oís, maestros?

6. Buena es la ciencia, que al maestro convierte en testimonio vivo de cómo no hay oposición entre la fe y la cultura.

Buena es la ciencia, que nos enseña a Jesucristo como centro y meta del saber humano, según las palabras de San Pablo: «No tuve por bien saber otra cosa que Jesucristo.» Y quien aquí llega, ya no admite que haya ciencias sagradas y profanas, sino objetos múltiples que, o son Dios u obra de Dios, criaturas o Creador, y ni las criaturas deben conerse sin su Autor, ni penséis que con sólo el conocimiento de Dios ya poseéis conocimiento de todo; pues en la enseñanza Dios y la naturaleza se compenetran.

Considera, ante estas verdades, lo que serán la ciencia atea y la escuela y el maestro ateos. (Exáminate.)

31. EL MAESTRO CRISTIANO HA DE TENER LA VIRTUD DE LA SABIDURÍA, QUE ES LA PRUDENCIA DE LOS SANTOS.

1. A la ciencia y arte de saber conformar nuestras acciones con las grandes verdades que nos alumbran para ser buenos y santos llamamos *virtud de la sabiduría*.

2. Y esta ciencia y arte, aplicados a hacer alumnos buenos y santos, es lo que constituye la sabiduría del buen educador y maestro sabio, hablando en cristiano.

3. No es tal sabiduría patrimonio de unos pocos privilegiados mortales, que hoy llaman *intelectuales*, sino que ha de estar al alcance de todos, por lo cual se dice en el libro de la Sabiduría, que «la descubren fácilmente todos los que la aman». (C. VI, 13.) Esto dice Salomón, el sabio entre los sabios.

4. No es para hacer sabios investigadores de cosas desconocidas, sino muy rico tesoro, que, bien usado, nos hace *amigos de Dios*. Sab, VII, 14.)

5. No consiste, pues, en operaciones de mera inteligencia, sino en aplicación de los principios y verdades más excelentes y sublimes, a ser norma de acción y vida práctica para docentes y discentes o educadores y educandos. En esto consiste la verdadera sabiduría, condensada en estos

versos, que expresan lo que es en cuanto virtud: «Por que, al fin de la jornada,—el que se salva sabe,—y el que no, *no sabe nada* »

6. Examínate, pues, y termina diciendo «Señor: Vos que sois «Luz que alumbra a todo hombre que viene al mundo», iluminadme con esa luz que alumbra los caminos del recto saber para el recto obrar, y haced que mis doctrinas y ejemplos sean norma de vida para mis amados discípulos.»

32. RESUMEN SOBRE LA PRUDENCIA.

1. Maestro, si quieres ser prudente, conoce y ama la virtud de la Prudencia, con todas las condiciones que ella exige y las virtudes que de ella emanan o con ella más se relacionan.

2. Ante todo, concóctete a ti mismo en relación con la alta misión del maestro educador, y mira que el Magisterio pide vocación, prudencia de hombre y sencillez de niño, pericia en la ciencia y arte de educar enseñando.

3. Esto exige la consagración de todas tus facultades a la obra magna de la escuela, y requiere habilidad e ingenio en los procedimientos de enseñanza, desde la palabra a la intuición, desde el diálogo a la acción y casos de la vida práctica.

4. Mira que no basta con haber estudiado, si-

no que es menester repasar y prepararse cada día y en cada lección; que debes amar la ciencia sabiendo que aquel que tiene la inteligencia más cultivada y desarrollada tiene más medios de hacerse entender.

5. Sé bueno y celoso, sé vigilante y precavido, sé amoroso, indulgente e ingenioso como las madres, y ten la sabiduría cristiana y no ocultes al niño cristiano a Cristo, como hacen los maestros laicos.

6. Tú educa enseñando la ciencia y virtud de la sabiduría, que es la ciencia de ser buenos y santos, y así cumplirás con tu deber.

(Exáminate, maestro prudente.)

LIBRO II

DE LA JUSTICIA. LO QUE ES

33. INTODUCCIÓN

Aunque a veces se toma la justicia como el cumplimiento de todos los deberes, según estas palabras de Jesucristo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o hacen el deber en todo), porque de ellos será el reino de los cielos», ordinariamente se trata aquí de la justicia como virtud que da a cada uno su derecho, y así decimos que:

1. Justicia es la virtud moral y social que inclina constantemente la voluntad del hombre a dar a otro lo que en derecho se le debe.

2. Decimos virtud *moral*, pues sin ella no hay hombre bueno; virtud *social*, porque sin ella la sociedad sería imposible; *virtud que inclina la voluntad*, porque afecta a la voluntad más bien que al entendimiento; *constantemente*, porque la virtud, si no es constante, no es virtud; *a dar a*

otro, porque la justicia no es sino la equidad o igualdad entre dos, uno que debe y otro que recibe *lo que en derecho se le debe*, no sólo por título de bondad y honestidad, sino por estricta obligación. La justicia y el derecho se dan la mano, y el que haya de administrar aquélla debe conocer éste.

3. La justicia es relación *de uno a otro* según la equidad. Si ordena los deberes que el todo o comunidad tiene para con los súbditos o partes de ella, se llama *distributiva*; si ordena los deberes que cada miembro o parte tiene con la comunidad, se llama *legal*; si la justicia es entre particulares (o que como tales se consideran) y sólo atiende a la igualdad *rei ad rem* o de la cosa, se dice *conmutativa*, que es la que preside los contratos o conmutaciones.

En las dos primeras se dice que la proporcionalidad es *geométrica*, y en el tercero, que es *aritmética*.

4. Cuando el que manda distribuye con equidad las cargas y cargos entre los que obedecen, es justo con *justicia distributiva*. Cuando los que obedecen pagan los tributos y desempeñan los cargos que el Poder les confiere, son justos con *justicia legal*, pues cumplen las leyes. Cuando compras y vendes, arriendas, permutas y pagas lo que debes, eres justo con *justicia conmutativa*.

5. Dentro de tu cargo, ¡oh maestro!, serás jus-

to *distribuyendo* los premios y castigos según los méritos de cada alumno; *obedeciendo y enseñando según la ley* de Familia, Religión y Patria, y cumpliendo el *contrato*, expreso o tácito, de enseñar y educar a cada uno de tus discípulos, por lo cual se te retribuye

6. Y al contrario, serás injusto: si incurres en el feo vicio de la *aceptación de personas*; si no cumples con las leyes que te obligan para con la sociedad familiar, religiosa y política; si no das clase, o la das con quiebras y faltas. En todo caso, estás obligado a corregirte, y en último, a restituir, y si no sabes enseñar, a dimitir. Ahora, pon tus obras frente a la justicia distributiva, legal y conmutativa, para ver si eres justo.

(Exáminate.)

34. EL MAESTRO HA DE OBSERVAR LA JUSTICIA DISTRIBUTIVA, ESTO ES, CUMPLIR CON LOS DEBERES QUE TIENE COMO JEFE DE LA ESCUELA.

1. Maestro, eres el jefe o cabeza de la escuela, la cual debes orientar y ordenar con plan y método; y si no lo haces, faltas a la justicia que debes a tus subordinados, no cumples como jefe los deberes de tu cargo: eres injusto.

2. Tu primer deber es conocer tu misión, que

es educar enseñando, entendiendo por educación el desarrollo de las facultades físicas, intelectuales y morales de los educandos con la mira de hacerlos hombres cabales, esto es, hombres capaces de realizar sus destinos temporales y eternos.

3. Y como el instrumento especial de la educación escolar es la enseñanza, debes saber lo que has de enseñar, distribuirlo en grados y porciones por medio de un programa bien pensado, enseñarlo con buen método y procedimientos pedagógicos, adaptados siempre al modo de ser de tus alumnos.

4. Todo lo cual supone un orden o régimen de la escuela, esto es, un reglamento, escrito o no escrito, pero que sea ley efectiva para maestro y discípulos.

5. Conocido el fin, sabidos los medios, ideado el plan, adoptado el programa y prescrito el reglamento, con su horario de clases, ocupaciones, juegos, etc., resta observarlo todo con buena voluntad y constancia para que resulte un verdadero sistema de educación y disciplina escolar y social. Esto es lo más importante.

6. Que mande el reloj; que impere el fin, plan y método, según reglamento, más bien que el capricho y voluntad voluble del maestro; que haya un sistema y con él se aspire al fin, no dando un paso que no se ordene a conseguirlo. Así es como se hacen Escuela, enseñanza y educación,

así se forman los hombres. Y tú, ¿has hecho o pensado siquiera en esto? Pues piénsalo bien, que sin ello no serás nunca maestro.

(Examínalo y examínate.)

35. MAESTRO SABIO Y JUSTO, ORDÉNATE A TÍ MISMO Y SABRÁS ORDENAR.

«*Obrad como habláis.*» (San Bernardo.)

1. Maestro, ordénate a tí mismo, que la voz de la acción es más potente que la de las palabras, muchísimo más, y lo primero eres tú.

2: Aprovecha el cargo y el tiempo; sé ejemplo viviente y luminoso de cuanto dices poniéndolo por obra, y convencerás y moverás. Ante Dios serás bueno, y ante los educandos, maestro modelo. Así es como aprovecharás el cargo y el tiempo haciendo de ellos escala para el Cielo.

3. Cumple fielmente todos tus deberes para con Dios, para contigo mismo y para con los prójimos, y prójimos especiales son tus discípulos, y así poseerás y comunicarás la sabiduría en lo que tiene de más sublime y deleitosa y útil; en ella se encierra la ciencia que nos enseña a conformar nuestras acciones con la Religión que es la ciencia de la salvación.

4. Quien tiene esta ciencia, derivada de la Sabiduría de Cristo, es rico en la pobreza, alegre

en el dolor, dueño, señor y rey en el cargo y posición más humilde; nada le daña y asusta, y todo le engrandece, mejora y eleva.

5. El maestro que esto sabe nada busca por medios ilícitos, nada se propone sino lo que es recto y bueno, todo lo contrasta con esta sentencia de Cristo: «¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo, si pierde su alma?»

6. Y sabiendo que no *es de sabios* trocar lo temporal por lo eterno, los bienes temporales con los espirituales, apunta siempre al blanco de lo que más vale e importa, y nunca se degrada hasta hacer de la ciencia y la enseñanza un mero *modus vivendi*, y menos el arte de rebajar almas y deshacer hombres, de quitar fe y sembrar escepticismo y materialismo.

El educando tiene derecho a no ser engañado ni escandalizado, y negárselo de un modo o de otro es cometer grandísima injusticia individual, social y legal.

36. EL MAESTRO ORDENADO DEBE SER ORDENADOR Y ORDENACISTA. (INSISTIENDO.)

«Guarda el orden, y el orden te guardará.»

(San Bernardo.)

1. Nada se hace sin orden que esté bien hecho, por lo cual el orden es la primera condición de

toda obra. ¿Como no lo será de la instrucción y educación del hombre y del niño?

2. El maestro, que está llamado a infundir el hábito del orden en sus discípulos, necesita: 1.º, vivir con orden; 2.º, establecer el orden en la escuela; 3.º, inspirarle a sus discípulos; 4.º, y, en último caso, imponerle, cueste lo que cueste, si no quiere perder el tiempo.

3. Lo primero para el orden de la escuela es que sea el maestro un reloj viviente, bien montado y equilibrado; siendo en todo exacto, puntual, metódico, inalterable, igual; dominando la ira como el desgano, el celo como la pereza, los tiempos nublados como los de bonanza, alegre bienestar y éxitos satisfactorios.

4. Esto supuesto, fácil será al maestro comunicar a su obra aquel orden que posee en grande, y aunque su persona sea el elemento principal, no estará demás el reglamento, como se ha dicho: que manden el reloj y el reglamento, en vez de ser la persona del maestro. Así se forman los hombres de ley.

5. Así se inspira el hábito de la disciplina o del orden en la práctica de la escuela y de la vida, que es uno de los fines sociales de la educación. Hacer hombres ordenados en todo y bien disciplinados, especialmente en tiempos de anarquía intelectual e indisciplina social, es llenar una necesidad pedagógica y social vivamente sentida y de urgente remedio, si no queremos

desaparecer envueltos por la ignorancia y deshechos por el desorden.

6. Si para ello es menester acudir al castigo, aquí es donde el maestro no puede dejarse vencer por la terquedad y malicia del alumno, ni por la flojedad y debilidades de la autoridad y la familia. Piense bien lo que ordena y a quién lo manda y cómo; pero una vez ordenado, cúmplase le ordenanza, para que haya escuela, enseñanza y educación.

(Examen.) Maestro, ¿estás tú ordenado y eres ordenista? ¿O vives desordenado y enseñas sin orden? En el primer caso, eres un obrero social; en el segundo, una calamidad, dentro y fuera de la escuela.

Y lo que se dice de la escuela y el maestro de niños hay que decirlo en mayor escala de otros organismos que se apellidan de instrucción y no son de hecho sino centros de holganza e indisciplina, tanto más funesta cuanto atañe a los jóvenes destinados mañana a ser clases directoras.

37. EL MAESTRO TENGA UN IDEAL HUMANO, NACIONAL Y CRISTIANO, Y POR NADA LE OLVIDE NI DEJE.

El maestro prudente y justo ha de estar bien orientado para orientar a sus discípulos.

1. Es imprudencia, injusticia y necedad suma emprender un largo viaje sin norte ni brújula; y

no lo será, y en grado sumo, vivir al azar o hacer el viaje de la vida sin conocer ni apuntar al fin de la misma? Pues esto hacen muchos que se tienen por hombres sin saber a dónde van, y algunos que se llaman maestros, sin enseñar cuál es el blanco o idea fundamental de la vida humana.

2. De donde resulta que se desprecia la vida, se pierde el tiempo, se desconoce el valor del hombre y se le deja vivir al azar, haciendo de él un ser despreciable e inútil, además de alocado, estúpido o desorientado. ¿Adónde irá quien no sabe donde ir?

3. El hombre de una idea, que le domina, le alumbraba, le enardece, le preocupa y le absorbe, deja huella profunda en la sociedad, es una fuerza que se hace valer y acaba por triunfar. Acuérdate, ¡oh hombre!, de cuál es el fin del hombre, y no olvides, ¡oh maestro cristiano!, cuál es el *Hombre modelo*, el que se llamó repetidamente *Hijo del hombre*. ¿O quieres ignorar la primera respuesta del Catecismo: «Dios creó el hombre para que le conociera, amara y sirviera en esta vida y, mediante esto, le gozara en la eterna?» Pues bien, el niño es el hombre que viene al mundo con ese destino, que nadie puede abolir, cambiar ni preterir, y tú eres su mentor y guía.

4. Sepa el educador que él tiene señalado ya el fin supremo de su obra, y en adelante cuanto diga y haga pare formar inteligencias y corazones, vaya unificado por esa idea madre y funda

mental, y así el niño aprenderá lo grande que es su destino, la grandeza de Dios y su Cristo, y lo trascendental de la lucha entre Cristo y sus contrarios, y tomará bandera peleando con la palabra y la acción como un valiente soldado de la civilización cristiana que sabe a dónde va, porque no ignora para qué ha nacido.

5. Y ese niño saldrá de la escuela, y orando enseñará a orar, creyendo enseñará a creer, respetando enseñará a respetar, y viviendo dentro del deber, la justicia y el amor, enseñará la moral, el respeto a la ley y la caridad.

6. Ese niño, hecho hombre, sabrá serlo en todo, en público y en privado; la idea madre de que se nutre cada vez tiene más raíces y la siente y actúa con más decisión. De esta madera se hacen los hombres honrados, los valientes entre los más valientes, que son los constantes, y hasta los héroes.

Y ya que sabéis, maestros, cuál es el secreto de la hombría, la unidad y grandeza del fin humano, a ponerlo por obra y no olvidéis estas palabras del Maestro de los maestros, dichas contra los que toman por ideal supremo del hombre las riquezas y honores: «¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» ¿Qué aprovecha a la humanidad la enseñanza que sólo se cuida de hacer hombres ilustrados y ricos, y no de hacerlos buenos, honrados y justos?

38. EL MAESTRO Y LA VERDAD Y VERACIDAD.

El maestro debe, ante todo, amar, cultivar y enseñar la verdad. Dios es la verdad. «La muerte y la vida están en poder de la lengua». (Prov., 18.)

1. La verdad, objetivamente, se define como Dios se definió: «Yo soy el que soy», pues la verdad es lo que es; y entonces poseemos verdad cuando nuestro juicio está conforme con la realidad.

La veracidad es la conformidad de la palabra, o signo equivalente, con la mente del que habla. Así se dice del hombre honrado que puede errar, pero no mentir ni engañar.

2. El maestro, por ser hombre y maestro, tiene un doble deber de conocer y amar la verdad, haciendo cuanto humanamente pueda por poseerla y enseñarla a sus discípulos, por lo menos en lo que forma la materia de la instrucción y educación que le están encomendadas.

3. Y es malo el maestro que esto no sabe; peor el que, sabiéndolo, no lo enseña, y pésimo el que, dudando y herrando, nada hace para salir de la duda o el error, y sin rectificar sus ideas u opiniones, las enseña y propaga en la clase o el libro, sin mirar el daño que causa.

4. No hay ladrón que en maldad y daño igua-

le al ladrón de la verdad, especialmente en el orden moral y religioso; y si ese ladrón es un maestro que roba la verdad a sus discípulos, el crimen ya no tiene nombre.

5. También es más difícil el perdón y la restitución de los daños causados por el latrocinio de la enseñanza averiada y no rectificada que los causados por el ladrón en los bienes de fortuna, pues con todos los tesoros del mundo no se puede pagar un alma.

6. Y conste que sólo hablamos aquí del maestro que por ignorancia, ligereza, superficialidad y preocupación culpables no sabe lo que debe saber, o no enseña lo que debe enseñar, o está en el error y enseña el error, o está en la duda y enseña a dudar, sin cuidarse de estudiar y enseñar, ni consultar ni rectificar errores, dudas ni preocupaciones; pues del maestro que deja de ser hombre y se torna embustero y mendaz, trataremos en el artículo siguiente.

(Examen.) ¿Amas tú la verdad? ¿La amas al par de Dios? ¿Sabes bien todo lo que te incumbe enseñar? ¿Lo enseñas bien? ¿Tienes dudas o errores culpables? ¿No los rectificas? ¿Los propagas así entre tus discípulos? ¿Sabes el daño que causas, ya no enseñando, ya enseñando sin afinar ni rectificar aquello acerca de lo cual tienes dudas y preocupaciones culpables?

Maestro, ama la verdad, cultiva la verdad, enseña la verdad, y vive para la verdad y de la verdad; que ése es tu primer deber.

39. MAESTRO, SÉ VERAZ Y HAZ QUE TUS
ALUMNOS LO SEAN.

«No mentirás.» (Decálogo.)

1. El maestro, no sólo debe a sus discípulos la *verdad*, para lo cual está obligado a estudiarla, saberla, profesarla y enseñarla, sino que además se halla obligado a la *veracidad*, virtud que consiste en la conformidad de la expresión con la mente; así como la *mentira* consiste en decir con palabras o hechos lo contrario de lo que se siente.

2. Es una ofensa para un hombre decirle que es un embustero o que no tiene palabra o formalidad. ¿Y qué diremos de aquel cuya misión es formar hombres verdaderos, sinceros y cabales si no es hombre sincero ni verdadero, sino un saco de errores, mentiras, simulaciones, hipocresías, jactancias y adulaciones? Que ni es maestro ni vale para serlo.

3. No hay cosa más grande ni digna de respeto que la verdad, y el maestro verdadero que la cultiva y enseña se asemeja a Dios y a Cristo, que es nuestro Maestro y Redentor, y de Sí dijo: «Yo soy la Verdad», y por enseñarla y decirla murió. El amante de la verdad es esclavo de ella y de la sinceridad, que es la mejor manera de inspirar confianza y de hacerse hombre respetable y li-

bre, amado de Dios y de los hombres; al cual, si alguna vez falta y cae, se le perdona fácilmente, porque su arrepentimiento es verdadero. Pero el mentiroso es aborrecido y despreciado de Dios y de los hombres, y materia dispuesta para que el Diablo, que es el padre de la mentira, lo tome como instrumento para todo lo ruin y traicionero. Ahora, escoged.

4. Suponed una escuela o centro en el cual maestros y discípulos se amamantaran con el error culpable y la innoble mentira; tendrían formado un foco donde se cultivaran seres para que en ellos prosperaran los siguientes microbios antisociales: la *doblez*, que quita al hombre la unidad y sociabilidad; la *astucia*, que le priva de la nobleza y sencillez; el *fraude*, que le deja sin honorabilidad; el *engaño*, que le deja sin crédito ni honradez; la *seducción* y *corrupción*, que le deja sin salud, pureza y honor; la *conspiración* y *conjura*, que le dejan sin fidelidad ni lealtad; *jactancia*, que le priva de la seriedad; la *adulación*, que le priva de la dignidad; la *hipocrestia*, que le deja sin piedad, y en suma, sería un centro cultural de todo lo que es ruindad y miseria humana y falsía y traición social. No se puede dar ni mayor rebajamiento para el hombre, ni mayor enemigo para la sociedad que una tal escuela.

5. ¿Y cuál es la almohada para que sobre ella se acueste y duerma tranquilo, al parecer, el sujeto capaz de tantas y tan graves faltas? Es la

mentira, substratum de todas ellas; es el maestro, libro, periódico, teatro, centro, bando, secta, amigo, compañero; en suma: el mundo, demonio y carne, que, describiendo y pintando las cosas al revés, hacen también conciencias enrevesadas y hombres al revés. ¿Quién habrá que no disculpe o atenúe una mala acción con una falsa razón o mentira de circunstancias? ¿No se ha dicho que a la corrupción precede la seducción; a la injusticia, la falsedad, y a la tiranía, el sofisma, esto es, la mentira, y siempre la mentira?

6. Alerta, pues, maestro, que la mentira es el gran enemigo del hombre y de la sociedad; siempre en guardia contra el error culpable, que es una mentira, por ser voluntario en sus causas; siempre en acecho contra los microbios antihumanos y antisociales de la doblez, astucia, fraude, engaño, seducción y corrupción, conspiración y perjurio, de la jactancia, adulación e hipocresía, y de toda falsía y traición, que si llegan a su pleno desarrollo en los adultos, suelen tener el germen en la torcida educación de la infancia, en el embuste, la mentira, la informalidad y el engaño, que los niños ven en sus casas, escuelas y plazas.

7. Educadores todos, los que amáis la verdad y la humanidad, castigad en el niño la mentira y falsedad, si no queréis que adquiera la enfermedad incurable de la falsía, que es la tuberculosis del alma individual y social, y oíd esta observa

ción de un escritor: «Jesucristo, el Gran Educador, con nadie se mostró más airado que con los fariseos, que eran los hipócritas y embusteros más redomados de aquellos tiempos; de cada clase de pecadores convirtió algunos: a Zaqueo, que era usurero; a Dimas, que era ladrón; a Magdalena y la Samaritana, que eran lascivas; a Saulo, que era perseguidor; pero a hipócritas y mentirosos no convirtió a ninguno, y Judas, modelo de traidores, se ahorcó y condenó »

Y es que la falsedad todo lo falsifica, la inteligencia y la voluntad, la conciencia, el corazón y la vida toda.

La verdad nos hace libres y dignos de Dios; la mentira nos hace viles esclavos de Satanás.

40. EL MAESTRO VERDADERO ESTÁ OBLIGADO A EMPLEAR TODOS LOS MEDIOS PARA DESTERRAR LA MENTIRA DE SU ESCUELA.

(Ampliación y repetición)

1. ¿Que hará el maestro para conseguir que sus discípulos no engañen ni mientan? Lo primero es que el maestro jamás engañe ni mienta, ni con hechos ni con dichos, sino que sea en todo hombre sencillo, verdadero y sincero, de tal modo que ni en broma se permita mentir, ni en falso se propase a ofrecer, ni una vez dada palabra la

deje de cumplir, ni establecido un reglamento de disciplina escolar lo viole en lo más mínimo: debe ser el modelo de la verdad y de la exactitud para sus discípulos.

2. Y así tendrá autoridad y prestigio para exigir de sus alumnos que ni engañen ni mientan, y podrá ayudarse, para conseguirlo, de la enseñanza sobre lo grande que es la verdad, pues es igual que al mismo Dios, y lo bajo que es la mentira, pues degrada al hombre hasta privarle de la hombría y le esclaviza hasta hacerle siervo del Diablo.

3. Para aquellos a quienes no baste el amor ni el temor de Dios, ni su propio decoro y dignidad, use el maestro de toda clase de castigos proporcionados a las mentiras y engaños y, sobre todo, a la repetición y obstinación o terquedad, bien persuadido de que criar un niño falso y mentiroso equivale a criar para el porvenir una mala persona.

4. Acuda, pues, el educador a toda clase de razones y prevenciones, expresadas con breves y terminantes frases; si esto no basta, acuda a la censura, a la reprensión, privada y pública, a la reprobación más austera, al ridículo y, en último caso, a la separación y expulsión.

5. Perdonar y acortar y disminuir la pena al que mintió y se arrepiente es conveniente; pero jugar con la ficción, aparentando una enmienda que no aparece, es jugar con el maestro y la disciplina, lo cual no debe tolerarse.

6. El maestro, persuadido de que es un sacerdote de la verdad y un cultivador de la veracidad, emplea cuantos medios le sugiere la conciencia, y no cesa en esta obra, que considera fundamental para obtener hombres veraces y sinceros.

(Exáminate.)

41. EL MAESTRO QUE AMA LA VERDAD FORTALECIDA CON ELLA LA BONDAD Y BELLEZA, QUE SON SUS HERMANAS.

1. Ya hemos dicho que amar la verdad y aborrecer la menteria es propio de todo hombre serio, formal y digno; de todo el que se estime. La sinceridad es la característica del hombre de bien. Pero el maestro que es maestro debe ir, en su amor a la verdad y a la humanidad (que desea ver estrechamente unidas), a procurar que la verdad se haga querer, buscar y amar, y se convierta en bien y gozo para sus discípulos.

2. La verdad, que, mirada en sí, es la realidad de las cosas, y manifestada al exterior es la fiel expresión de la realidad concebida, es en la mente la ecuación de ésta con la realidad. De tal modo está formado nuestro entendimiento, que, por tendencia natural y hechura suya, una vez vista la verdad, la mira, la quiere, la abraza y goza. ¡Y qué gozo más puro! ¡Qué amor más noble y santo el de aquel que busca la verdad y la halla!

3. Puesto que conocer, querer y gozar se dan la mano en la mente del niño y del hombre, y a más y mejor conocimiento se sigue mayor amor y placer, el maestro que esto sabe, cultiva con la verdad, la bondad y la belleza, o fomenta en sus educandos el recto saber con el bien amar y el honesto placer, y cuanto más altas y grandes sean las verdades que enseña, más nobles, elevados, intensos y santos serán los amores y sentimientos que suscite.

Sobre todo si el maestro en su escuela acierta a unir el saber con el amor y el arte. Que así como el educando no es sólo cabeza, sino voluntad, sentimiento y acción, tampoco el que le instruye y educa debe ser mera abstracción y rigidez, semejante a pértiga de hierro duro, frío e inflexible, sino un ser inteligente, culto, amoroso y benévolo, bien instruído y portado, sencillo, noble, veraz y bueno, cuyas palabras y modos, llenos de convicción y persuasión, de luz, cariño y arte, penetren por la inteligencia en el corazón del educando y le muevan a querer saber y estudiar, entender y amar, y a gozar de la verdad y el bien conocidos y poseídos.

4. No es el educador de hombres cultivador de palos secos, sino de seres vivos, y la vida del hombre es el alma, y la vida del alma son las verdades, que, bien conocidas y amadas, hacen los hombres cultos y prácticos, los bien instruídos y educados, los hombres cabales.

5. Maestros, sed educadores de hombres enteros y por entero, y no mutiladores de ellos en todo o parte; sean buenas, sanas, nobles y santas las ideas; precisas, claras y vivas las explicaciones; interesantes y atractivos los modos y formas de la enseñanza; teórico-prácticos los conocimientos que a la vida se ordenen; haya ciencia, amor y arte; y la verdad, bondad y belleza, que en Dios son una misma cosa, en el niño, que es su imagen, se darán la mano y brotarán de conjunto el conocer y el amar, el sentir y el gozar.

6. ¡Qué bello, qué hermoso, qué noble, qué grande y qué santo es el oficio de educar enseñando, cuando así se enseña!

(Exáminate.)

42. EL MAESTRO Y LA PROPIEDAD.

«No hurtarás.» (Decálogo.) «Los ladrones no poseerán el reino de los cielos.»

1. *Propio* llamamos lo que es nuestro y no es de otro, y así como somos dueños de nuestras potencias o facultades, también lo somos del trabajo que de ellas procede y de las obras que proceden de ese trabajo. Por lo mismo que tú eres *tuyo*, tu trabajo es *tuyo*, el producto de ese trabajo es *tuyo*; el cuadro que pintas, la escritura que estampas, el cacharro que moldeas, el mueble que

fabricas y la tierra que transformas con el sudor de tu frente, son tuyos. La propiedad es una consecuencia de la personalidad y del trabajo.

2. Esto dice el sentido común, esto el derecho natural, esto la Ley del Sinaí, esto el Evangelio; y al retener, quitar o codiciar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, llaman injusticia, robo y codicia, y al que lo perpetra, ladrón y criminal y avaro; siendo un delito que castigan todos los códigos, un borrón que infama a los que le cometen y un obstáculo que dificulta más que otros la salvación; porque, ¿cómo tendrá virtud para restituir el que no la tuvo para dejar de hurtar? Y no hay más remedio: o restitución o condenación.

3. La propiedad es indestructible, se funda en nuestra propia naturaleza, es hija de nuestra personalidad, y para que no hubiera propietarios habría que hacer que no hubiera hombres con hombría, y sí sólo esclavos o cosas de otro; y aun así, aparecería el *propietario de esos hombres-cosas*.

El socialismo, pues, sea de cátedra, sea de congreso, sea de libro, sea de club, es una utopía opuesta a la naturaleza, y si se llevara a la práctica, acabaría con la dignidad personal y con la libertad humana.

4. Pero ¿será posible que alguien intente implantar el socialismo? Cuando se olvida a Dios no hay garantías para el Derecho. Suponed transportado el derecho de propiedad individual y la

miliar a la sociedad (socialismo); ésta y, en su nombre, los caporales que la manejaran, serían los únicos dueños y amos, y todos los demás asociados serían sus mercenarios o esclavos, obligados a aceptar el trabajo que aquéllos les impusieran. Y digo *imponer*, porque todos querrían ser generales y no rancheros, arquitectos y no mezcleros, delineantes y no peones, jefes y no súbditos, señores y no criados.

5. Maestros, sabed que hay un *pillaje o robo nacional* que está llamando a gritos lógicos otro *pillaje o robo social*; aquél se llama *incautación y expropiación* de todos los bienes de la Iglesia, la Escuela, la Beneficencia, el Concejo y la Comunidad, declarándolos *bienes nacionales*; éste se llama *socialismo*. Ante la estauta de Mendizábal, el gran incautador o ladrón nacional, llevan los maestros laicos, para que lo admiren y copien, a sus discípulos todos los años, y dicen que en Francia la mayoría de los maestros son socialistas... Y vosotros ¿que opináis de tales hechos y tales magisterios?

6. Educadores, no olvidéis la Ley de Dios ni la veléis en la escuela; antes debéis prevenir a vuestros educandos contra el mal ejemplo de ciertos legisladores, enseñando a la humanidad incipiente las injusticias sociales cometidas en nombre del derecho por una humanidad vieja, torcida, decadente, mentidora, robadora y transtornadora.

43. MAESTROS, EDUCAD EN LA JUSTICIA SIENDO JUSTOS.

1. Maestros, eduquemos en la justicia siendo justos y a nadie demos motivo para dudar de nuestra conducta y respeto a la propiedad ajena. No hurtemos el tiempo ni el cuerpo al trabajo que debemos a nuestros alumnos, ni de ellos recibamos dones ni servicios que nos inclinen a ser parciales y no iguales para todos.

2. Que en las cuentas y en los muebles, en los libros y en todo aparezca bien invertido lo que se halle destinado a material de escuela.

3. Que lo mejor es no comerciar; pero si no hay otro medio que comprar y vender papel, libros, etc., a los niños pudientes, no abuséis cobrando más caro que en las tiendas, y al pobre jamás le pidáis nada, que tiene derecho a la enseñanza gratuita.

4. Vivid de lo vuestro y no acudáis al préstamo, que os quita prestigio y libertad, y hasta puede ser un dogal atado al cuello: vivid de lo vuestro, pero sin incurrir en la nota, hoy desfavorable, de *vividores*.

5. Y enseñad a los niños a tener muy grabada en su conciencia la ley de la justicia y que ninguno tome ni se quede con lo ajeno, antes castigad el hurto con la vergüenza y la restitución de todo

lo quitado y dañado, y aun algo más en ocasiones y por vía de de pena.

6. Y si es menester, contad con la familia, y que ella castigue y pague, y amedrente con la justicia, para que el miedo ayude al tentado, y si el temor de Dios no le contiene, que le contenga el temor de los hombres y su castigo.

(Examine.)

41. EL MAESTRO Y EL RESPETO A LA JUSTICIA EN TODO.

El maestro prudente y justo respeta y hace respetar al hombre, en su alma, cuerpo, honor, fama y todo su sér.

1. Maestro educador, enseña a amar y respetar las almas, y prohíbe el mentir, engañar, escandalizar, blasfemar, maldecir, corromper y pervertir con malos libros, revistas, papeles, espectáculos y cualquiera otra clase de hechos y dichos. Mucho cuidado con dañar la fe y la gracia de los niños, mucha precaución contra todo género de impiedad y herejía.

2. Enseña a respetar a los hombres en sus cuerpos, y no permitas golpes, riñas, juegos y espectáculos peligrosos ni luchas fieras o brutales, y tales son las del hombre con reses bravas para divertir a otros hombres.

3. Enseña a respetar a los hombres en su honor, y no consientas que se le hiera en su dignidad, ni como hombre ni como cristiano. Prohíbe, pues, las burlas, desprecios, injurias, apodos, denuestos, insultos, desafíos y provocaciones, y todo cuanto tienda a envilecer y deshonorar al prójimo.

4. Enseña a respetar el buen nombre, y prohíbe todo lo que tienda a infamar al prójimo, como es la murmuración, la sospecha, duda y juicios temerarios, la acusación infundada, el chisme y la publicación de cosas secretas que no tiene derecho a saber el público.

5. Enseña a respetar los animales y plantas y la hacienda del prójimo, y por lo mismo prohíbe toda acción dañina y cruel y todo acto que en sus bienes perjudique al prójimo. Respeta hasta la raza y la patria del educando.

6. Y como fundamento y garantía de toda justicia, enseña a amar y temer a Dios, que todo lo ve, sabe, juzga y sanciona, y ante el cual no hay justicia que no se repare y castigue, ya en esta vida, ya en la otra, ya en las dos.

(Examina tu conciencia y tu conducta escolar.)

45. EL MAESTRO JUSTO NO ES ENVIDIOSO
NI EGOÍSTA.

1. En el fondo de la naturaleza degradada hay un sentimiento tan vil, que no le confesamos, y tan verdadero, que hay que ponerse en guardia: es la negra envidia, que tiene pesar del bien ajeno, al cual mira con malos ojos. La envidia nos hace injustos y odiosos.

2. Los trabajos del uno parecen humillaciones para el otro, por lo cual se le critica, a él o a su obra, se le trata con frialdad e indiferencia, se le hace el vacío, y a veces se le crean obstáculos y se siente diabólica alegría por sus fracasos o medianos éxitos. No cabe proceder más ruin e injusto.

3. Lejos de un maestro justo tan bajo sentir, tan mal proceder; al contrario, alegrémonos del bien que veamos hacer, alentémosle con buenos deseos y votos, si más no podemos, y en cuanto nuestras ocupaciones lo consientan, sumémosnos con todos los buenos para todo lo bueno. Esto es tener corazón recto y grande y no torcido ni envilecido.

4. El hombre aislado vale tan poco, que se impone la cooperación y asociación para todo lo que algo importa; la unión es fuerza y centuplica las fuerzas individuales, haciéndose energía social. Cuando veáis que otro compañero inventa

algún procedimiento, escribe algún libro, organiza alguna sociedad, o que obtiene en su escuela halagüeños resultados, no dudéis en alabarle y no os avergoncéis de copiarle, gloriándoos de ser en tal cosa discípulos suyos. Cooperad y no estorbéis, animad y no descorazonéis.

5. Cuando os encarguéis de una escuela no comencéis hablando mal de ella y de quien la desempeñó (esto lo hacen todos, pero está mal hecho), sino fijaos en lo bueno que en ella haya y alentad la esperanza de mejorarlo con vuestro esfuerzo y la gracia de Dios. Jamás habléis mal de otros, y menos si son amigos, y mucho menos si son compañeros, y muchísimo menos si os hace sombra su celo.

6. En suma: amemos y no envidiemos, seamos justos e imparciales y no envidiosos o pesarosos del bien ajeno, ni recelosos de sus intenciones; sumémonos con nuestros compañeros y coeducadores y no desacreditemos sus obras ni personas; seamos cantidades positivas que se suman con todo el que hace algo recto y bueno, y no ceros que envidian y murmuran de todo el que quiere hacerlo.

Examinemos en este punto, no sólo las obras y palabras, sino los pliegues y entretelas del corazón, no sea que en él haya algún veneno, alguna envidia, odio, antipatía o prevención, que nos mueva a ser injustos en pensamientos, palabras u obras.

46. EL MAESTRO, LA OBEDIENCIA, EL PREMIO
Y EL CASTIGO.

El Maestro justo obedece y es obedecido.

1. Sin autoridad no hay sociedad. Cuando el protestantismo proclamó el libre examen, destruyó el principio de autoridad en Religión; cuando este contraprincipio se aplicó al orden político y social, vino la rebelión en todo, cuya última palabra es la anarquía. Es, pues, de actualidad y necesidad enseñar a respetar y obedecer al que manda, y el maestro lo debe tener muy en cuenta. No es buen médico el que no conoce la enfermedad reinante o no la remedia conociéndola.

2. ¿Y qué es obedecer?—Respetar al que manda y acatar sus mandatos, no tanto por complacer y conveniencia, cuanto por deber. Agrade o no, cueste o no cueste, lo que el superior manda debe hacerse; y esto es obedecer y amar.

3. ¿Y si el que manda se excede?—El que manda no es impecable ni infalible; pero mientras con claridad meridiana no aparezca el error o exceso, la presunción está a favor de la autoridad.

4. Claro que el que manda habrá de ser discreto y prudente, racional y justo en el fondo y suave en el modo; pero nunca ponga la autoridad a los pies de los súbditos para que se rían y burlen,

ni deje entender que la obediencia termina con la falta de voluntad, conveniencia o gusto del que ha de obedecer.

5. ¿Y cuándo comenzará la educación en la obediencia?—Desde pequeños, y sea ésta la regla: «Debe corregirse en el niño todo aquello que en la edad adulta sería reprehensible.» El niño que levanta la mano contra su madre y hermanos, el que quiere arrebatarse el juguete a otros niños, el que jugando quiere que todos se sometan a su capricho, el que trata a sus padres y extraños como si fueran sus iguales, y aun sus juguetes, esclavos o muñecas, el que llora y se enoja para conseguir todo lo que pide, etc., todos éstos han de ser reprimidos y obligados a someterse, con suavidad, sí, pero sin debilidad, *inexorablemente*.

6. Jamás se mande lo que no se ha de cumplir; pero una vez pensado y ordenado, jamás se consienta la desobediencia: así es como se observa el orden, se obtiene la paz y se forman hombres y sociedades.

47. LOS MAESTROS CON SESO NO RENUNCIAN
AL AUXILIO DE LA ALABANZA Y EL PREMIO.

Un rostro complacido y una palabra halagüeña entran mejor en el corazón que todos los castigos, gestos y palabras displicentes.

1. Los niños crecen entre halagos; tratadlos, pues, con halago y no con aspereza: sus padres los alientan con alabanzas; siendo moderadas y discretas, debe utilizarlas todo educador. Y he dicho *moderadas y discretas*, porque de la alabanza debe decirse lo que del vino, que si es poco, anima y ayuda, y si es mucho, se sube a la cabeza; y lo del dulce, que lo poco agrada y lo mucho empalaga.

2. Es un mal porte no mostrar contento con el niño, y aun con el grande que se porta bien, y es mala paga mostiar rostro frío y cara de palo al joven que se esmera por complaceros: tratad a vuestros alumnos como quisierais ser tratados, puestos en su caso.

3. Pero algún filósofo, no pedagogo, sino estoico, os dirá: «Conviene enseñar a cumplir con el deber por el deber mismo.» A esto le responderéis: «Bien está enseñar a cumplir el deber por motivos de razón o conciencia; pero no olvide-

mos que el niño es un niño y no un filósofo, y menos del género estoico, y que la alabanza, el aplauso, el premio es un *auxilio* del deber añadido a la flaqueza del niño, *auxilio* que en la práctica emplean desde la madre hasta la patria, y sin el cual nadie ha educado hasta el presente, ni los que se predicaban filósofos y estoicos.»

Pero ni las alabanzas ni los premios deberán ser excesivos ni indiscretos, e indiscreción es: colmar a los niños de alabanzas en su presencia, y más alabarlos por cosas que no son sino dones naturales, mucho más si son deméritos o si no hay imparcialidad ni equidad, alabando y ponderando a unos y rebajando a otros, premiando al simpático y postergando al que no lo es tanto.

5. En suma: sed justos, parcios, discretos e imparciales en los elogios y premios, y evitad las injusticias, parcialidades e indiscreciones, que los niños notarán en seguida en sus maestros, con desprestigio de éstos y mengua de la buena educación.

6. Y dad al premio y al castigo toda la importancia que le da el niño, haciendo de la escuela sala de justicia, donde cada uno recibe lo que merece.

(Exáminate punto por punto.)

48. EL MAESTRO PRECAVIDO EVITA MUCHOS CASTIGOS.

1. El educador que sabe ser prudente y precavido evita las faltas de sus educandos, y con ellas los castigos; el que sabe ser justo, fuerte y constante, además de discreto, es respetado y temido, y con ello rara vez tiene necesidad de castigar; el que, sin ser débil, es paciente y es ejemplar, sabe castigar, y cuando castiga lo hace con autoridad y buenos resultados: no hay cosa que más mueva a reconocer la justicia de la pena que la mansedumbre, firmeza y buen crédito del que la impone.

2. Sed, pues, precavidos, justos, constantes, pacientes; pero si, a pesar de vuestras cautelas, se cometen faltas que deban corregirse, corregidlas con mano firme, y si no basta la corrección, aplicad el castigo; que no sabe educar quien no sabe corregir y castigar.

3. Corregid (sin sermocerinar, cansar ni aburrir, sino con discreción y modo) las faltas del niño; y si no, dejad que crezca y se haga insolente, egoísta, voluntarioso, rebelde e incorregible o contumaz.

4. Corregid al joven, no cuando hierva la sangre, ni a él ni a vosotros, sino cuando, pasada la ira, se dé lugar a la reflexión y reconocimiento de la falta y de la reprensión merecida.

5. Y castigad cuando la corrección no baste, castigad como Dios, que ofrece la gloria como premio, y el infierno como castigo. castigad como padres, que sienten el castigo y le imponen con dolor y amor; castigad las mentiras, las faltas de lección, las blasfemias y palabras groseras, las peleas y los hurtos; pero no gastéis vuestra autoridad en bagatelas o cosas de poca monta; castigad con penas adecuadas al delito en aquello que contraría su voluntad, para enseñar a domarla, lo que afecta a la sensibilidad, como el juego, el dulce, etc.; castigad al holgazán con trabajos, al rabonista con retención en la escuela, etc.

6. Con dichas condiciones, castigad, que ese es vuestro deber; mas después de cumplida la pena, no volváis a mencionar la culpa.

Y no olvidéis, maestros, estas máximas: Muchos premios les hacen desmerecer; premios diarios acaban por menospreciarse; premios que se ganan con poco trabajo, poco se estiman; premios valiosos, envilecen; produce más efecto lo poco bien repartido en adarves que lo mucho distribuido por toneladas; al niño, cualquier juguete o niñería le enamora; la ropa y comida la estiman más los padres que los hijos; el niño no mira tanto al don cuanto al afecto, y como el amor del niño es agua en canastilla, hay que alargar la esperanza y fraccionar el premio para que no falten el aliciente y el cariño; jamás prometas lo que no has de dar y da de modo que te ayude a educar.

49. EL MAESTRO, MUCHAS VECES, EDUCARÁ
POR EL ESCARMIENTO.

De los escarmentados salen los avisados.

1. Por escarmiento entendemos aquí la enmienda del causante de un desacierto o falta, causada por el ridículo, absurdo o males seguidos de lo mal hecho. Dios usa de este medio para corregir a los hombres, y la Historia se ha escrito para que escarmentemos en cabeza ajena.

2. Cuando el niño es precipitado, o está advertido y no hace caso, sino que insiste en hacer las cosas a su antojo, muchas veces convendrá dejarle que siga, para que por el resultado aprenda y escarmiente. El escarmiento es un gran maestro, a cuya ciencia pocos resisten.

3. Claro que no siempre podrá consentirse que el educando se tuerza y enderece por sí mismo, porque hay extravíos tan funestos que ningún padre ni educador puede consentirlos, y así como no se espera a quitar al niño el arma peligrosa a que se hiera o mate, tampoco se debe tolerar que haga cosas intrínsecamente malas, cometa pecados graves, ni que deliberadamente resista al precepto terminante de la autoridad, con mengua de ésta.

4. Salvo estos casos, se puede, y a veces se debe, tolerar y consentir que el educando siga su

voluntad, esperando a que los hechos convenzan al que no hizo caso de las palabras, o a que el disparate y absurdo ponga en evidencia el falso concepto o falta de discreción del educando.

5. Castigo que uno se proporciona así mismo, educa y corrige mejor que el que procede de voluntad extraña, y así como la enseñanza se dice que el principal maestro es la inteligencia del discípulo, lo mismo puede decirse de la autoeducación, que el mejor educador es el escarmiento. Diremos con el poeta:

Hay en la escuela
de la prudencia,
un catedrático
de mucha ciencia.
Genio gigante
claro talento ..
—¿Cómo se llama?
—Don Escarmiento.

50. EL MAESTRO, AL CASTIGAR, EVITE EL PEGAR.

1. Mirando el asunto en general o según principios, no se puede afirmar que la vara esté prohibida «Al necio de corazón, la vara de la corrección le hará recto.» «No escasees al muchacho la corrección, pues los golpes de la vara le librarán de la muerte», dicen los Proverbios, que es libro de sabiduría y educación. «No ama a su hijo, sino que le aborrece, el que no le aplica el azote.»

2. Los padres, pues, pueden y deben pegar, sobre todo a los muchachos, cuando no queda otro remedio o el palo fuera el mejor, lo cual sabrán ya por lo que haya sucedido antes. Pero los maestros que por los padres no están autorizados expresa o tácitamente para castigos de vara, absténganse de emplear este medio; no porque sea inconveniente en absoluto, sino porque ofrecería grandes inconvenientes en casi todos los casos.

3. Castigos propios de chicos algo crecidos son: la reprensión, el aviso a los padres, la cara seria, la nota mala, hacer la limpieza, servir a los demás, la privación de premios y regalos, la retención en clase durante el recreo, la tarea de escribir tanto o cuanto y, por último, la expulsión.

4. Advertencias al castigar. Jamás injuriéis a que penáis. No recordéis el pecado ya borrado con la pena. El educador (sea padre, maestro, sacerdote, etc.) no deponga su autoridad ni aun a título de amistad, y por lo mismo, evite la demasiada familiaridad. Al castigar, cuiden de no provocar a desesperación ni odio y deseo de la muerte para el que castiga o es castigado.

5. El castigo es un accidente y la buena cara, agrado y complacencia ha de ser lo ordinario; no seáis huraños, toscos, malhumorados, o *vinagreras* a todas horas, porque es hacer odiosa la escuela y aborrecido al maestro, y encogido, rudo, huraño y mal portado al discípulo.

6. Una buena cara conquista más corazones que muchos regaños y palos, y se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de hiel o vinagre.

51. EL MAESTRO Y LA JUSTICIA LEGAL.

*El maestro que es justo, respeta el derecho.
La libertad que viola el derecho se llama
libertinaje; y el maestro que así la invoca,
será formador de libertinos, no maestro
educador.*

1. Tú, ¡oh maestro!, como jefe y director de tu escuela, gozas de cierta libertad y autonomía para desarrollar en ella tu acción docente y educadora; pero no eres, ni puedes, ni debes ser independiente; pues al hacerlo habrás de moverte dentro del derecho divino natural y positivo, y sin ofender al derecho eclesiástico y civil ni al de la familia, que es antes que tú y más que tú.

2. Si faltas al derecho natural, que es la ley de las leyes, te haces enemigo de Dios y los hombres, o reo de lesa Divinidad y Humanidad. Tal sucedería si, a pretexto de ideales, planes y sistemas, progresos y libertades, lesionaras cuerpos o almas con castigos antihigiénicos, sugerencias de hipnotismo o espiritismo, y errores

opuestos a Religión y Moral o con máximas y ejemplos de inmoralidad.

3. Si faltas al derecho divino positivo, que es el revelado e impuesto por Dios y su Cristo, sobre todo en escuela de cristianos, faltas a la justicia legal y distributiva. Tal sucedería si el maestro fuera hereje, apóstata, impío en la enseñanza, violando así el derecho de los discípulos y los deberes de su cargo.

4. Si faltas al derecho eclesiástico, o a las leyes o instituciones dadas o creadas por la Iglesia, que ha recibido poder de Dios para regir y gobernar a los cristianos, sean individuos o colectividades, sean familias, escuelas o pueblos, tampoco serías bueno ni justo, sino violador del derecho y menospreciador ante tus educandos de la Institución más santa y veneranda.

5. Si faltas al derecho civil o del Estado, tampoco eres justo y buen ciudadano, sino un rebelde y antieducador patrio, puesto que enseñas a los educandos el desprecio y la rebelión contra la autoridad y sus leyes.

6. Si faltas al derecho que podemos llamar doméstico o de familia, que es el que tienen los padres sobre sus hijos para criarlos y educarlos, no serás un educador legítimo, sino un violador del derecho de paternidad, no serás un coeducador en unión de los padres que en tí delegan, sino un antieducador que se erige en secuestrador de menores, apoyado tal vez por el Estado invasor

y perturbador de la enseñanza y la familia.

Ya ves, maestro, que tus ideas, planes y enseñanzas, toda tu acción docente y educadora se ha de mover, para ser justa, dentro del derecho; que la libertad que viola el derecho se llama libertinaje, y el maestro que, a pretexto de su autonomía, falta a ese derecho, será libertino, pero no hombre justo ni hacedor de hombres de bien.

(Examínate)

52. EL MAESTRO JUSTO SABE OBEDECER A LA LEY. (*Ampliación.*)

1. El maestro cristiano, por ser maestro y por ser cristiano, por ser hombre y por ser ciudadano, sabe que es un súbdito y fiel observante de las leyes y no un *exlege*, o un vanitonto cuyas enseñanzas están por encima, o sobre y en contra de toda ley, a estilo ferrerista o de incoercible liberalista, vulgo *librepensador*.

2. Pero el ser súbdito de las leyes no le priva del juicio para saber y entender que hay leyes de derecho divino natural, leyes de derecho divino positivo, leyes de derecho canónico y leyes de derecho civil, entre las cuales unas son constitucionales y otras adjetivas, en aquéllas fundadas y a ellas ordenadas.

3. Y como el derecho es uno y no admite contradicción, cuando estas leyes se contradigan, el

maestro católico sabe ordenarlas y según ellas subordinar la obediencia y la enseñanza.

4. Y así, cuando las leyes humanas contradicen a las divinas, exclama con aquellos sembradores de verdad y libertad llamados Apóstoles: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.»

5. Y cuando las leyes civiles contradicen a las leyes eclesiásticas, que son la garantía y defensa del bien de las almas, repiten aquellas palabras del Maestro de los maestros: «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.» Entre salvar la cabeza o lo que es capital, o un brazo o lo que es accidental, la elección no es dudosa.

6. Y cuando hombres de secta y bando barren por decretos, reales órdenes, instrucciones o reglamentos las leyes constitucionales y aun las especiales acerca de la instrucción pública, el maestro, que vive bajo el amparo y garantía de la ley y no es un sectario ni un esclavo, un ignorante ni un ganapán, sino un ciudadano consciente e ilustrado, sabe que ante la ley, el Rey y los Ministros son los primeros súbditos o deben serlo, y no se da ley contra ley ni poder contra poder que no sea un abuso.

(Examina tus ideas y obras en relación con estas virtudes).

53. EL MAESTRO JUSTO Y OBEDIENTE SABE SER LIBRE SIN SER LIBERALISTA NI LIBERTINO.

La libertad de los corrompidos es el libertinaje, y la teoría de esta libertad se llama liberalismo, en los países latinos.

1. El católico, al obedecer a Dios y a sus representantes, obra como hombre entero y cabal; es todo un hombre de bien, un verdadero hombre, todo un ser racional y justo.

2. «Las leyes que Dios ha dado al hombre no tienen por fin quitarle la libertad, sino librarle de la abyección», dice el sintético y profundo Tertuliano. El que las obedece es hombre libre, el que las quebranta es un abyecto.

3. Libertad que no está limitada o «condicionada», como hoy se dice, será salvajismo, y la teoría que no admita la ley divina natural y positiva como límite de la libertad de los libertadores humanos, de los llamados políticos, apunta (si ya no lo es) al salvajismo, es una teoría de abyección.

4. Las leyes divinas son invariables e inmutables, y el maestro católico, que lo sabe, nunca enseñará ni practicará una libertad ni democracia que de ellas se aparten. En donde cabe el más y el menos es en las leyes humanas, eclesiásticas y ciles: ahí, sí.

5. Hay, pues, en la sociedad humana verdades y leyes fundamentales, que no pueden variar mientras no cambien la naturaleza de Dios y los hombres.

6. Y hay al mismo tiempo elementos secundarios y accidentales de la sociedad y el hombre, y en esto sí cabe el más y el menos, las distintas formas y organismos, etc., del orden político. Pero en ningún caso dejará de ser verdad este pensamiento de San León el Grande: «Hay verdadera paz para los hombres y verdadera libertad cuando la carne es regida teniendo por juez al alma, y el alma es gobernada por el Dios que la preside.» (Sermón de Nat.) Y estas otras del Apóstol San Pedro: «Prometen libertad a las gentes los que son siervos de la corrupción.» (Epístola II, 2, 13.)

Para ser libre hay que ser justo, y para ser justo hay que observar la ley de Dios y no ser siervos de la corrupción ni de los corrompidos.

(Examina tus ideas y conducta.)

54. EL MAESTRO CRISTIANO Y JUSTO NO ES CESARISTA, SINO QUE DA A DIOS LO QUE ES DE DIOS Y AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR.

1. Dios, Supremo Señor y Dominador de todas las cosas, fundó la Iglesia para guiar al hombre a

la consecución de sus inmortales esperanzas, y estableció la Potestad civil para la existencia y bien de la sociedad civil. Hay, pues, entre cristianos, dos Postetades soberanas: la Iglesia y el Estado, las dos independientes en su orden, pero subordinado el Estado a la Iglesia en aquello que mira al fin espiritual de la comunidad, como lo está el cuerpo al alma y la tierra al sol.

2. El ateísmo político quita a Dios el cetro de su soberanía y lo pone todo en el puño de la espada del César, creando así la omnipotencia del Estado, con la consiguiente tiranía y envilecimiento de los pueblos envueltos en la impiedad, corrupción y arbitrariedad del que manda. A menos respeto de Dios y las almas corresponde mayor tiranía en el que manda y mayor degradación en el pueblo.

3. El ateísmo político, iniciado ya por los sofistas en Grecia y continuado por los epicúreos y escépticos en Roma, llegó a desconocer la autoridad divina, y toda la potestad se refundió en el César. Jesucristo, que vino a redimir al género humano, *debió recobrar los derechos de Dios sobre los hombres*, y de aquí sus célebres palabras: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.» (No confundáis ambos poderes.) Y estableció la Iglesia independiente del Estado. Cuando llegó el caso de juzgar al Justo, Pilato deseaba salvarle y acudió a varios medios; pero ante la *razón política* de «*si no le crucificas no*

eres amigo del César», le entregó a sus verdugos, y Jesucristo fué crucificado porque César no se incomodara, no sea que a Pilatos le costara la Presidencia. ¡Cuántos Pilatos y Pilatillos no hacen hoy lo mismo con la Iglesia!

4. Hasta ahora no ha habido, ni hay, herejía ni cisma que no sea *cesarista* o enemigo de la Iglesia de Cristo y armador del poder civil contra ella, y no ha habido tirano ni chico ni grande que no se haya apoyado en algún error anticatólico para oprimir a la Iglesia. Dar al César lo que es de Dios es el lema de heterodoxos y opresores del pueblo cristiano.

5. En nuestros días los Tiberios, Nerones y Dioclecianos, los bárbaros y emperadores teutónicos, los príncipes protestantes y reyes regalistas, se llaman el *Poder civil y el Estado liberalista*, el cual todo lo puede y concentra en su mano: individuo, familia, propiedad, el nacimiento, el matrimonio y la tumba, los cuerpos y hasta las almas, por medio de la enseñanza obligatoria y acaparada, a cargo de los maestros del Estado laico.

6. ¿Puede un maestro cristiano coadyuvar al César y al cesarismo más cruel e inhumano que hayan visto los siglos y de crucificar a Cristo en el alma de los niños?

Pues de eso se trata cuando se habla de la *secularización* de la enseñanza.

(Examinato.)

55. EL MAESTRO CRISTIANO Y JUSTO NO VALE
PARA ASESOR Y DEFENSOR DE TIRANOS.

Su lema es: «Pro aris et focis»; por la Religión, la Familia y la Patria, la vida, y es poco. (Ampliación y repeición.)

1. «Sobre las Constituciones deleznable y movedizas hechas por los hombres, hay una Constitución verdaderamente fundamental, incommovible y eterna, que es la ley de Dios.»

2. En caso de conflicto entre la ley divina y la ley humana, diga el cristiano, y más siendo maestro que enseña a cristianos, ¿cuál deberá prevalecer o quién será más justo, el que obedece a Dios o el que obedece al Estado?

3. Los que condenaron a Jesús a muerte invocaron la ley para condenarle: *Legem habemus*; y flagelaron y clavaron en cruz a la misma Justicia. Digan los asesores de Anás y Caifás tiranos, si Jesucristo, el Justo, fué injustamente crucificado.

4. Los Tiberios y Neronos regaron las arenas del Circo Romano con sangre de cristianos para que se *cumpliesen las leyes del Estado*. Digan los asesores de Tiberios y Neronos si los mártires fueron o no criminales por obedecer a Dios antes que al Estado.

5. Juliano el Apóstata y mil pseudo-cristianos

coronados y galonados han conspirado desde el Poder *con leyes* de excepción, que ellos han fabricado en contra de la Iglesia y los cristianos, para quitarles la libertad, propiedad y los derechos de cristianos, a pretexto de los derechos de los Reyes (*regalistas*) o de la soberanía de la Nación (*liberalistas*).

¿Qué dicen los abogados del julianismo o persecución calculada y legal? ¿Los cristianos y su Iglesia merecen ser excluidos del derecho?

6. Hoy el julianismo, o apostasía oficial hipócrita, aspira a descristianizar a los pueblos cristianos, no deteniéndose, para este fin, ni ante la inocencia del niño y los derechos de los padres, por causar daño a la Iglesia en sus miembros. A este pensamiento obedece la escuela laica oficial y obligatoria que de la Francia renegada pretenden importar los renegados de otras naciones. Y decimos: ante esta tiranía legal, ¿será lícito resistir por salvar a la infancia, la Familia, la Religión y la Patria? ¿Será criminal desobedecer leyes tan criminales como opuestas al derecho natural y revelado?

56. EL MAESTRO ESPAÑOL HA DE SER CATÓLICO SI HA DE MOVERSE DENTRO DE LA JUSTICIA Y LA LEY.

1. Por naturaleza y principios de humanidad,

por nuestra historia y constitución interna, expresiones ambas de nuestra vida eminentemente cristiana; por la Constitución que hoy nos rige; por lo concordado entre las dos supremas Potestades y por la ley de Instrucción pública de 1857, la escuela oficial española debe ser verdaderamente católica, o deja de ser escuela humana, española, constitucional y legal.

2. Deja de ser *escuela*, porque se niega como educadora, ya que sin Religión no hay educación posible.

3. Deja de ser *humana*, porque desatiende el fin primario del hombre, negándole como ser espiritual que aspira a la inmortalidad en vida perdurable.

4. Deja de ser *española*, por ser una negación de la Patria en cuanto tiene de esencial, histórico y glorioso; todo lo cual se niega o censura renegando del pasado, con todas sus grandezas, como un estorbo que impide avanzar.

5. Deja de ser *constitucional*, ya en el sentido de la Constitución interna y secular, ya en oposición al artículo 11 del cuaderno constitucional de 1876.

6. Deja de ser *legal*, ya por ir contra la Constitución, que es la ley fundamental, ya por estar fuera del Concordato, que es ley canónico-civil, ya por contradecir a la ley de Instrucción pública de 1857, que sólo puede derogarse por otra ley y no por Decretos ministeriales ni Reales órde-

nes. En suma, la escuela laica no es escuela, ni obra humana, ni española, ni cabe dentro de la Constitución y las leyes. Y lo mismo decimos del maestro laico: que ni es maestro, ni educador, ni nada, sino una verruga de la humanidad, de la civilización, de la Patria y de las leyes, pues falta del todo en todo a la justicia social y legal.

57. EL MAESTRO CATÓLICO Y ESPAÑOL SABE DISTINGUIR ENTRE LEYES Y LEYES Y POR LO MISMO SABE OBEDECER A QUIEN DEBE Y CUANDO DEBE. (*Insistiendo.*)

1. Voy a suponer que un maestro católico y español conoce la historia de su Patria y sabe cual ha sido la Constitución interna y substancial de ella, una de cuyas leyes fundamentales es la Religión católica. Si esto ignora, no vale para maestro español.

2. Y también sabe algo de legislación sobre la enseñanza, pues a estudiarla le obligan los planes y el cargo que desempeña. Y no puede ignorar que hay un Concordato de 1851, y una ley de Instrucción pública de 1857, y una Constitución de 1876 (creo es la quinta de las fabricadas en el siglo XIX por nuestros modestos y fecundos legisladores constituyentes de lo bueno o mal constituido.)

3. Y no ignora que hay para cargar más de

cien años con lo legislado (a cualquier cosa llaman hoy *legislar*) sobre enseñanza por los cientos de improvisados Ministros y Subministros que se han sentido pedagogos y reformadores, y han legislado por medio de Reales decretos y Reales ordenes insertadas en la *Gaceta*, cual si fueran soberanos absolutos y modeladores de la inteligencia patria.

4. Y a poco juicio y amor a la justicia legal que en el maestro español y católico supongamos, no dejará de ocurrirle esto, que es de buen sentido común: 1.º Que entre tanto legislado debe haber orden. 2.º Que las leyes humanas que contradigan a las divinas no son leyes. 3.º Que las Constituciones de papel que no son eco de la Constitución interna e histórica de un pueblo, carecen de prestigio y del respeto de esos mismos pueblos. 4.º Que las leyes adjetivas que no sancionan las leyes fundamentales, sino que las eluden, no son leyes, sino barrenos por donde se va la esencia constitucional y la seriedad de los legisladores. 5.º Que los decretos, órdenes, planes, reglamentos, por los que la ley constitucional de la Nación y la de la enseñanza se interpretan a gusto del soberano temporero de Instrucción, nacen desprestigiados, por ser obra de políticos de secta o bando, y no obra social y pedagógica.

5. De donde concluye el maestro inteligente y amante de la Patria y sus leyes, de la enseñanza y sus órganos, que, mientras los políticos que hoy

a menudo se estilan manden en los cerebros, no habrá pies ni cabeza arriba ni abajo.

6. Mas, puesto que quien manda manda, obedecerá siempre que pueda y de modo que por obedecer a los hombres no desobedezca a Dios, y por cumplir órdenes de ministros no falte a las leyes, y menos si son divinas.

Nadie que entienda de ley y obediencia a lo legislado podrá decir que tal maestro es un insubordinado; tampoco se le podrá llamar un servil adulator de políticos ni sectarios.

Que en tales trances ponen los de arriba a los de abajo, no hay que dudarlo.

(Ahora tú, maestro, mira lo que eres y obra como debes. Haz examen.)

58. EL MAESTRO VERDADERO NO PUEDE SER NEUTRO SIN SER ANTIMAESTRO E INJUSTO O INSINCERO.

1. Por maestro y escuela neutros entienden en Francia, y donde la copian, el maestro y escuela ateos; y decimos que tales instituciones en tales países son el absurdo de los absurdos y la injusticia de las injusticias.

Maestro neutro y maestro imposible es lo mismo. Porque si el maestro cree, no podrá menos de darlo a conocer, y si es incrédulo, bas-

tará un gesto, una sonrisa maliciosa e inevitable para revelar ante sus alumnos lo que en su interior es.

2. Escuela sin Dios es otro imposible; porque Dios está en todo, y el niño preguntará por El al indagar cuál es el origen del mundo, de los astros y sus leyes; del alma y de la ley que rige su conciencia; del lenguaje del hombre; del poder, sabiduría y concierto que hay en toda la creación, y en suma, preguntará cuál es la primera causa de todos los fenómenos; y el maestro deberá, o mentirle, diciendo que es el acaso, etc., o confesar que no lo sabe, y resulta ser el maestro del embaucamiento o de la ignorancia y el autor de su propio desprestigio ante la clase.

3. La escuela neutra y la escuela instructora es otro imposible. Porque entre la inteligencia que busca las primeras causas y los hechos levanta un muro alto y abovedado que impide a aquélla mirar hacia arriba, estrechándola, contradiciéndola y cortando sus alas para que no vuele más allá de la tierra que pisa; cosa poco digna de un despertador de inteligencias y de un alentador de espíritus y formador de caracteres. Escuela tan rebajada que pone a los hijos de la cultura Europa por bajo de los zulúes y cafres, no merece el nombré de escuela, sino el de centro de rebajamiento, incultura y degradación.

4. Escuela neutra y escuela nula para la educación es lo mismo. Porque, descartado Dios, Pa-

dre y juez que todo lo sabe, juzga y premia o castiga, queda la voluntad a merced de los pasiones, que no sabrá, ni querrá, ni podrá dominar, y se dejará llevar del goce desornado de los sentidos y, en vez de ser la dueña y señora del hombre racional, será la vil esclava del hombre animal.

¡Gran destino de una institución eminentemente educadora! convertir hombres en bestias, rebajar seres racionales a meros animales

5. La escuela neutra es la contraescuela, no sólo por lo dicho, sino por lo que de ello y la experiencia se desprende. El niño que a los catorce años se pervierte en ideas o en costumbres, ya está torcido y pervertido para toda la vida. La familia que en el orden moral y religioso tiene al maestro por sospechoso, indiferente o impío, no puede menos de conspirar contra su autoridad y prestigio. La sociedad que ve no suple el maestro las deficiencias morales de muchas familias ignorantes y abandonadas, no puede abrigar la esperanza de contar con hombres buenos.

6. La hacienda y estadística que ven invertir millonadas en maestros para que haya cada vez menos hombres y más criminales, no se pueden dar por satisfechas. Los hombres sinceros, que observan no es la escuela neutra sino la hipocresía del ateísmo del Estado, no confían en ella ni la aman ni respetan.

(Haz examen detenido sobre tales absurdos y males.)

59. EL MAESTRO LAICO ES LA
ANTIDEMOCRACIA.

*Señor, que todos te conozcan, para que todos
te amen y sirvan.*

1. Amar al pobre, favorecer al pobre, instruir y educar al pobre para elevarle, dignificarle e igualarle en lo posible con el hijo de clases acomodadas, es una obra y tendencia eminentemente cristiana y democrática, en el mejor sentido de la palabra.

2. Pues bien, la escuela laica es principalmente enemiga del hijo del pueblo; porque mientras el padre rico busca y paga m'aestros que instruyan y eduquen a sus hijos según sus deseos, los padres de hijos pobres no tienen más remedio que aceptar la escuela y maestro laicos que les dé el Estado laico.

3. Por donde los niños pobres, que son las nueve décimas partes de la población, se quedarán sin formación religiosa y moral; porque en la escuela no se la dan, en su casa no saben ni pueden dársela, y al templo no acuden sino, a lo más, una hora cada semana, y eso cuando hay sacerdotes, los padres son piadosos y la necesidad no les obliga a disponer de sus hijos antes de tiempo para que ayuden a sostener la casa.

5. Por donde se ve que los partidarios de la

escuela laica son enemigos de las clases pobres y favorecen, no la igualdad entre ricos y pobres, sino la desigualdad más irritante y anticristiana y antidemocrática, porque hacen que la Religión sea patrimonio de los ricos y fruto vedado para los pobres.

5. ¿Y la fraternidad que nace de ser todos hijos de Dios, nuestro Padre? ¿Y la igualdad que brota de nuestro común origen, destino y vía, y exige que ante Dios y la Religión no haya privilegiados? ¿Y la democracia, que llama a intervenir en los asuntos públicos al pueblo, a ese pueblo que carece de instrucción y educación adecuada, merced al laicismo del Estado?

6. ¿Y la justicia social, a que tienen derecho todos los que son miembros de la sociedad, máxime si esa sociedad es culta y se gloria de hacer hombres cultos? ¿Y los derechos de la humanidad, que no pudo nacer ni pudo vivir, ni acierta a progresar sin la Divinidad?

Pues a todas esas cosas que las parta un rayo.

(Reflexiona, medita y obra.)

60. MAESTROS CATÓLICOS, A EDUCAR EN CATÓLICO: ESO ES LO PRUDENTE SEGUN DIOS, HUMANIDAD Y PATRIA.

1. Nave sin lastre, pronto naufraga; alma sin educación religiosa, pronto vacila y perece; quien

ama, pues, a los niños y jóvenes, que no los deje sin ese lastre de la educación religiosa. Y es hoy tanto más necesaria cuanto después ya no se volverá a hablar de Religión ni en las carreras ni en los oficios, y tanto más precisa cuanto las costumbres y errores, las pasiones y los hombres malos, habrán de conspirar en contra de lo que a ellos se oponga. Hoy es menester *saber la Religión*, conociéndola, practicándola y *defendiéndola* de sus enemigos.

2. Por tanto, sed *estudiosos*, estudiad la Religión; sed *piadosos*, ejercitar ciertos actos de piedad y supererogación, que la Iglesia aprueba, y nunca os dejéis llevar del menosprecio para con ellos. Sed *prácticos*, esto es, cumplid con todos los deberes religiosos, no éstos o aquellos, sino todos; pues no sois filósofos ni críticos, sino obradores prácticos del bien.

3. No sedis *indiferentes en Religión*, pues equivaldría a no creer en ella ni amarla, a no distinguir entre la verdad que salva y la herejía que pierde y condena, entre la madre querida y cualquiera otra persona, por vulgar, dislocada y corrompida que sea; lo cual sería necedad y locura.

4. Y como la Religión cristiana, en concreto, es la Iglesia de Cristo, amadla, seguidla, respetadla y tener por enemigo de Dios y su Cristo al que lo sea de la Iglesia católica, llámese como se llame, protestante o liberalista, ateo o racionalista.

5. La Iglesia es Esposa de Cristo, Misionera de Cristo, Sagrario de la Verdad y Tesorera de la Gracia y la Santidad, que le encomendara Cristo; a esa Iglesia, que es Delicia de Dios, Madre nuestra, Nave salvadora de la humanidad, Fortaleza inexpugnable, Guía y Maestra, Majestad y Poder divinos, etc., etc., hay que respetar y obedecer cumpliendo sus leyes, que es la mejor prueba de ser cristianos prudentes y el mejor modo de educar a cristianos en la prudencia y justicia.

6. Y como la Iglesia y el Papa son una unidad semejante a la que existe entre la cabeza y los miembros, dicho está el respeto, obediencia y veneración que le son debidos, y cómo no es católico el que no es del Papa, ni tampoco es de la Iglesia ni de Jesucristo, de quien el Papa es Vicario o Lugarteniente en la tierra.

Estáis viviendo entre cristianos, enseñad en cristiano; aspiráis a formar hombres, educad en humano; desempeñáis escuelas en España, educar en español: ese es vuestro deber, eso pide la justicia.

(Hazte tantas preguntas como puntos hay en lo que precede.)

61. MAESTROS ESPAÑOLES, A EDUCAR EN ESPAÑOL.

El maestro debe ser patriota.

1. *Patria viene de padre y Nación de nacer*, porque así como amamos a los padres de los cuales nacimos, también debemos amar a la Patria o Nación en la cual nacimos, nos criamos, vivimos y educamos: la Patria es nuestra segunda madre.

2. Y si tanto es el amor, obediencia, respeto y servicio que los hijos deben a sus padres, no lo es menos el que a la Patria debemos; y el que así no lo entienda, será un egoísta, pero no un patriota.

3. El maestro, que es educador de los ciudadanos del porvenir y misionero en tal respecto de la Nación, ha de conocer, amar e inculcar en sus alumnos el natural, discreto, noble y santo entusiasmo por la Patria, valiéndose de mil cosas que en ella hay buenas y amables, y sobre todo, de la historia patria, que las compendia, amplía y engrandece. Quien dice Patria dice tierra e historia patria, con todos sus vínculos.

4. Sea el maestro un patriota sincero, convencido, entusiasta, y al mismo tiempo razonable, culto, cristiano y humano, ponderando todo lo bueno de su patria sin incurrir en el fanatismo patrioterero, que es una especie de idolatría cívica.

ca, odiando o menospreciando a otras naciones, en las cuales hay, como en la suya, buenos y malos, bienes y males.

5. Jesús amó a su Patria, los Apóstoles y cristianos de todos los tiempos y países la suya, y de Moisés, los Profetas y el pueblo judío se ven en la Escritura ejemplos y testimonios muy elocuentes y abundantes. No es, pues, pecado amar a la Patria. Y se la debe amar, sea rica o pobre, gloriosa o desgraciada, como se ama a la madre pobre, enferma y desgraciada más que a otra cualquiera mujer, por rica, hermosa y brillante que ésta sea.

6. Amemos a la Patria de la cual hemos recibido el suelo con su independencia y cuanto sobre él se levanta: la raza, la religión, las leyes, artes y costumbres, las glorias y hasta los desastres, y amémosla con amor de hijos dispuestos a dar por ella nuestra sangre y a hacer por ella cuanto podamos para verla gloriosa. Es de justicia.

Tú, maestro, ¿conoces a tu Patria? ¿La amas y haces amar de tus discípulos? (Exáminate.)

62. EL MAESTRO CRISTIANO ES MINISTRO DE
LA PAZ DENTRO DEL ORDEN.

Pax vobis. (J. C. a los discípulos.)

1. Cuando el maestro de los siglos, Jesucristo, vino al mundo, hizo publicar por medio de ángeles su edicto de paz: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» Más, ¿que es la paz?

2. «Paz es la tranquilidad del orden», dice el gran maestro de Hipona, San Agustín. «La paz existe allí donde el orden se conserva, y desaparece cuando el orden es perturbado», escribe otro talento sintético, Santo Tomás.

3. Y el orden no existe fundamentalmente más que donde y cuando las cosas ocupan el lugar que les corresponde: Dios en su puesto y cada cosa en el suyo; esta es la primera y más esencial condición del orden.

4. Si el maestro pone en sus labios las palabras que el salmista pone en boca del corrompido y estulto: «Dijo el necio en su corazón: Dios no existe», ¿cómo podrá ser ministro de paz? Lo será de perturbación y guerra profunda, por minar en la conciencia de los niños y grandes los cimientos del orden, la justicia fundamental.

5. Maestros ateos no son pacíficos, sino perturbadores; no son educadores, sino deformadores; no son verdaderos cultivadores de hombres

y pueblos, sino enemigos de la *cultura*, por serlo del *culto* que a Dios tributa todo hombre y pueblo culto. Quieran o no, tales maestros son misioneros del anarquismo, y con él de todos los errores y desarticulaciones sociales.

6. «Restauraremos todas las cosas en Cristo», comenzando por la enseñanza, y digamos a todos los coeducadores de los hombres del porvenir: «Si sois hombres de bien o de sana voluntad, no olvidéis estas palabras del Rey Pacífico: «¡La paz sea con vosotros!» La primera condición para que un maestro sea hombre de paz es que se halle a buenas con Dios, esto es, *en paz con El*.

63. EL MAESTRO JUSTO Y EQUILIBRADO NO ES ANARQUISTA, NI DE LOS DE ARRIBA NI DE LOS DE ABAJO, SINO AL CONTRARIO.

1. La anarquía empieza donde comienza la desobediencia o rebeldía contra la ley, sin la cual no hay ni puede haber disciplina social, intelectual, pedagógica, ni de ninguna clase.

2. La indisciplina es hija del individualismo exagerado, en virtud del cual cada uno se considera capaz para todo, o por lo menos quiere hacer *su real gana*, sea derecha o torcida.

3. La autoridad, en tal caso, carece de respeto, y más cuando ella se coloca en el mismo nivel, yendo contra la tradición y las leyes, y aun

contra el mismo Dios. *Prescindir*, cuando no se contradice, del orden establecido por el Cristianismo, e intentar basar la sociedad en la rebeldía más radical, que es el racionalismo, es ejercer la anarquía de gabinete y enseñar al pueblo la apostasía o rebelión contra Dios y sus planes y, por tanto, contra el orden secular y social por la Iglesia establecido.

4. La ley natural y la cristiana enseñan que la autoridad del Estado, en cualquiera de sus organismos, *debe ser respetada*, porque viene de Dios, viene de lo alto. Pero si a Dios se niega el respeto y la obediencia desde arriba, ¿cómo habrá disciplina abajo? Los pueblos son como los hacen ser las clases directoras; ¿qué serán cuando éstas se tornan rebeldes a Dios?

5. Hay catedráticos, escritores, artistas, periodistas, políticos y maestros que rinden tributo a este espíritu infernal de insubordinación, que comienza por la religión y termina por el orden político y social. La Prensa, sobre todo, es la primera fábrica del veneno corrosivo del orden, por serlo de las ideas y costumbres y de la autoridad.

6. El pueblo resulta así ineducado. Sólo queda algún orden donde aún no se conserva un resto de religión; pero donde ésta falta, si hay quien le azuce, allí hay materia apta para toda violencia y anarquía. Cuando la anarquía de gabinete impera arriba, ¿qué ha de resultar en la calle, en la

plaza y en la escuela sino la anarquía, indisciplina, desorden, individualismo, violencia, incapacidad para rehacerse y regenerarse y, en suma, la descomposición inevitable y la muerte segura?

Maestros, ya sabéis a qué se os invita por medio del Cristianismo: a hacer Humanidad, Religión y Patria; y para qué se intenta hacerlos laicos: para ser y hacer anarquistas, o enemigos del hombre, de Dios y de la Patria.

(Reflexiona, medita y obra.)

64. AL MAESTRO NO PROBADO EN LA PRÁCTICA ES IMPRUDENCIA E INJUSTICIA SOCIAL HACERLE PROPIETARIO.

1. Hombre prudente y discreto, no pongas tu salud en manos de curanderos o de quien ni estudió ni practicó la Medicina. Hacendista o propietario, no entregues tu hacienda ni el cultivo de tus campos a quien ignoras si sabe administrar y labrar la tierra. Hombres de mundo y experiencia, no admitáis relaciones de vuestras hijas con jóvenes desconocidos llegados de improviso y al caso, y menos si están criados en medio del abandono, la licencia y el vagar de la ciudad corrompida y afeminada. Fabricantes de casas y constructores de fábricas y de cualquier obra de arte o artefacio, no las encomendéis a quienes no tengan probada su competencia o pericia en la práctica de tales obras.

2. Ahora, si vosotros, padres, rectores o directores de la enseñanza, intentáis encomendar vuestros hijos, conciudadanos o súbditos a maestros para que los instruyan o eduquen, ya es otra cosa: podéis hacerlo a un cualquiera, que sepa o no sepa, que sane o que mate, que cultive o esterilice, que corrompa o edifique, que sabiendo de libros carezca de celo o de práctica, etc , etcétera. Porque ni la salud del alma vale lo que la del cuerpo, ni el cultivo intelectual monta lo que el del terruño, ni la moral de vuestros hijos ha de custodiarse como la de vuestras hijas, ni el formar hombres cabales tiene las dificultades e inconvenientes que el fabricar casas, montar máquinas y pintar cuadros...

Un maestro de niños se improvisa y, a lo más, se fabrica con dos, tres o cuatro años de estudios y una reválida, y si más condecorado lo queréis, con una oposición a quien hable más y mejor, y santas pascuas. ¿A un hombre así se le pueden encomendar los niños en cuerpo y alma? Pues así se está haciendo...

3. Y de la vocación, ¿qué? Pues nada. Y de la piedad y virtud, ¿qué? Pues nada. Y de la experiencia o pericia práctica, ¿qué? Nada o casi nada.

4. Y del conocimiento y garantía de las personas, ¿con cuáles cuentan los alumnos y padres de los niños? Para todo es menester conocer, tratar, inquirir y averiguar las condiciones del cria-

do, consocio y persona que se admite en casa o el trato; pero cuando se trata del educador de los niños, el que se presente, el que envíe la Normal, el Rector, el Tribunal u oficina nombrada para esos menesteres, todos sirden, todos valen, todos son de fiar, todos son buenos, peritos y competentes (¿? ¿? ¿?).

5. Señores Rectores y acaparadores de la enseñanza y fabricación de maestros, miren que la formación de éstos exige más cuidado; que los maestros no se improvisan; que el arte de enseñar exige noviciado y el de educar mucho más; que lanzar cada año miles de jóvenes a educar cientos de miles de criaturas, sin saber si aquellos saben enseñar y educar, es una temeridad, es una imprudencia, un no entenderlo y, por lo mismo, es desconceptuar la enseñanza y el Magisterio, esterilizar las generaciones, gastar millones y millones para no tener ni educación ni enseñanza, salvo (claro es) las excepciones, que ojalá fueran tan numerosas como los desengaños y aun escarmientos: eso es enorme injusticia social y distributiva.

6. ¿Qué será hacer inspectores y maestros de maestros a jóvenes que no han regido una escuela de niños? Pues eso se está haciendo en mi Patria por quienes dicen entenderlo.

65. RESUMEN ACERCA DE LA JUSTICIA Y EL MAESTRO.

1. Maestro, si quieres ser justo, sélo, sabiendo: que sin justicia no hay sociedad posible; que como jefe de tu escuela debes practicar la justicia distributiva, o tener un fin, plan y método de enseñanza, sabiendo enseñar y lo que has de enseñar, estando educado y sabiendo educar y ordenarlo todo hacia el fin principal, que es el ideal racional y cristiano.

2. Ante todo, ama y cultiva la verdad y la veracidad en tí y en tu escuela; castiga la mentira; respeta la propiedad y enseña a respetarla: que sin verdad y propiedad no hay sociedad posible.

3. Respetad y seréis respetados: respeta el alma, cuerpo, honor, fama, raza y patria del alumno; no seas envidioso ni egoísta; sé obediente y enseña a obedecer, y no renuncies para ello el auxilio de la alabanza ni del premio y el castigo, pero rehuye el pegar.

4. Observa la justicia legal. Para lo cual obedecerás ante todo al derecho divino natural y revelado, al humano, eclesiástico y civil, que se basan en aquel derecho, y si acaso hubiere contradicción entre las leyes humanas y divinas, atente a éstas y no quieras ser un *exlege* libertino ni liberalista, ni tampoco un cesarista, asesor ni coadjutor de tiranos.

5. El maestro español que quiere ser justo según ley, debe ser católico en la enseñanza y no verdugo de las almas; ama la paz dentro del orden y no puede ser neutro en el orden religioso, ni laico, socialista ni anarquista, que equivaldría a ser enemigo del pobre, de la Humanidad, la Patria y la Autoridad, además de serlo de la Verdad, la Paz y el Orden.

6. Enseñen, pues, los maestros de católicos en católico, los maestros de España en español, y miren los que nombran maestros si éstos ofrecen garantías de bondad y pericia a los pueblos donde son destinados de propietarios.

El maestro que en todo quiere ser justo, observa la justicia distributiva, conmutativa y legal, o cumple los deberes que tiene para con sus alumnos, en cuanto jefe que organiza y manda, en cuanto hombre que instruye y educa y en cuanto súbdito que acata las leyes de Dios y los hombres en su cargo.

(Haz examen general de esta virtud)

LIBRO III

DE LA FORTALEZA

66. EL MAESTRO Y LA VIRTUD DE LA FORTALEZA.

1. *Fortaleza* es la virtud que da fuerzas para vencer las dificultades y superar los obstáculos que se oponen al bien obrar. Es la valentía probada de los buenos.

2. La práctica de toda virtud exige virilidad, esfuerzo, constancia, y más cuando es de larga duración y está erizada de dificultades y combatida de enemigos; y así como no hay virtud sin prudencia ni justicia, tampoco se da sin la fortaleza. Sólo los esforzados entran en la gloria; de los cobardes es el infierno.

3. Modelos de fortaleza son Jesucristo, los mártires y todos los héroes del Cristianismo, quienes, por ser fieles a la verdad, perdieron la vida sin perder la serenidad ni la paciencia en medio de crueles tormentos. ¿Qué son nuestros

sufrimientos en comparación de los suyos? Mientras ellos sufren callando y perdonando, nosotros gritamos, y acaso maldecimos a los que nos tocan en lo más pequeño.

4. Todos debemos ser fuertes, porque la vida toda es una batalla, en la cual no es lícito huir, sino que hay que triunfar o perecer.

Tomamos, como se ve, la fortaleza, no sólo como virtud de héroes, sino como virtud de esfuerzo, lucha y constancia o en cuanto es necesaria en todos.

5. El maestro cristiano, por ser hombre, cristiano y maestro, tendrá precisión de sostener una triple lucha contra todas las flaquezas de la naturaleza humana, contra todos los enemigos de Cristo y contra las flaquezas de sus discípulos.

6. La ignorancia, con todas las malas inclinaciones y vicios sociales, habrán de luchar en contra del sano saber y recto proceder de los maestros prudentes, justos y valerosos, y los que no se prestan al papel de comparsas de la impiedad, habrán de sostener una lucha especial contra los que quieren hacer de la escuela una fábrica de indiferentes y aún de apóstatas.

67. EL MAESTRO Y LA SALUD.

El maestro fuerte ha de estar sano y cuidar de la salud.

1. Si estás enfermo, no seas maestro; que tú y los discípulos pagaréis muy caro tal desacierto, y Dios te castigará. Es imposible que un maestro enfermo preste el trabajo que exige una escuela, y es un absurdo suponer vocación en quien carece de un medio indispensable para ejercer la profesión. No defraudes a la familia, la sociedad y la patria, ocupando malamente un puesto que no puedes desempeñar como es debido, y más cobrando un sueldo que no ganas, por reducido que sea.

2. Pero la salud, que es un capital, no en todo es igual, y cada uno administrará con esmero aquella que Dios le haya dado, siendo de notar que en esto, como en todo, «no hay poco que no baste ni mucho que no se gaste».

No gastes más fuerzas de las que tengas, y en nada te agotes ni pretendas hacer lo que otros más robustos que tú; vive y trabaja, come y descansa según tu salud, y emplea en todo un buen método, que ayude a vivir, trabajar y hacer la vida y el trabajo fecundos y duraderos.

3. Para trabajar hay que comer. El trabajo de la escuela es fuerte, exige alimentación higiénica

y nutritiva a sus horas, con esparcimientos y descansos. Con el estómago muy cargado nada se puede hacer, y con el que está desmayado, flojo será el trabajo. Tú, pues, come con moderación, o sobriedad, y cuando hagas la comida fuerte, no trabajes en cosas que exijan mucha atención, sino en las de poca monta, ya que no prefieras el descanso o la grata recreación, si te es dado.

4. De licores y otros estimulantes artificiales no uses, ni del vino, a no ser cuando por consejo del médico o experiencia te fuere necesario. El agua es de todas las bebidas la más higiénica, la más barata y la más necesaria. Que nunca se vea el maestro tomado del vino, ni frecuentar la taberna, ni perder el tiempo en el café o casino, donde se reúnen los haraganes del pueblo a jugar, fumar, beber y murmurar.

5. No te excites en demasía, ni te fatigues con exceso, ni trasnoches; no leas desentrenadamente, ni disputes, ni dances, ni te prives del sueño reparador; modera tus ocupaciones, ordena tu vida y no te cargues con más obligaciones de las que puedas buenamente desempeñar.

6. Modera tus apetitos, refrena tus pasiones, sé amo y dueño de tí mismo, y no el esclavo de la ira, gula, envidia, soberbia, avaricia, lujuria, vanidad, pereza, ni de ningún otro pecado. El alma que sirve a Dios goza de mayor salud, y a los que saben amarle todos los males se les tornarán bienes.

Y sabiendo administrar el caudal de tu salud, también sabrás cuidar de la salud de tus discípulos, a quienes en esto y en todo debes servir de modelo. Hazlos fuertes.

68. EL MAESTRO SANO CUIDA DE LA SALUD DE SUS DISCÍPULOS.

1. ¡Oh maestro!, grande es tu misión, tan grande como necesaria y llena de dificultades. Te encomiendan niños que a veces son entecos y raquíuticos, producto de una raza o familia que va degenerando, y por el camino de la miseria fisiológica, puede llegar a la extinción y seguramente a la absorción por otra que sea más vigorosa. Sana, mejora y defiende esa raza, que, si no, se extingue.

2. La anemia es enfermedad común en los jóvenes; la tuberculosis hace cada día más víctimas; una sangre empobrecida y descolorida, sin energía ni vigor, circula por las venas del pueblo urbano, y unas veces por el placer y otras por la miseria, desaparece la vida activa y fecunda, que pide dos cosas: higiene corporal y espiritual y trabajo sano con sana alimentación.

3. Los ricos se envenenan con sus excesos en comidas y bebidas; los pobres, con el acohol del vino, aguardiente y otras bebidas excitantes, que son falsos alimentos, y además son víctimas de la

adulteración de los alimentos, y también de la escasez de éstos en muchos casos.

4. ¿Qué hacer desde la escuela para remediar esta miseria fisiológica en los niños? Ante todo, en cuanto del maestro dependa, dar la enseñanza en el campo, y en todo caso cuidar de la salud de los hijos ajenos como si fueran propios; y propios son, en cuanto se los han confiado sus padres y la providencia de Dios.

5. Después de la gracia de Dios, no hay bien más grande sobre la tierra que la salud; con lo cual está dicho el cuidado que de ella ha de tener el que instruye y educa.

6. Higiene, mucha higiene, es el principal cuidado de padres y maestros; y para ello, aire puro, luz suficiente, calor moderado, comodidad, aseo, juego, alegría y bienestar, y como síntesis de todo, un buen local y un excelente método y plan de instrucción y educación, para el cuerpo y para el alma. La higiene sea nuestra madre.

69. EL MAESTRO Y LA HIGIENE SEAN INSEPARABLES.

1. *Aire.* Que no falte aire, y éste sea puro, y, a ser posible, libre y no embotellado; que se renueve con frecuencia, si la enseñanza no se da en el campo, que es donde el oxígeno abunda y los miasmas y vapores de los cuerpos son absorbi-

dos por el gran recipiente de la atmósfera, esta gran madre que desde que nacemos hasta que morimos nos lacta con aire.

2. *Luz*. Que ni falte ni sobre, ni hiera ni ofusque; para lo cual es conveniente que se pueda graduar de modo que baste y no ofenda. La mejor luz sería la cenital, y de no ser ésta posible, no conviene que sea directa, sino difusa, y recibida, si es posible, por el lado izquierdo del niño que escribe, para lo cual han de colocarse los bancos en la dirección de la misma. En el campo léase a la sombra, y en la clase léase al aire, de pie y con las ventanas abiertas, siempre que el tiempo lo permita.

3. *Calor*. Conviene que los niños no tengan calor ni frío en la clase y, sobre todo, que al salir de ella no sufran un cambio brusco, que es lo que más perjudica. Entre los medios de calefacción, el mejor es el ejercicio corporal, con el cual deben alternar las tareas escolares.

4. *Comodidad*. Conviene que los niños gocen de asientos cómodos, con respaldo, para que estén derechos, y altura proporcionada en las mesas, para que no se lesionen el pecho. En todo caso, cambien con los distintos ejercicios la posición del cuerpo, estando ya de pie, ya sentados, sin que lleguen a cansarse o molestarse en ninguna de las posiciones.

5. *Juego, aseo y alegría*. El encanto del niño es el juego, y por eso el estudio y trabajo mental

deben aliviarse y de hora en hora interrumpirse con el juego.

6. Esto, unido a la limpieza y aseo más esmerado y a la alegría que debe reinar en la escuela, en la cual debe abundar el agua y procurar que haya aves, flores y plantas, hará de ella una mansión de cultura, paz y contento, en vez de ser antipática prisión, que los niños instintivamente rehuyen.

(Examina punto por punto, y acto por acto y cosa por cosa, para ver lo que tienes en tu escuela.)

70. EL MAESTRO Y LA PACIENCIA. EL MAESTRO, PARA SER FUERTE, HA DE SER PACIENTE.

«La paciencia os es necesaria» (San Pablo.)

«Bueno es verse humillado para aprender a ser justo.» (David.)

1. El sufrir es inherente a todo hombre, y al maestro mucho más. La enfermedad, el dolor, la pobreza, la lucha consigo mismo, con la ignorancia y el pecado, son, entre otras, fuentes comunes de penas y sufrimientos. Sería menester dejar de ser hombre para no tener que penar y sufrir.

2. La sociedad y compañía de los hombres, que es fuente de muchísimos bienes y alegrías,

también lo es de contradicción y lucha, de ofensas y padecimientos. ¡Cuánto no hacen sufrir la ignorancia, el terror, el carácter, la impudencia, la envidia, la ingratitud, la inquina y otras malas pasiones de los hombres! Aun entre amigos y compañeros no deja de haber disgustos.

3. El oficio y cargo de enseñar y educar ¡cuántos trabajos, disgustos y amarguras, desencantos, desfallecimientos, aburrimientos y cansancios no lleva consigo! ¡Cuántas ingratitudes, ya de los padres, ya de los hijos, ya de las autoridades, ya de la sociedad en general ha de sufrir el maestro!, y tanto más de sentir, cuando trabaja para ellos y no saben o no quieren apreciarlo, pagando siquiera con afecto de consideración y respeto el bien que se les hace. Este trabajo que se impone y no es agradecido, el amor con que los trata y no es correspondido, llegan al alma y la hieren y lastiman con honda pena.

4. Humanamente pensando y de ordinario, el maestro no recibe de los hombres el cariño y la correspondencia que, a su parecer, merece y era de esperar, y si le falta la virtud de la paciencia, se desespera y maldice su cargo, que tantas cargas tiene y tan pequeñas recompensas. Y así es como, por culpa de todos, se forman los maestros que no enseñan, los educadores que no educan, los operarios que no trabajan, los vigilantes que se duermen, los celosos que se abandonan, y hasta los hombres de bien que se corrompen, y los

apóstoles que escandalizan y se hacen del partido de Judas, esto es, maestros de la iniquidad.

5. Mas si el maestro es paciente y sufrido, de los males saca bienes, y sabiendo que la vida es lucha, en la prueba se agranda y crece, y siendo cristiano, todo lo mira desde muy alto y con el ojo de la fe, ilustrada por la razón, entiende que por mucho que padezca, más merecen sus culpas, y a más penar mayor gloria le espera; él sabe que todo, menos el pecado, pasa por la mano de Dios.

6. Para el maestro cristiano la tribulación es un *don de Dios*, y siempre es de estimar un bien que Dios consiente o envía para nuestro bien. La tribulación es una *prueba*, con la cual Dios prueba si le amamos, es un *trabajo* de cultivo y producción de virtudes para el alma, y hasta es una *señal de predestinación*, pues al que Dios ama, le castiga. Y así, mirado el dolor y la tribulación, no desmaya ni afloja ni hace decaer el ánimo, sino, al contrario, sufre con paciencia y a veces llega a alegrarse y hacer gozosas las penas, por imitar en algo a Jesús y por la recompensa que espera.

71. EL MAESTRO FUERTE HA DE TENER PACIENCIA Y SABIDURÍA CRISTIANA.

«Si alguno carece de la sabiduría que necesita, pídale a Dios, que la da con abundancia a todos y no *zahi*ere, y Dios se la dará.»

(Santiago, Epístola I, 5.)

1. Dichoso el maestro que es *paciente*, porque será un hombre perfecto y cabal. La paciencia es virtud que no engaña, es virtud sólida y probada y supone un conjunto de virtudes de las que es como el fruto y la prueba.

2. Mas tenga la paciencia perfecta en sus obras, sin faltar en nada, sin agotarse nunca; que ser a ratos sufridos y a ratos furiosos y malhumorados no es de hombres cabales y perfectos.

3. ¿Y qué medio habrá para estar a todas horas sobre sí y no dejarse llevar de la ira, que descompone y rebaja al maestro ante sus discípulos? Lo dice el Apóstol Santiago: «Pedirla a Dios.»

4. Y Dios ¿la concederá? No solamente la concederá, sino que «la dará en abundancia a todo el que se la pida». Pídale, pues, el educador y maestro y todo el que carezca de la sabiduría para ser paciente y esté seguro que Dios se la concederá, sin *zaherirle* por sus defectos, pues conoce el barro de que estamos formados.

5. «Y pida con fe y sin abrigar duda, pues el que duda es semejante a las olas del mar, que son llevadas y traídas por el viento.» El que de la sabiduría y bondad de Dios dude no espere conseguir nada. «El hombre de ánimo doble es inconstante en todas sus obras.»

6. ¡Ay del maestro inconstante! Será un semi-hombre que no hará hombres, una veleta que hará veletas, un poco de espuma llevada y traída por las olas del viento, y ¡ay de la escuela y los alumnos que tengan la desgracia de sufrir a un maestro sin paciencia! Pues será un desgraciado que hará desgraciados, un iracundo que hará furiosos, un desnivelado expuesto a todos los impetus y desmanes del ebrio; que la ira viene a ser como una borrachera transitoria, capaz de los mayores excesos e inconveniencias.

(Examínate punto por punto.)

72. EL MAESTRO PACIENTE SEA FUERTE E INCANSABLE.

«Con paciencia poseeréis vuestras almas.»

(S. Lucas, XXI, 19.)

1. Sufrir enseñando y educando es inevitable; pero el que sufre con paciencia o resignado con la voluntad de Dios y las penas y trabajos ánejos al cargo, sufre menos y gana más.

2. *Sufre menos*, porque la paciencia, aunque no quita el sentimiento del dolor, le modera; y *gana más*, porque es más dueño de la posesión tranquila de sí mismo y de las potencias y movimientos que del alma nacen.

3. Aceptemos, pues, resignados y tranquilos cuantos males de la enseñanza (y la no enseñanza) nos vengan, ya que no hay cargo sin cruz, y no nos quejemos, sino rara vez y a persona de calma y buen juicio, pues, por regla general, el que se queja exagera y peca; y el que confía sus penas al ligero e iracundo, se clava más honda la daga que le hiere y lastima.

4. —Ya me canso, dice el maestro, de tanto repetir las mismas cosas y sin ningún resultado.— No te canses, que ese es tu oficio, el de repetidor incansable; así te formaron a tí y se forman las almas de los pequeños, repitiendo y más repitiendo.—Pero si no me atienden.—Haz que atiendan, y ahí de tu ingenio y modos de cautivar la atención hasta de los más distraídos y hacer que estudien hasta los desaplicados y aprendan hasta los más torpes. En el trabajo paciente, constante y ordenado está el secreto de la educación perfecta del niño y del hombre.

5. —A veces se me agota la paciencia, ya no puedo más y lo echo todo a rodar.—Mal hecho. El maestro que es maestro de cuerpo entero nunca se cansa de ser paciente, jamás se descomponen interior ni exteriormente; en la clase nunca

emplea palabras iracundas ni groseras, epítetos injuriosos ni tratamientos bruscos o violentos, y jamás, jamás golpea con mano ni vara.

6. —¡Oh, qué difícil es eso!— Sí lo es; pero atended a estas palabras de San Pablo: «Os es necesaria la paciencia, a fin de que, haciendo la voluntad de Dios, podáis obtener los bienes que os están prometidos.» (A los Hebreos, X, 36.) «La paciencia contiene la perfección de las obras.» (Santiago). «Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.» (S. Lucas, XXI, 19.)

La gloria, la educación y vuestra posesión bien merecen que sufráis con paciencia cuanto Dios quisiere y cuya voluntad debe ser la vuestra. Decid con frecuencia: «Señor y Padre mío, hágase tu voluntad»

73. EL MAESTRO Y LA CONSTANCIA.

EL MAESTRO FUERTE ES PERSEVERANTE.

El maestro sin perseverancia es como aquel iluso del Evangelio que «comenzó a edificar y no pudo terminar».

1. Persistir en lo bien comenzado hasta el fin es ser perseverante. La perseverancia es la virtud de los éxitos, es la fortaleza coronada.

2. La perseverancia es una virtud tan necesaria como rara: es necesaria, porque sin ella nada

se concluye y con ella hasta la Gloria se llega: «El que perseverare hasta el fin, se salvará.» (J. C.) Es rara, pues «el comenzar es de muchos, pero el perseverar de pocos». (S. Jerónimo.)

3. La perseverancia supone: un alma bien convencida, un voluntad robusta, firme y decidida, el hábito del trabajo y de la lucha en contra de los enemigos, y el deber de una conciencia resuelta a cumplir lo propuesto y terminar lo comenzado.

4. Los enemigos de la perseverancia son: la falta de convicción y fe en lo emprendido, la superficialidad y ligereza en los propósitos, la pusilanimidad y cobardía en las dificultades, la flojera y desidia, la molestia y el cansancio, sobre todo en las obras que exigen trabajo por largo tiempo y, cuando se trata de obligaciones de conciencia, la falta de rectitud de ésta, de delicadeza, temor y amor de Dios.

5. La obra del maestro no es obra de repentes y apretones, sino de labor paciente, perseverante y metódica.

6. No será, pues, el mejor maestro aquel que más sepa, ni más invente, ni más obras comience, sino aquel que más persevere; ni será mejor la escuela que tenga más maestros, sino aquella en que los alumnos estén más tiempo con un buen maestro.

(Examina tus obras y tu conciencia.)

74. MAESTROS, SED CONSTANTES MAESTROS
DE VUESTROS EDUCANDOS.

¿Qué haremos para que los antiguos alumnos
no nos olviden ni abandonen?

1. Muchos pasaron por nuestras aulas; mas, ¿qué ha sido de ellos? *Las pasiones* los llaman, atraen e impulsan, y como cae una piedra al fondo, así, por su propio peso, caen ellos. ¡Es tan fácil y dulce dejarse seducir, y tan áspero y laborioso luchar contra las pasiones! Y herido el corazón, pronto se pierde el amor a la verdad, que tú, maestro, sembraste y cultivaste en ellos.

2. Los *malos ejemplos* ayudan a caer a nuestra pobre naturaleza, la cual, al vez que los malos triunfan y los buenos se aíslan, déjense arrastrar por el torrente demoledor del escándalo, y se ahoga el grito de la conciencia con el más ruidoso y ensordecedor del interés, la pasión, la burla o el aplauso.

3. Las *sectas*, que viven, como los gusanos, de la corrupción y la fomentan, ayudadas por la carne, el mundo y el demonio, obtienen sobre la juventud fáciles y funestos triunfos; y cuando esas sectas constituyen poder y disponen de medios para sobornar con el dinero, el empleo y la posición, y asediar con el hambre, la persecución y el ostracismo, como sucede en Francia, y donde el

Estado es sectario a la galicana, entonces la juventud cae en las redes de las sectas, y de grado o por fuerza les sirve, ya activa, ya pasivamente.

4. ¿Qué haremos en frente de tales y tan poderosos enemigos? ¿Abandonarles el campo? De ninguna manera; hay que luchar: contra las pasiones, enseñando a dominarlas y sojuzgarlas; contra el escándalo, con el buen ejemplo y el escarmiento; contra las sectas, descubriéndolas y desenmascarándolas.

5. Mas para todo esto contemos con la buena educación cristiana y con los buenos educadores que en la escuela se hacen querer y al salir de ella no rompen las amarras. Seguid al joven, vigilad sus pasos, abridle vuestro corazón y escuela, interesaos por él, prestadle servicios, colmadle de favores, protegedle, haced que se junte con los amigos de la infancia y forme sociedad con ellos, dondequiera que (en la familia, el taller, el sindicato o gremio, etc.) os sea posible intervenir e interceder, no dejéis de hacerlo.

6. Sed fuertes y hacer fortaleza; creed, esperad y amad a Dios y a vuestros discípulos, y seréis constantes, y la constancia todo lo vence, todo lo alcanza; convencidos de la bondad de vuestra doctrina y de vuestra obra, por nada desmayéis, nada os intimide o descorazone. ¿Hay que enseñar? Se enseña. ¿Hay que refutar? Se refuta. ¿Hay que acometer? Se acomete. ¿Hay que soste-

ner una lucha de muchos años? Se lucha y batalla hasta vencer. Nada grande se ha escrito de los cobardes, y todos los triunfos son de los valientes, fervorosos y constantes.

(Examine.)

75. EL MAESTRO Y LA FIRMEZA. EL MAESTRO HA DE TENER FIRMEZA SIN DUREZA.

La formación de caracteres pide carácter.

1. El maestro necesita la virtud de la firmeza al principio, pues al presentarse por primera vez en clase los alumnos le han de estudiar, sondear y tantear para ver de qué pie cojea y por aquel flaco probarle y sobreponerse. Sea, pues, firme, sereno y precavido para triunfar de tales astucias y ensayos de rebelión.

2. Necesita firmeza después, para continuar, sostener y hacer cumplir todo lo bien dispuesto y ordenado, ya para la disciplina, ya para el estudio de los discípulos. A esta firmeza llamamos constancia, virtud que todo lo alcanza.

3. Necesita firmeza para no cansarse y *perseverar usque in finem*, hasta el fin de la educación, sin desmayos, decaimientos ni flojeras. Esto se llama perseverancia, que es el más alto grado de la constancia.

4. No debe confundirse la firmeza con la dure-

za ni la testarudez. La firmeza, como hija de una inteligencia convencida y de una voluntad bien asesorada, es justa y bienhechora, prudente y humana, tiene en cuenta la flaqueza del niño y no le desespera imponiéndole cargas ni castigos superiores a sus fuerzas.

5. El maestro de carácter firme e ilustrado, primero, emplea en la corrección la dulzura, la exhortación, la reprensión, todos los medios suaves y de razón, y sólo cuando ante éstos no ceda la desobediencia porfiada, la obstinación empedernida, el odio al estudio, la falta de asistencia a clase, la astucia, la doblez, etc., es cuando acudiré a castigos mayores, no impuestos con ira, sino con serenidad y hasta con cariño, para que la pena no encone la herida, en vez de curarla, y, a ser posible, ejecutados por otros, llámese director, corrector, etc. Pero hay faltas, y aun pecados y delitos de tal naturaleza, que no permiten otra cura sino el hierro aplicado a la postema: tales son los deshonestos, latrocinios, etc., y entonces no hay que andar con cataplasmas.

6. En conciliar la firmeza con la mansedumbre, el rigor con la suavidad y dulzura, está la prudencia y discreción del maestro.

(Exáminate.)

76. EL MAESTRO DÉBIL NO ES MAESTRO.

1. Opuesta a la firmeza es la debilidad, que no es sino lo contrario de aquélla en cualquiera de sus tiempos y modos. ¡Ay de la escuela! ¡Ay del maestro! que desde el principio flaquea y no acierta a dominar a sus discípulos; o que carece de constancia, orden y método; o que, cansado y aburrido, se acuesta en el surco y lo deja pasar todo. Tal maestro más valiera que nunca lo hubiera sido, tal escuela más valiera que se cerrara.

2. Maestro débil es el que carece de virtud o fortaleza para corregir sus defectos: de fumar, leer periódicos, escribir cartas, dibujar, bordar o coser, en vez de atender a la clase; de escupir, bostezar, languidecer, desmayar y aun tenderse a la bartola y dormirar; de trabajar con tedio, flojera y desgano, entrando tarde en la clase, saliendo pronto, pasando las horas oficiales con sujeción semejante a la de un preso, lo cual conocen muy pronto los alumnos y se contagian del mal del maestro, haciéndose, como él, flojos, desordenados, holgazanes y voluntariosos.

3. Débil es el maestro que todo lo deja pasar, o a quien todo le parecen pequeñeces indignas de fijar la atención de un hombre superior; y también lo es el que unas veces castiga con dureza y otras hace la vista gorda, siendo faltas del mis-

mo calibre, o con unos es fuerte y con otros es blando, unos días está de buen humor y otros se hace insufrible.

4. Débil es el maestro que carece de plan y a cada paso varía de procedimiento; el que, después de mandar una cosa, consiente se olvide o menosprecie; el que no reprende por no molestarle o lo hace de modo tibio e indolente, dejando ver que no tiene grande interés ni en lo que manda ni en lo que enseña o reprende.

5. En suma: a la firmeza se oponen estas debilidades *por defecto*: inconstancia, miedo, turbación, timidez excesiva, azoramiento, imprevisión, capricho, presunción y desconcierto; *por exceso*: cólera, inflexibilidad, obstinación y terquedad que a nada ceden, aunque sea de razón y de justicia.

6. Un maestro hacía diariamente esta oración: «Dios mío, Tú que eres la grandeza de los humildes y la fortaleza de los rectos, dame humildad mansa y sufrida y la fortaleza necesaria para ser recto sin dejar de ser manso y humilde, a fin de que pueda ser un verdadero maestro.»

Y después de clase, se examinaba para ver si había pecado por defecto o por exceso contra la fortaleza.

77. NO ES MAESTRO FUERTE, SINO DÉBIL, EL
QUE TEME AL QUÉ DIRÁN.

*Enseñad a vuestros educandos a vencer el
miedo ridículo.*

1. La juventud ama el aplauso y teme el ridículo, y el mundo torcido, que eso sabe, ridiculiza los actos exteriores de piedad, mientras dispensa indulgencia a los vicios. Y así, por huir un joven de que le llamen beato, gazmoño, y a una joven *exagerada, santurrona, beaturrona*, se esconden o abstienen de hacer en público actos de piedad, no atreviéndose a más de lo preciso para no pasar por protestantes, ateos o ímpios.

2. Remedios contra esta flaqueza son: ser valientes y desafiar a ese miedo ridículo y vencerle con actos contrarios (Misa, Comunión, Rosario, *Angelus*) y máximas como ésta del Evangelio: «Confesaré ante mi Padre a quien me confiese ante los hombres y negaré al que de Mí se avergonzare.»

3. Es una vergüenza avergonzarse de Cristo, es una felonía negar al Hijo de Dios, es una indignidad contradecir a su conciencia y hasta hacer coro con los enemigos de Dios y de las almas, de la virtud y de la Iglesia; y sólo por el temor a un adjetivo del cual debiera gloriarse!

4. ¿Qué dirían los mártires si presenciaran tal «cobardía.»

5. ¿Qué dirán los hombres de verdadera hombría? ¿Qué los padres y madres, los sacerdotes y maestros que os engendraron y educaron? ¿Qué el Dios que os hizo para sí y ha de juzgaros?

6. Pues dirán todos que tales cristianos no son cristianos, ni tales hombres son hombres, ni tales hijos son dignos de sus padres, ni tales criaturas pueden ser honradas ni amadas por su Criador.

Son seres risibles y ridículos, que merecen el desprecio de todos, incluso de Dios y de sí mismos, por carecer de valor para decir lo que son y obrar según razón y conciencia.

(Exáminate.)

78. EL MAESTRO Y LA VANAGLORIA EN LA EDUCACIÓN.

1. Fundamento de toda la vida moral es la virtud, y base de toda virtud es la recta intención, llamada también el ojo del alma, porque alumbra el cuerpo de toda buena obra; y así como el ojo sin luz deja en oscuridad a todo el cuerpo, la torcida intención oscurece y deja sin mérito todas las obras. Maestros, no olvidemos esto, que es de suma importancia para la educación propia y ajena.

2. Malo es quien obra con mala intención, y es-

ta maldad es fácil de evitar, porque es fácil de conocer; pero no así la sutil, falaz y deleitosa vanagloria que se nos mete a veces en casa sin conocerlo y nos despoja suave y hasta gustosamente de todo o parte del mérito de nuestras buenas acciones.

3. Desde niños hasta viejos, todos somos víctimas, en más o en menos, de este sutil y venenoso polvillo de la vanagloria (gloriarse y envanecerse de lo que se hace o dice), olvidando aquello de: *Soli Deo honor et gloria*. «Sólo a Dios se deben el honor y la gloria.»

4. *De tontos* es el ser vanos, y de niños y mujeres indiscretas el manifestarlo. ¿Qué mayor tontería que trocar merecimientos y recompensas espirituales y eternas por el aire y humo de los aplausos humanos? Pues eso hace el vanidoso. ¿Y qué mayor ligereza que manifestarse tonto y vano? Pues en ella incurren la mayor parte de los hombres.

5. Para curarnos de esta halagüeña tontería o ridícula necesidad, que tanto tiene de infantil y femenina, nos dice el gran Maestro: «Cuidad no hagáis las buenas obras ante los hombres para ser vistos y alabados por ellos; pues, si así lo hacéis, no tendréis premio ninguno en los cielos.»

Si buscabas el aplauso y sólo por él obraste, Dios no te debe nada; aplaudido o silbado, ya has recibido toda la recompensa del amo a quien has servido.

6. Los que tratamos con niños y ejercemos oficio público estamos aún más expuestos, ya al contagio de la vanagloria, ya a confundirla con la emulación y el propio decoro; y así corremos peligro de no saber educar, tomentando defectos en vez de virtudes, y de no saber aprovechar el rudo trabajo de la escuela, por lo cual, cuando el aplauso cesa, el estímulo falta, y no hacemos nada de provecho, porque nos falta el aliento de la vanidad o vanagloria y, en vez de laboriosas abejas, semejamos zánganos de la colmena social. Mirad más alto.

Examen sobre la vanagloria.

¿Eres tú vano y tonto, o cuerdo y sensato?

Tú, vil gusanillo, ¿te alzas quizá con la gloria, que es de Dios?

¿Cuales son tus intentos al agradar a los hombres?

¿Harías lo que haces, si los hombres no te aplaudieran?

¿Ignoras que nada son los aplausos de los ignorantes, y que los hombres no saben generalmente lo que aplauden ni penetran el interior de aquel a quien alaban?

¿Ignoras que los hombres cambian como los vientos, y mañana desprecian e injurian al que ayer aplaudieron?

¿Quieres bien a los que te ensalzan y mal a los

que te deprimen? Pues sabe que éstos son tus bienhechores, porque sajan con la cuchilla la postema de tu orgullo y vanidad.

Mira si buscas principalmente en lo que haces y dices el ser conocido, admirado y aplaudido, complaciéndote demasiado en tus obras y ostentando, cual vanidoso pavo, las dotes que Dios te ha dado.

Mira hacia dentro, a ver si te consideras humillado y postergado, preferido o menospreciado.

Y mira a ver si miras con malos ojos, envidias y muerdes con censuras a los que consideras inferiores a ti y los ves en puestos o en candeleros más altos.

79. REMEDIOS CONTRA LA VANIDAD.

1. Amar y apreciar la verdad y la justicia y ordenar por ellas la voluntad con todas sus intenciones. *In omnibus respice finem*: en todas tus obras atiende a tu fin y ordénalas por él.

2. En realidad, ¿qué es el aplauso sino aire vano? y ¿qué el juicio de los hombres, sino un algo que ni quita ni pone mérito en las obras, aun en el caso que no sea equivocado, lo cual es muy frecuente?

3. Jamás digas palabras que redunden en propia alabanza, ni aun en propio desprecio, como

no sea muy sincero y bien sentido, porque la vanidad se pega a todo, incluso a la humildad de garabato.

4. Oculta, cuanto puedas, el bien que hagas; mas si la publicación conviene para gloria de Dios y bien de los hombres, tente por instrumento del cual Dios se vale y sin lo cual nada serías y de nada servirías.

5. Fija la puntería de la intención en lo alto todos los días y en cada acción, singularmente en las obras públicas, y rectifica de vez en cuando esa puntería, si acaso se tuerce. Sé como el artillero, que antes de disparar apunta, y como el cantero, que no asienta una piedra sin aplicar la plomada.

6. Conocerse a sí mismo, ver sus pecados, defectos y quiebras, es un soberano remedio contra la vanidad; abrigar un soberano desdén para el mundo, que ni nos conoce ni nos hará dichosos ni desgraciados, si nosotros no queremos consentir en sus aplausos ni temer sus injustas censuras, es otro remedio para oír aplausos y censuras como quien oye llover.

80. EL MAESTRO Y LA MANSEDUMBRE.

El maestro sin mansedumbre no es justo ni fuerte y está perdido.

1. Mansedumbre es la virtud opuesta a la ira, y consiste en el hábito de refrenar ésta y el deseo de venganza, que brota de la ofensa recibida, conservándose sereno, sin perturbación interna ni externa, ante la injuria, contradicción, adversidad o mal que se nos causa.

a. Sentir ira e indignación por el mal que se nos causa es natural, y la mansedumbre consiste en no dejarse llevar de ellas, traspasando los límites de la razón y el derecho o abrigando sentimientos de venganza o rencor.

3. Para conservar esta tranquilidad de ánimo ante la injuria recibida, hay que contener los movimientos de la sensibilidad irritada, sofocándolos con decisión y serenidad antes que se apoderen de la imaginación, de los sentimientos, de la lengua y las manos, virtud no pequeña que nos hace dueños de nosotros mismos en los momentos en que la pasión nos pide desahogo y venganza.

4. El maestro iracundo está perdido: es una furia, no es un hombre; todo le irrita, le disgusta y le enfurece y, dejándose llevar de la pasión de la ira, es como un loco agresivo y peligroso que se descompone y desmanda en gestos, palabras y

golpes, no siendo dueño de sí y causando perturbación, malestar, miedo y odio o menosprecio en los niños, que son testigos y víctimas del maestro iracundo y fuguillas.

5. Acuérdate que fuiste niño, y que eres hombre y no fiera, cristiano y no pagano, maestro y educador y no un dementado o loco de atar; que los niños son ligeros, juguetones y distraídos, no saben lo que hacen, y hay que corregirlos una y cien veces, pero sin ofenderlos ni pegarlos con furia; que el hombre que se enfurece deja de ser racional y justo; que el cristiano ha de semejarse a Cristo, «el manso y humilde de corazón», y que el maestro de niños está obligado a ser el modelo de éstos en todo caso, como hombre, como cristiano y como formador de hombres cabales y cristianos perfectos.

6. Examínate, pues, y ve si te dejas llevar de la ira y pierdes la calma, interior y exteriormente; si hablas con dureza, miras con desprecio, tratas, juzgas y censuras con acritud y castigas con injusticia o exceso; si conservas odio, rencor, prevención o antipatía con algún alumno; si al mal respondes con el mal; a la grosería con la desatención y el menosprecio; o si, por el contrario, te dominas hasta el punto de orar por los que te ofenden, de querer más a los que más te molestan, llegando a poseer tu corazón en paz y tranquilidad, a pesar de todas las borrascas, y llegas a poseer el corazón de tus alumnos, domi-

nados por la soberanía y magestad del maestro, siempre igual, digno, grave, dulce, amable, imparcial y justo.

81. EL MAESTRO JUSTO, FUERTE Y CRISTIANO, HA DE SER MANSO, HUMILDE, CARITATIVO Y PACIENTE DE CORAZÓN.

(Ampliación.)

1. La mansedumbre, la humildad y la caridad son virtudes hermanas, y ninguna de las tres es verdadera si no es sincera, esto es, si no sale del corazón. Para sembrar virtudes en el corazón, necesita el maestro contar con Dios y su gracia y tenerle en el suyo.

2. La mansedumbre, no sólo es paciente, sino que, siendo perfecta, es dulce, bondadosa y amable. En cuanto *paciente*, sabe sufrir sin irritarse ni perder la tranquila igualdad de ánimo; en cuanto *dulce*, evita todo asomo de ira, acritud o disgusto personal, y en cuanto *bondadosa*, imita al corazón de los padres, que nunca se cansan de esperar la enmienda y corrección de sus hijos queridos.

De todo es modelo la mansedumbre de Jesucristo con sus discípulos y con sus adversarios.

3. El maestro manso no es rudo ni grosero, sino culto, modoso y cortés; no es deprimente, opresivo ni severo, pero sí amigo del orden, la

disciplina y el sistema; no es aceptador de personas, sino igual para todos los iguales; no es amargo ni brusco al corregir, sino dulce, apacible y vigilante; no es desigual en el genio, sino uniforme y constante en su modo de ser; no es insensible ante el mérito y el demérito, sino que sabe remunerarlos con justas alabanzas y racionales castigos.

4. El formador de hombres ha de ser un reformador de las ideas torcidas e inexactas de sus educandos, de las tendencias y disposiciones opuestas a los deberes sociales, de los defectos y malos hábitos para con sus semejantes

Así corregirá: la falsa idea de que todos los honores les son debidos a los egoístas, y de que nada deben a los demás; el espíritu de burla y censura, a los burlones y censores; el de contradicción, a los camorristas y peleadores, etc.

Para hacer hombres justos hay que enseñar a serlo en ideas y obras.

5. Y como la mejor de las medicinas es precaver los males, el educador ha de ser vigilante y previsor, inculcando virtudes y buenos hábitos y formas en los discípulos; y compendio de todas las medicinas es el amor y temor de Dios, el examen de conciencia, la práctica de los Sacramentos y la oración con el examen.

Maestros, sed maestros imitando al Divino Maestro que dice: «Aprended de Mí a ser mansos y humildes de corazón.»

6. Examínate por dentro y por fuera, en la escuela y fuera de ella, en la mansedumbre y en la humildad, en la paciencia y en la caridad, y si te comparas con el Modelo venido del Cielo, excluirás acaso: ¡Qué buen Modelo y qué mala copia!

82. EL MAESTRO CRISTIANO APRENDA LA LECCIÓN QUE LE DA EL MAESTRO DE LA MANSEDUMBRE. JESUCRISTO: «*Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón*» (San Mateo, XI, 29.)

1. Maestros, oíd lo que dice el Maestro: *Aprended. ¿A qué? ¿A ser sabios? ¿A ser eruditos? No, a ser mansos.* La mansedumbre, pues, es una virtud que exige aprendizaje, y puesto que se trata, no de un algo postizo, sino de una virtud que nace del corazón, hasta el corazón hay que ir para domarle y enseñarle mansedumbre «*Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.*»

2. Cierta día observó un pedagogo que, mientras se necesitaban grandes yuntas de bueyes para arrastrar grandes troncos hasta el río, entrando los maderos en el agua, un niño montado en ellos los llevaba con una pértiga donde quería; y se dijo: «¿Por qué yo no he de ser el piloto de mí mismo? ¿Por qué no sabré conducirme con suavidad y sin violencia, como este niño hace con esos leños?» Y dicho y hecho; desde aquel día no

se dejó dominar de la ira y fué dueño de sí mismo y señor de la escuela, que antes atronaba con golpes y gritos desconcertados.

3. Yo, maestro, hombre de razón y modelo de buen juicio y buen espíritu, ¿por qué me irrito? Yo fuí, como estos niños, distraído, perezoso, juguetón, travieso y mal escolar. ¿Por qué me he de extrañar ni enfadar de que sean como yo fuí? ¡Si es la cosa más natural y corriente, y en todas las escuelas pasa lo mismo! Los niños siempre son niños y la educación exige ser manso de corazón.

4. ¿Por qué me he de irritar contra estas criaturas, seres inconscientes y ligeros, distraídos o incapaces, si no saben lo que hacen o sólo lo saben a medias o por cuarterones y aun milésimas? Estos niños, además, son como Dios y sus padres los han hechos. Si no tienen ingenio ni capacidad, la culpa no es de ellos. Si carecen de crianza y educación, tampoco es cargo de ellos. Si la sangre, la herencia, el atavismo, el mal ejemplo, la negligencia y la miseria influyen en su modo de ser, ¿qué les resta de culpa y de responsabilidad para que yo me enfande con ellos? Más culpable seré yo castigándolos, que lo son ellos por haber nacido. ¡Pobrecillos!

5. ¿Y no deberé examinarme para ver si tengo yo la culpa de que mis alumnos sean como son? Si yo no sé enseñar ni educarlos, ni vigilarlos ni sostener su atención, ni ganarme su interés

y corazón, ¿por qué los he de culpar a ellos, siendo el culpable yo? ¡Infeliz de mí, que me he irritado contra inocentes y desgraciados, en vez de irritarme contra mí, y mi modo de ser y enseñar!

¡La cruz, la cruz! «Aprended de Mí», dijo el que la llevó hasta el Calvario, y allí murió sin quejarse de sus enemigos. «Aprended de Mí» a sufrir por vuestros pecados y los ajenos, que sin sacrificio no hay redención. «Aprended de Mí» a merecer sufriendo, y vuestra recompensa será muy grande. Aprended a expiar vuestras culpas, a abrazar vuestra cruz, a subir hacia arriba, a dar gracias a Dios en lo próspero y adverso, a repetir una y mil veces: «Hágase en mí la voluntad de Dios» en todo.

6. Señor y Dios mío, modelo de humildad y mansedumbre, de aquí en adelante no me irritaré contra los niños, y si me irrito, no hablaré, y si hablo diré: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación. Amén.»

83. EL MAESTRO SEA MANSO Y RESPETABLE
A LA VEZ, Y SEA AMABLE, SI QUIERE SER
AMADO.

*Que nadie os desprecie ni tema, que todos os
amen y respeten.*

1. El maestro debe ser un hombre ya formado y formal, de tal modo, que por su porte exterior, en palabras y modos, pueda servir de modelo a sus discípulos y no de hazmerreir ni tampoco de metemiedos. Debe ser: grave, pero sin ceño; amable y circunspecto, alegre y jovial, pero sin faltar al decoro y respeto que a sí mismo se debe y a los niños que educa; señor de la clase, pero no tiranuelo, ni mucho menos bufón o arlequín.

2. Hable poco y en el tono debido, y ni en sus palabras ni en sus gestos se muestre altanero; henchido de saber y lleno de competencia y suficiencia, y mucho menos amenazante, arrebatado, violento y fiero. No es un domador de fieras, sino un formador de hombres, que piden razón, justicia y buenos modos, y no desplantes, bravatas, golpes ni sustos y encogimientos debidos al miedo.

3. ¿Qué se diría, pues, del maestro que siempre estuviera serio, siempre amenazando con el látigo, alzando la voz y riñendo, siempre malhu

morado y descontentadizo, que todo lo curara con el rigor del castigo, duro, severo, inexorable? Se diría que aun para sargento y carcelero, le sobraba genio y le faltaban modos, cuanto más para maestro.

4. ¿Y qué juicio formaríamos del maestro que todo lo ríe, todo lo convierte en cháchara y broma, que usa de cuentos y chanzas de mal gusto y es muy movido, ligero, frívolo, dicharachero o irónico y mordaz y amigo de poner en ridículo a los niños que incurren en un defecto para que los demás se rían de ellos? Juzgaríamos que había errado la vocación, que más bien parece un danzante, bufón o cómico sainetero, que un maestro educador, serio y formal.

5. El maestro debe ser grave, digno y serio, y a la vez afable, cariñoso, insinuante y accesible: su mirada es tranquila, y digna su postura, serenos sus movimientos, equilibrados sus potencias y sentidos y ajustados, corteses y decorosos sus gestos, conversaciones y actitudes. Ama, respeta y atrae, y no es frío, agrio, mordaz, descortés, inculto ni pedante.

6. Dice el Gran Maestro: «Dejad que los niños se acerquen a Mí», y eso mismo han de decir con todo su porte los maestros, hacer que los niños se acerquen a ellos para conocerlos, guiarlos, enderezarlos y, en lo posible, remediar sus defectos y precaverlos contra ellos.

Examen. ¿Sois ejemplos vivientes de la doctrina que enseñáis? ¿Os portáis con la dignidad que exige el cargo que tenéis? ¿Procuráis adquirir el ascendiente que necesitáis ante vuestros discípulos y el prestigio que merecéis ante el mundo entero?

Si no respetáis, no esperéis respeto; si no sois amables, no esperéis ser amados.

84. EL MAESTRO Y LA HUMILDAD.

El maestro veraz, justo y fuerte, es humilde, pues la humildad es verdad, justicia y fortaleza. ¿Qué tienes que no hayas recibido?

1. El maestro está obligado a conocerse y a saber qué es lo que le restaría si Dios le quitara cuanto de El ha recibido. Si cuanto tiene (y aun ha gastado) es *prestado*, ¿qué le quedará que sea *suyo o propio*, si no es una enorme deuda?

2. Y como a más tener más deber, resulta que los más inteligentes, bondadosos, elocuentes, sanos, hermosos, ricos y buenos, son más deudores, en suma. Pues si todos debemos cuanto tenemos, los más favorecidos en dones son los más deudores y, por tanto, los más obligados a ser humildes; que el deber no es motivo para engreirse.

3. Por donde se ve y concluye que la humildad es la verdad y que el soberbio y orgulloso que tiene de sí una e injusta idea de su propia ex-

celencia, no se conoce; que si se conociera, no se envaneciera ni orgulleciera,

4. El maestro consciente es un cristiano veraz y prudente, y, por tanto, humilde ante Dios, de quien todo lo ha recibido; ante sí, que se ve deudor de cuanto tiene; ante sus semejantes, desechando toda inmodestia, vanagloria y ambición de honores y altos cargos, como flaquezas, impropias del hombre veraz, justo y fuerte.

5. Y no es vano, ni pedante, ni envidioso, ni presumido, ni terco e indócil, o pegado a su parecer y singularidades; no se avergüenza ni desdora de enseñar a niños e ignorantes, ni de acompañarlos en público; al contrario; se halla entre los pobres, incultos y pequeños como en su propio elemento, y es con todos amable, servicial, atento, sin admitir ni hacer nada que sepa a arrogancia, desdén, frialdad e indiferencia en el trato; sin afectación, amenaramiento, pedantería, egoísmo ni jactancia en obras ni palabras.

6. El maestro humilde es el maestro que se conoce y siente de sí mismo la verdad y justicia y las expresa en todos sus actos con sinceridad y fortaleza y sin asomos ni repulgos de pretenciosa vanidad: es el hombre veraz, justo y fuerte, que sabe lo que es y obra como quien es.

Examen. Y tú, ¿cómo eres? Mirate en este espejo y lo sabrás.

85. EL MAESTRO HUMILDE ES MODESTO, FORMAL Y SERIO, Y NO MANDARÍN, ORGULLOSO, VANO NI PRETENCIOSO.

1. «Os aseguro con toda verdad que si no os hicieréis como los párvulos, no entraréis en el reino de los Cielos.» Esto dice el Maestro verdadero de la verdadera humildad, Jesucristo. Hay que hacerse pequeños para entrar en el Cielo; los soberbios no caben allí.

2. Y si esta gran verdad y terrible amenaza a todos se dirige, de modo especial afecta a los encargados de educar a la infancia; pues teniendo el modelo de la humildad delante, no sólo no le copian, sino que le estropean con su fatua vanidad y pretenciosos modos y modas, y con exigencias y arrogancias ante sus alumnos.

3. Tal sucede con el maestro que, sin necesidad y sólo por humo de vanidad y pretensiones de dominio, hace de los niños criados para menesteres que muy bien puede él desempeñar. Y el que los reprende con epítetos denigrantes, el que les habla siempre enfadado o como si riñera, el que se irrita por sus torpezas y distracciones y castiga con violencia y crueldad.

4. El maestro humilde siempre es modesto, y jamás revela orgullo, engreimiento y satisfacción de sí mismo, ni en palabras, ni en gestos, ni en modales, ni en vestidos, ni por su talento, ni

por su elocuencia, ni por su ingenio, ni aun por sus éxitos; pues, no sólo sabe que a Dios debe cuanto bueno tiene, sino que a El rinde el tributo del honor y la gloria por cuanto bien hace.

5. El maestro humilde y modesto no es frívolo; y si alguna vez oye aplausos, no se envanece ni complace ni entonetece por ello, sino que forma con ellos un ramo de humildes violetas y las ofrece al Señor por sus faltas y pecados.

6. El maestro humilde y modesto es hombre formal y serio, y no se paga de pirotecnias o espectáculos de relumbrón, ni para engañar al público de los ignorantes, ni para alimentar su orgullo con los aplausos de ignorantes y sabios; pues sabe que lo que somos ante Dios, eso somos, y no más ni menos. Nada os importe ser conocidos y glorificados delante de los hombres; alegraos de que vuestros nombres estén inscritos en el cielo » (J. C. en S. Lucas, X, 20.)

86. EN EL MAESTRO HUMILDE NO CABEN LAS ÍNFULAS DEL DOCTOR Y CATEDRÁTICO.

«No deseéis ser llamados maestros, ni que os saluden como doctores. (J. C. en S. Mateo, XXXIII, 7 y 8.)

1. Ser maestro de escuela y gloriarse de serlo, en sí no es malo; pero desear ser tenido co-

mo algo grande y singular en el Magisterio, como doctor y maestro de los maestros, esto ya es vanidad y soberbia del entendimiento y del corazón, que es la peor de las soberbias y la más nociva y ridícula de las vanidades, fustigada por Aquel que, siendo la misma Sabiduría, era la misma sencillez.

2. Conténtese cada cual con su puesto y no pretenda elevarse sobre sí mismo y desvanecerse, a lo cual está muy expuesto el maestro de niños, por lo mismo que a todas horas y en todas las materias está a mayor altura intelectual que sus discípulos.

3. Cualquiera se reputa gigante rodeado de pigmeos; pero tállese y compárese con lo que otros saben y él ignora, con lo que es la ciencia y lo que él es, y verá como es pigmeo y muy pigmeo, ante Dios, la ciencia y los que algo saben de ella.

4. Ante el *bachillerismo* discurseador, que a veces sirve de escuela a los maestros, llegan algunos de éstos a creerse doctores, escritores y oradores en toda clase de conocimientos, y con estos humos, o se desdoran de enseñar a niños, o pretenden convertir la escuela en cátedra y prensa y a sí mismos en catedráticos y publicistas; dos males a cual más funestos para la enseñanza.

5. Estos maestros, así formados (o deformados), no sirven para evangelizar a pobres, no son

ni pueden ser los educadores del pueblo, y escribirán quizá pretenciosos artículos para los periódicos, pronunciarán acaso declamadores discursos en los círculos; pero la escuela los *pinchará*, y en ella se considerarán injustamente preteridos y rebajados, dados su saber y méritos sobresalientes.

6. Estos tales, si tienen otros que trabajen a sus órdenes, impondrán sobre ellos la pesada carga del Magisterio, reservándose (eso sí) la dirección, la inspección, el discurso, la circular, la censura, la reprensión; y si algo enseñan, no será aquello que más se necesite y más cueste, sino lo que más brille. Jesucristo, precaviendo a sus discípulos contra los escribas y fariseos de su tiempo, les dice: «No seáis vosotros como éstos, que dicen y no hacen; que a los demás imponen cargas pesadas e insoportables, y ellos no ayudan a moverlas ni con un dedo; todo cuanto hacen lo hacen con la mira de ser vistos (con los trabajos vistosos) por los hombres, y anhelan por ser los rabinos y doctores», que es como si dijéramos, los *supramaestros* de la enseñanza.

87. EL MAESTRO HUMILDE Y EDUCADOR NO OLVIDA EN SU LABOR A DIOS, «QUE DA EL INCREMENTO».

1. «Nada es el que planta ni el que riega, sino»

el Señor es el que da (la vida) y el crecimiento » (I a los de Corinto, III, 7.) Cuando educáis enseñando, no olvidéis esta verdad que os da el maestro y educador de los gentiles, San Pablo, y con ella os curaréis de la vanidad por los felices éxitos y del desaliento por los fracasos.

2. El maestro cristiano que esto sabe, después de poner todos los medios que aconsejan la prudencia y el celo, no se olvida de encomendar su trabajo y las personas de sus alumnos al que le dió la vida y *ha de darles el crecimiento*.

3. Y cuando ve que otros compañeros obtienen resultados en sus escuelas, no le entra envidia, ni murmura, ni rebaja el trabajo ajeno, sino que se humilla, da gracias a Dios y se alegra, procurando emularse para obtener, a ser posible, y con la gracia divina, idénticos y aun mayores resultados. La emulación no es la envidia, sino el aguijón que nos mueve a ser como los mejores de entre los buenos.

4. Y como no es vano ni orgulloso, consulta, se aconseja, estudia los medios que emplea el buen maestro, y no halla vergüenza donde no hay sino humildad y deseo de acertar en la obra magna y difícilísima de la enseñanza, en la cual ninguno sabe lo bastante y todos necesitan del saber y experiencia ajenos.

5. El maestro humilde es respetuoso y obediente con los superiores, es amable y cariñoso con los compañeros, es obsequioso y atento con

los extraños, es servicial, benévolo y accesible para todos, aunque sean pobres, ignorantes, toscos y desatentos. Para él todos los hombres son hijos de Dios y, en tal concepto, dignos de respeto y amor.

6. Pero donde se manifiesta mejor la humildad es en comunicar su ciencia a los más sencillos, ignorantes y pobres y a los más pequeños, que son el campo más abonado de su profesión y celo. Huye, pues, de todo lo que huele a *catedraticismo*, y se achica, se abaja y humilla, a tratar como buen pedagogo, con amor y sencillez, con ejemplos y semejanzas, cuando él se propone enseñarles: es como madre que lacta a sus hijitos. Este es el maestro.

88. EL MAESTRO CRISTIANO DEBE SER HUMILDE COMO CRITTO.

1. Jesucristo, Maestro de toda virtud, nos enseña con hechos y dichos a ser humildes.

Jesucristo tomó, al hacerse hombre, *figura de siervo*, y no escogió para nacer un palacio, sino un establo, y por cuna un pesebre, y prestado.

2. No escogió por madre a una reina, sino a una humilde artesana, casada con un carpintero.

3. No buscó filósofos para predicar su Evangelio y fundar la Iglesia, sino sencillos y humildes pescadores.

4. Fué sencillo y en extremo humilde y amable en toda su vida con todos, lo mismo con los pecadores arrepentidos que con los niños bulliciosos e inquietos, y tras de una vida pobre, quiso morir muerte de cruz, desnudo y entre los ladrones.

5. Y como fué su vida, fué su doctrina. «El que quiera ser mayor entre vosotros, hágase vuestro siervo.» «El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.» «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.»

6. Maestro cristiano, mira si te atreves a ser soberbio y vano, considerando la vida y doctrina de Cristo.

89. EL MAESTRO CRISTIANO Y HUMILDE, VENERA AL NIÑO, A SEMEJANZA DE CRISTO.

«Si no os convertís y os hacéis como los párvulos, no entraréis en el reino de los Cielos.» (S. Mateo, c. XVIII.)

1. Esto dice Jesucristo, lo cual equivale a decir que la inocencia, sencillez y humildad, tienen abiertas las puertas del Cielo; y no así la malicia, doblez ni soberbia. ¡Oh Maestro divino, enséñame a ser niño por la penitencia, ya que no lo sea por la inocencia!

2. Los discípulos preguntan al Maestro: «¿Quién

es el mayor en el reino de los Cielos?» Y el Maestro, llamando a un niño, le pone en medio de ellos y les dice: «El que sea humilde como este niño, ese será el mayor en el reino de los Cielos.»

Niñez, tú serás el modelo de mi humildad; debo aprender esta lección del Maestro.

3. Y a menos costa no habrá Cielo: «Si no os convertís y os hacéis como los párvulos, no entraréis en el reino de los Cielos». La humildad no sólo es condición necesaria para entrar en el Cielo, sino medida del grado mayor o menor de gloria.

4. «Y el que recibiere a un tal párvulo en mi nombre, a Mí me recibe.» No se puede conceder mayor honor y dignidad al niño que el honor y dignidad que Jesucristo le concede al igualarle consigo.

5. «Mas el que escandalizare a uno de estos niños que creen en Mí, más le valiera que le colgaran al cuello una muela de molino de asno y lo arrojaran a lo profundo del mar.»

El Maestro garantiza la fe e inocencia del niño, amenazando con la muerte al que le escandalice o enseñe a pecar.

6. ¡Oh Maestro de los siglos, permanente y eterno! Ya que la inocencia te encanta y roba el corazón; ya que en tu gloria sólo admites a los niños y a los que por la humildad se les parezcan; ya que te identificas con los niños, dándoles tu personalidad o representación, y el bien o el mal

que se les haga lo tomas de tu cuenta, dime: ¿Privaremos a esos corazoncitos que se acercan al tuyo creyendo y amando? ¿Ocultaremos en la escuela a Cristo para que no le conozcan los niños? ¿Menospreciaremos a los niños, a quienes Tú tanto apreciaste y estimas? ¿Seremos tan crueles que les privemos de la educación eucarística? ¡Ay! ¡Cuántas muelas de asno serían menester para los que tal hicieran! Lejos de mí tal inhumanidad y abuso de autoridad. Que los niños conozcan a Dios y a Jesucristo, su Hijo, oyéndole en su doctrina y recibéndole en su Sacramento.

Que yo me considere entre niños más honrado que el rey entre sus cortesanos y ministros.

90. EL MAESTRO CRISTIANO HA DE TENER FORTALEZA CRISTIANA.

En el día de la Tribulación diga con Jeremías: «Señor, Tú eres mi fortaleza, mi robustez y mi refugio.» (XVI, 19.)

1. El cargo de enseñar y educar está erizado de dificultades, unas que nacen de su naturaleza, y otras que provienen de los hombres. Enseñar y enseñar a niños, a veces rudos, siempre distraídos, volubles e ignorantes; a veces obstinados y anormales, y siempre propensos al juego, la holganza, la travesura y el olvido, es arduo. Y si

despertar, aguzar, encarrilar, adiestrar y cultivar una cabecita, en la cual todo está por hacer, es obra de talento, perseverancia y trabajo por varios años, ¿qué no será hacer la misma obra con 30, 40 o más niños, y tras una tanda de marmolillos por labrar, otra tanda, y así por toda la vida?

2. Y esto en lo que se refiere a la inteligencia, que en la formación de la voluntad y el carácter hay aún más serias y grandes dificultades que vencer. Porque, aparte de la libertad, en virtud de la cual cada educando puede resistir e interior y exteriormente decir: «No quiero», están los obstáculos de los pasiones, malos hábitos e inclinaciones; y sabido es que nacemos torcidos y con propensión a torcernos del camino de la rectitud ¡Cuánta lucha no ha de sostener el educador con todos y cada uno de esos educandos en este respecto!

3. Y de afuera, de parte de los hombres, ¡cuántos obstáculos no tiene que vencer! Ya es la familia la primera enemiga del maestro y de la escuela, por su abandono, lenguaje soez, conducta inmoral, falta de armonía, exceso de egoísmo o embriaguez, ira, lujuria, murmuración, blasfemia, embuste, impiedad, etc., etc.

¡Qué triste y desalentador es ver que en la casa se destruye la obra de la escuela!

4. Y de la *autoridad*, a veces, cuántas dificultades no ocurren, ya por no habilitar local ni ma-

terial, ya por exigir del maestro que sea un agente suyo o un pasante de sus hijos, ya por no garantizar la seguridad ni la tranquilidad del orden en la plaza ni velar por la decencia pública, ya por perturbar con leyes la enseñanza, etc.

5. Y de la *sociedad* en general, ¿cuántos enemigos no tiene la escuela? El amigo ignorante y corrompido, la falta de respeto a la infancia, la indecencia ostentándose en las calles, comercios, escritos, teatros, *cines*, etc., saturando la atmósfera de sensualismo pagano, de egoísmo brutal, de positivo degradante, de sinvergüenza comercial, de libertinismo descocado, y, en suma, de antieducación social.

6. ¡Cuánta virtud, cuánta fortaleza, cuánta constancia (que es la fortaleza que nunca desmaya), cuánto ardor, cuánta fidelidad para con Dios y su conciencia, cuánta batalla dentro y fuera de la escuela, con cada uno y con todos los alumnos, con cada uno y con todos los enemigos de la buena enseñanza habrá de sostener el maestro, esto es, el hombre de bien, nacido y formado para hacer hombres de bien! Verdaderamente, la educación es obra de titanes, puesto que exige esfuerzos colosales en los maestros llamados a darla, y como los maestros son hechos de deleznable barro, no estará demás que pidan a Dios la virtud de la fortaleza, más necesaria a los héroes callados y ocultos que a los que ganan ruidosas batallas y corona la vocinglera fama.

¡Oh Dios santo y justo!, haz que yo recuerde a diario estas animosas palabras del Héroe de la Cruz, tu Hijo querido: «*Confiad y no temáis, que yo vencí al mundo.*»

91. EL MAESTRO Y LA GRANDEZA DEL ALMA.

El maestro fuerte procura ser magnánimo y no de ruin pensar y bajo proceder.

1. La misión del maestro tiene mucho de apóstol y, como éste, tendrá un corazón grande dispuesto a los mayores sacrificios por el bien de sus amados discípulos.

2. Ni el hambre, ni el trabajo, ni la ingratitud, ni los dicterios, ni la suma pobreza, ni la extrema miseria le intimidarán y acobardarán, sino que, constante y magnánimo, llevará su obra hasta el fin.

3. Un día y otro, una generación y otra pasarán por él sin alterarle ni turbarle, sin cansarle ni agotarle, sino que firme como un roble, alto y sublime como una atalaya, a todas horas lo hallarán en su puesto, y sobre todos los acontecimientos flotará el maestro.

4. Jamás decae de ánimo ni se descorazona, antes se crece en las cosas adversas, y a mayor rudeza opone mayor suavidad y dulzura; a más contradicciones, más abundancia de bendiciones

y lecciones; a mayores desvíos, mayor celo; a más injusticias, mayores perdones y olvidos: sabe lo que es justicia e ignora lo que es resentimiento ni venganza.

5. Recordando aquellas palabras: «Dichosos los que padecen por amor a la justicia», cumple con ansia el deber en todo y está dispuesto a morir antes que faltar a lo que es justo.

6. Con fortaleza y sin cobardía, con grandeza y sin pusilanimidad, con paciencia y perseverancia, confía triunfar de todos los obstáculos y vencer a todos los enemigos; y lo consigue, porque no hay nada que resista al carácter ni a la santidad.

¡Ah! Si los maestros fuéramos apóstoles, ¡cuán otro sería el mundo!

92. MAESTRO, SÉ EN TODO HOMBRE ENTERO Y VERDADERO.

1. Y sabe que para tener por entero la virtud de la fortaleza has de tener grandeza de ánimo o *magnanimidad*, la cual incluye:

2. *Fe* o *confianza* racional y fundada en los medios o en el triunfo de los obstáculos que se opongan al fin noble y grande que intentas realizar. En esta confianza no caben: la *presunción*, que presume más de lo que puede; la *ambición* o apetito desordenado de honores, ni la *vanaglo-*

ria, por lo que tiene de vana e infundada ostentación del mérito de una acción.

3. *Audacia* o valor y acometividad, para derribar los obstáculos y superar las dificultades que se opongan a la obra, por muchos y grandes que sean.

4. A la audacia se oponen: la *pusilanimidad* o pequeñez de ánimo, que estima de sí menos de lo que puede; el *temblor y temor* excesivo, que perturban y achican el ánimo, y la *temeridad* o exceso del hombre audaz, que sin medir sus fuerzas ni las del enemigo, o sin verdadera necesidad ni utilidad, expone la vida u otro bien considerable.

Paciencia, para no dejarse vencer del dolor, la amargura, la tristeza y la desesperación en medio de la lucha por el bien honroso y grande que se propone, sino que con ánimo sereno sufre los males y aspira a bienes mayores, que espera conseguir.

No caben en la paciencia: la *impaciencia*, *tristeza excesiva*, *desesperación* ni *perturbación*.

5. *Perseverancia*, o constancia en lo bien comenzado hasta el fin, tarde lo que tarde y cueste lo que cueste.

A ella se oponen: la *inconstancia*, *blandura* y *flojera* muelle, que cede ante cualquiera dificultad de hecho; la *pertinacia*, que persevera más de lo que cabe en razón, bien por no haberlo pensado con acierto, bien porque los hechos

mo calibre, o con unos es fuerte y con otros es blando, unos días está de buen humor y otros se hace insufrible.

4. Débil es el maestro que carece de plan y a cada paso varía de procedimiento; el que, después de mandar una cosa, consiente se olvide o menosprecie; el que no reprende por no molestarse o lo hace de modo tibio e indolente, dejando ver que no tiene grande interés ni en lo que manda ni en lo que enseña o reprende.

5. En suma: a la firmeza se oponen estas debilidades *por defecto*: inconstancia, miedo, turbación, timidez excesiva, azoramiento, imprevisión, capricho, presunción y desconcierto; *por exceso*: cólera, inflexibilidad, obstinación y terquedad que a nada ceden, aunque sea de razón y de justicia.

6. Un maestro hacía diariamente esta oración: «Dios mfo, Tú que eres la grandeza de los humildes y la fortaleza de los rectos, dame humildad mansa y sufrida y la fortaleza necesaria para ser recto sin dejar de ser manso y humilde, a fin de que pueda ser un verdadero maestro.»

Y después de clase, se examinaba para ver si había pecado por defecto o por exceso contra la fortaleza.

77. NO ES MAESTRO FUERTE, SINO DÉBIL, EL QUE TEME AL QUÉ DIRÁN.

Enseñad a vuestros educandos a vencer el miedo ridículo.

1. La juventud ama el aplauso y teme el ridículo, y el mundo torcido, que eso sabe, ridiculiza los actos exteriores de piedad, mientras dispensa indulgencia a los vicios. Y así, por huir un joven de que le llamen beato, gazmoño, y a una joven *exagerada, santurrona, beaturróna*, se esconden o abstienen de hacer en público actos de piedad; no atreviéndose a más de lo preciso para no pasar por protestantes, ateos o impíos.

2. Remedios contra esta flaqueza son: ser valientes y desafiar a ese miedo ridículo y vencerle con actos contrarios (Misa, Comunión, Rosario, *Angelus*) y máximas como ésta del Evangelio: «Confesaré ante mi Padre a quien me confiese ante los hombres y negaré al que de Mí se avergonzare.»

3. Es una vergüenza avergonzarse de Cristo, es una felonía negar al Hijo de Dios, es una indignidad contradecir a su conciencia y hasta hacer coro con los enemigos de Dios y de las almas, de la virtud y de la Iglesia; y sólo por el temor a un adjetivo del mal debiera gloriarse!

4. ¿Qué dirían los mártires si presenciaran tal «cobardía.»

5. ¿Qué dirán los hombres de verdadera hombría? ¿Qué los padres y madres, los sacerdotes y maestros que os engendraron y educaron? ¿Qué el Dios que os hizo para sí y ha de juzgaros?

6. Pues dirán todos que tales cristianos no son cristianos, ni tales hombres son hombres, ni tales hijos son dignos de sus padres, ni tales criaturas pueden ser honradas ni amadas por su Criador.

Son seres risibles y ridículos, que merecen el desprecio de todos, incluso de Dios y de sí mismos, por carecer de valor para decir lo que son y obrar según razón y conciencia.

(Exáminate.)

78. EL MAESTRO Y LA VANAGLORIA EN LA EDUCACIÓN.

1. Fundamento de toda la vida moral es la virtud, y base de toda virtud es la recta intención, llamada también el ojo del alma, porque alumbra el cuerpo de toda buena obra; y así como el ojo sin luz deja en oscuridad a todo el cuerpo, la torcida intención oscurece y deja sin mérito todas las obras. Maestros, no olvidemos esto, que es de suma importancia para la educación propia y ajena.

2. Malo es quien obra con mala intención, y es-

ta maldad es fácil de evitar, porque es fácil de conocer; pero no así la sutil, falaz y deleitosa vanagloria que se nos mete a veces en casa sin conocerlo y nos despoja suave y hasta gustosamente de todo o parte del mérito de nuestras buenas acciones.

3. Desde niños hasta viejos, todos somos víctimas, en más o en menos, de este sutil y venenoso polvillo de la vanagloria (gloriarse y envanecerse de lo que se hace o dice), olvidando aquello de: *Soli Deo honor et gloria*. «Sólo a Dios se deben el honor y la gloria.»

4. *De tontos* es el ser vanos, y de niños y mujeres indiscretas el manifestarlo. ¿Qué mayor tontería que trocar merecimientos y recompensas espirituales y eternas por el aire y humo de los aplausos humanos? Pues eso hace el vanidoso. ¿Y qué mayor ligereza que manifestarse tonto y vano? Pues en ella incurren la mayor parte de los hombres.

5. Para curarnos de esta halagüeña tontería o ridícula necedad, que tanto tiene de infantil y femenina, nos dice el gran Maestro: «Cuidad no hagáis las buenas obras ante los hombres para ser vistos y alabados por ellos; pues, si así lo hacéis, no tendréis premio ninguno en los cielos.»

Si buscabas el aplauso y sólo por él obraste, Dios no te debe nada; aplaudido o silbado, ya has recibido toda la recompensa del amo a quien has servido.

6. Los que tratamos con niños y ejercemos oficio público estamos aún más expuestos, ya al contagio de la vanagloria, ya a confundirla con la emulación y el propio decoro; y así corremos peligro de no saber educar, tomentando defectos en vez de virtudes, y de no saber aprovechar el rudo trabajo de la escuela, por lo cual, cuando el aplauso cesa, el estímulo falta, y no hacemos nada de provecho, porque nos falta el aliento de la vanidad o vanagloria y, en vez de laboriosas abejas, semejamos zánganos de la colmena social. Mirad más alto.

Examen sobre la vanagloria.

¿Eres tú vano y tonto, o cuerdo y sensato?

Tú, vil gusanillo, ¿te alzas quizá con la gloria, que es de Dios?

¿Cuáles son tus intentos al agradar a los hombres?

¿Harías lo que haces, si los hombres no te aplaudieran?

¿Ignoras que nada son los aplausos de los ignorantes, y que los hombres no saben generalmente lo que aplauden ni penetran el interior de aquel a quien alaban?

¿Ignoras que los hombres cambian como los vientos, y mañana desprecian e injurian al que ayer aplaudieron?

¿Quieres bien a los que te ensalzan y mal a los

que te deprimen? Pues sabe que éstos son tus bienhechores, porque sajan con la cuchilla la postura de tu orgullo y vanidad.

Mira si buscas principalmente en lo que haces y dices el ser conocido, admirado y aplaudido, complaciéndote demasiado en tus obras y ostentando, cual vanidoso pavo, las dotes que Dios te ha dado.

Mira hacia dentro, a ver si te consideras humillado y postergado, preferido o menospreciado.

Y mira a ver si miras con malos ojos, envidias y muerdes con censuras a los que consideras inferiores a ti y los ves en puestos o en candeleros más altos.

79. REMEDIOS CONTRA LA VANIDAD.

1. Amar y apreciar la verdad y la justicia y ordenar por ellas la voluntad con todas sus intenciones. *In omnibus respice finem*: en todas tus obras atiende a tu fin y ordénalas por él.

2. En realidad, ¿qué es el aplauso sino aire vano? y ¿qué el juicio de los hombres, sino un algo que ni quita ni pone mérito en las obras, aun en el caso que no sea equivocado, lo cual es muy frecuente?

3. Jamás digas palabras que redunden en propia alabanza, ni aun en propio desprecio, como

no sea muy sincero y bien sentido, porque la vanidad se pega a todo, incluso a la humildad de garabato.

4. Oculta, cuanto puedas, el bien que hagas; mas si la publicación conviene para gloria de Dios y bien de los hombres, tente por instrumento del cual Dios se vale y sin lo cual nada serías y de nada servirías.

5. Fija la puntería de la intención en lo alto todos los días y en cada acción, singularmente en las obras públicas, y rectifica de vez en cuando esa puntería, si acaso se tuerce. Sé como el artillero, que antes de disparar apunta, y como el cantero, que no asienta una piedra sin aplicar la plomada.

6. Conocerse a sí mismo, ver sus pecados, defectos y quiebras, es un soberano remedio contra la vanidad; abrigar un soberano desdén para el mundo, que ni nos conoce ni nos hará dichosos ni desgraciados, si nosotros no queremos consentir en sus aplausos ni temer sus injustas censuras, es otro remedio para oír aplausos y censuras como quien oye llover.

80. EL MAESTRO Y LA MANSEDUMBRE.

El maestro sin mansedumbre no es justo ni fuerte y está perdido.

1. Mansedumbre es la virtud opuesta a la ira, y consiste en el hábito de refrenar ésta y el deseo de venganza, que brota de la ofensa recibida, conservándose sereno, sin perturbación interna ni externa, ante la injuria, contradicción, adversidad o mal que se nos causa.

2. Sentir ira e indignación por el mal que se nos causa es natural, y la mansedumbre consiste en no dejarse llevar de ellas, traspasando los límites de la razón y el derecho o abrigando sentimientos de venganza o rencor.

3. Para conservar esta tranquilidad de ánimo ante la injuria recibida, hay que contener los movimientos de la sensibilidad irritada, sofocándolos con decisión y serenidad antes que se apoderen de la imaginación, de los sentimientos, de la lengua y las manos, virtud no pequeña que nos hace dueños de nosotros mismos en los momentos en que la pasión nos pide desahogo y venganza.

4. El maestro iracundo está perdido: es una furia, no es un hombre; todo le irrita, le disgusta y le enfurece y, dejándose llevar de la pasión de la ira, es como un loco agresivo y peligroso que se descompone y desmanda en gestos, palabras y

golpes, no siendo dueño de sí y causando perturbación, malestar, miedo y odio o menosprecio en los niños, que son testigos y víctimas del maestro iracundo y fuguillas.

5. Acuérdate que fuiste niño, y que eres hombre y no fiera, cristiano y no pagano, maestro y educador y no un dementado o loco de atar; que los niños son ligeros, juguetones y distraídos, no saben lo que hacen, y hay que corregirlos una y cien veces, pero sin ofenderlos ni pegarlos con furia; que el hombre que se enfurece deja de ser racional y justo; que el cristiano ha de semejarse a Cristo, «el manso y humilde de corazón», y que el maestro de niños está obligado a ser el modelo de éstos en todo caso, como hombre, como cristiano y como formador de hombres cabales y cristianos perfectos.

6. Examínate, pues, y ve si te dejas llevar de la ira y pierdes la calma, interior y exteriormente; si hablas con dureza, miras con desprecio, tratas, juzgas y censuras con acritud y castigos con injusticia o exceso; si conservas odio, rencor, prevención o antipatía con algún alumno; si al mal respondes con el mal; a la grosería con la desatención y el menosprecio; o si, por el contrario, te dominas hasta el punto de orar por los que te ofenden, de querer más a los que más te molestan, llegando a poseer tu corazón en paz y tranquilidad, a pesar de todas las borrascas, y llegas a poseer el corazón de tus alumnos, domi-

nados por la soberanía y magestad del maestro, siempre igual, digno, grave, dulce, amable, imparcial y justo.

81. EL MAESTRO JUSTO, FUERTE Y CRISTIANO, HA DE SER MANSO, HUMILDE, CARITATIVO Y PACIENTE DE CORAZÓN.

(Ampliación.)

1. La mansedumbre, la humildad y la caridad son virtudes hermanas, y ninguna de las tres es verdadera si no es sincera, esto es, si no salen del corazón. Para sembrar virtudes en el corazón, necesita el maestro contar con Dios y su gracia y tenerle en el suyo.

2. La mansedumbre, no sólo es paciente, sino que, siendo perfecta, es dulce, bondadosa y amable. En cuanto *paciente*, sabe sufrir sin irritarse ni perder la tranquila igualdad de ánimo; en cuanto *dulce*, evita todo asomo de ira, acritud o disgusto personal, y en cuanto *bondadosa*, imita al corazón de los padres, que nunca se cansan de esperar la enmienda y corrección de sus hijos queridos.

De todo es modelo la mansedumbre de Jesucristo con sus discípulos y con sus adversarios.

3. El maestro manso no es rudo ni grosero, sino culto, modoso y cortés; no es deprimente, opresivo ni severo, pero sí amigo del orden, la

disciplina y el sistema; no es aceptador de personas, sino igual para todos los iguales; no es amargo ni brusco al corregir, sino dulce, apacible y vigilante; no es desigual en el genio, sino uniforme y constante en su modo de ser; no es insensible ante el mérito y el demérito, sino que sabe remunerarlos con justas alabanzas y racionales castigos.

4. El formador de hombres ha de ser un reformador de las ideas torcidas e inexactas de sus educandos, de las tendencias y disposiciones opuestas a los deberes sociales, de los defectos y malos hábitos para con sus semejantes

Así corregirá: la falsa idea de que todos los honores les son debidos a los egoístas, y de que nada deben a los demás; el espíritu de burla y censura, a los burlones y censores; el de contradicción, a los camorristas y peleadores, etc.

Para hacer hombres justos hay que enseñar a serlo en ideas y obras.

5. Y como la mejor de las medicinas es precaver los males, el educador ha de ser vigilante y previsor, inculcando virtudes y buenos hábitos y formas en los discípulos; y compendio de todas las medicinas es el amor y temor de Dios, el examen de conciencia, la práctica de los Sacramentos y la oración con el examen.

Maestros, sed maestros imitando al Divino Maestro que dice: «Aprended de Mí a ser mansos y humildes de corazón.»

6. Examínate por dentro y por fuera, en la escuela y fuera de ella, en la mansedumbre y en la humildad, en la paciencia y en la caridad, y si te comparas con el Modelo venido del Cielo, exclamarás acaso: ¡Qué buen Modelo y qué mala copia!

82. EL MAESTRO CRISTIANO APRENDA LA LEC-
CIÓN QUE LE DA EL MAESTRO DE LA MANSE-
DUMBRE, JESUCRISTO: «*Aprended de Mí,
que soy manso y humilde de corazón*» (San
Mateo, XI, 29.)

1. Maestros, oíd lo que dice el Maestro: *Aprended*. ¿A qué? ¿A ser sabios? ¿A ser eruditos? No, a ser *mansos*. La mansedumbre, pues, es una virtud que exige aprendizaje, y puesto que se trata, no de un algo postizo, sino de una virtud que nace del corazón, hasta el corazón hay que ir para domarle y enseñarle mansedumbre. «*Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.*»

2. Cierta día observó un pedagogo que, mientras se necesitaban grandes yuntas de bueyes para arrastrar grandes troncos hasta el río, entrando los maderos en el agua, un niño montado en ellos los llevaba con una pértiga donde quería; y se dijo: «¿Por qué yo no he de ser el piloto de mí mismo? ¿Por qué no sabré conducirme con suavidad y sin violencia, como este niño hace con esos leños?» Y dicho y hecho; desde aquel día no

se dejó dominar de la ira y fué dueño de sí mismo y señor de la escuela, que antes atronaba con golpes y gritos desconcertados.

3. Yo, maestro, hombre de razón y modelo de buen juicio y buen espíritu, ¿por qué me irrito? Yo fui, como estos niños, distraído, perezoso, ju-guetón, travieso y mal escolar. ¿Por qué me he de extrañar ni enfadar de que sean como yo fui? ¡Si es la cosa más natural y corriente, y en todas las escuelas pasa lo mismo! Los niños siempre son niños y la educación exige ser manso de corazón.

4. ¿Por qué me he de irritar contra estas criaturas, seres inconscientes y ligeros, distraídos o incapaces, si no saben lo que hacen o sólo lo saben a medias o por cuarterones y aun milésimas? Estos niños, además, son como Dios y sus padres los han hechos. Si no tienen ingenio ni capacidad, la culpa no es de ellos. Si carecen de crianza y educación, tampoco es cargo de ellos. Si la sangre, la herencia, el atavismo, el mal ejemplo, la negligencia y la miseria influyen en su modo de ser, ¿qué les resta de culpa y de responsabilidad para que yo me enfande con ellos? Más culpable seré yo castigándolos, que lo son ellos por haber nacido. ¡Pobrecillos!

5. ¿Y no deberé examinarme para ver si tengo yo la culpa de que mis alumnos sean como son? Si yo no sé enseñar ni educarlos, ni vigilarlos ni sostener su atención, ni ganarme su interés

y corazón, ¿por qué los he de culpar a ellos, siendo el culpable yo? ¡Infeliz de mí, que me he irritado contra inocentes y desgraciados, en vez de irritarme contra mí, y mi modo de ser y enseñar!

¡La cruz, la cruz! «Aprended de Mí», dijo el que la llevó hasta el Calvario, y allí murió sin quejarse de sus enemigos. «Aprended de Mí» a sufrir por vuestros pecados y los ajenos, que sin sacrificio no hay redención. «Aprended de Mí» a merecer sufriendo, y vuestra recompensa será muy grande. Aprended a expiar vuestras culpas, a abrazar vuestra cruz, a subir hacia arriba, a dar gracias a Dios en lo próspero y adverso, a repetir una y mil veces: «Hágase en mí la voluntad de Dios» en todo.

6. Señor y Dios mío, modelo de humildad y mansedumbre, de aquí en adelante no me irritaré contra los niños, y si me irrito, no hablaré, y si hablo diré: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación. Amén.»

83. EL MAESTRO SEA MANSO Y RESPETABLE A LA VEZ, Y SEA AMABLE, SI QUIERE SER AMADO.

Que nadie os desprecie ni tema, que todos os amen y respeten.

1. El maestro debe ser un hombre ya formado y formal, de tal modo, que por su porte exterior, en palabras y modos, pueda servir de modelo a sus discípulos y no de hazmerreir ni tampoco de metemiedos. Debe ser: grave, pero sin ceño; amable y circunspecto, alegre y jovial, pero sin faltar al decoro y respeto que a sí mismo se debe y a los niños que educa; señor de la clase, pero no tiranuelo, ni mucho menos bufón o arlequín.

2. Hable poco y en el tono debido, y ni en sus palabras ni en sus gestos se muestre altanero, henchido de saber y lleno de competencia y suficiencia, y mucho menos amenazante, arrebatado, violento y fiero. No es un domador de fieras, sino un formador de hombres, que piden razón, justicia y buenos modos, y no desplantes, bravatas, golpes ni sustos y encogimientos debidos al miedo.

3. ¿Qué se diría, pues, del maestro que siempre estuviera serio, siempre amenazando con el látigo, alzando la voz y riñendo, siempre malhu

morado y descontentadizo, que todo lo curara con el rigor del castigo, duro, severo, inexorable? Se diría que aun para sargento y carcelero, le sobraba genio y le faltaban modos, cuanto más para maestro.

4. ¿Y qué juicio formaríamos del maestro que todo lo ríe, todo lo convierte en cháchara y broma, que usa de cuentos y chanzas de mal gusto y es muy movido, ligero, frívolo, dicharachero o irónico y mordaz y amigo de poner en ridículo a los niños que incurren en un defecto para que los demás se rían de ellos? Juzgaríamos que había errado la vocación, que más bien parece un danzante, bufón o cómico sainetero, que un maestro educador, serio y formal.

5. El maestro debe ser grave, digno y serio, y a la vez afable, cariñoso, insinuante y accesible: su mirada es tranquila, y digna su postura, serenos sus movimientos, equilibrados sus potencias y sentidos y ajustados, corteses y decorosos sus gestos, conversaciones y actitudes. Ama, respeta y atrae, y no es frío, agrio, mordaz, descortés, inculto ni pedante.

6. Dice el Gran Maestro: «Dejad que los niños se acerquen a Mí», y eso mismo han de decir con todo su porte los maestros, hacer que los niños se acerquen a ellos para conocerlos, guiarlos, enderezarlos y, en lo posible, remediar sus defectos y precaverlos contra ellos.

hombre de ideas nobles es vergonzoso permanecer, como los mosquitos, junto al mosto del tonel.

4. El maestro debe dar lecciones contra el alcoholismo y precaver contra los abusos de las bebidas espirituosas, y no debe incapacitarse haciendo lo opuesto de lo que dice. Si después de ponderar que la embriaguez acorta la vida, la embrutece, la enferma, la hace infecunda y desgraciada y transmite esta desgracia a sus hijos y a la familia toda, etc., se embriaga, ¿que dirá el auditorio?

5. Examínese el educador sobre el particular, preguntando si bebe bebidas espirituosas, en qué cantidad, con qué fin, en qué ocasión, con qué anhelo, ante qué testigos, con qué resultados, si se turbó, si se trabó la lengua, si se nubló la razón, si se prolongó el convite, si excitó a otros a beber, si concurre a sitios o reuniones donde se bebe.

¿Estás persuadido de que la mejor bebida, la más barata e higiénica, es el agua cristalina?

6. Maestro, no seas glotón. Come para vivir y no vivas para comer; come y bebe lo preciso y sin avidez ni buscar cosas exquisitas ni lamine-rías. Si así lo haces, vivirás más y mejor, serás más persona y menos bestia, te librarás de muchos males y enseñarás con el ejemplo a tus discípulos la virtud de la templanza.

100. EL MAESTRO SEA CASTO Y VIGILE POR LA CASTIDAD DE SUS ALUMNOS.

1. La pureza, que es honra del que la tiene, gloria de las familias, lustre de la sociedad, y ornato y garantía de la fe, debe conservarse por cuantos medios humanos y divinos estén al alcance del maestro y educador; porque se trata de conservar por ella *entera, sana, útil, honrada y fecunda* la persona, y por la persona, la familia, raza, patria y humanidad.

2. ¿Qué hará el educador para conservar la angelical y hermosa virtud de la castidad? Amarla, observarla, fomentarla, vigilarla e implorar al Cielo.

3. *Amarla* como se ama a los ángeles; *observarla* con toda delicadeza, cuidado y miramiento; *fomentarla* con discretos consejos, lecturas piadosas, presencia del ángel custodio, vigilando sin parecerlo, a los niños; evitándoles malas compañías, juegos ocasionados con otros de diferente sexo, familiaridades excesivas, lecho común, vivienda próxima, cuadros, revistas, *cines*, etc.

4. E *implorando* de Dios esta virtud, imposible de conservar sin oración, mortificación y Sacramentos, esto es, sin el auxilio del Cielo. Sobre todo, enseñe a los educandos a meditar sobre la presencia de Dios en todas partes y las Postrimerías o Novísimos del hombre.

5. Educar es perfeccionar hombres y sociedades, y a ello se opone la lujuria. Pues guerra a ella; que el deshonesto es como un espinoso, que donde toca hiere; es como un bruto, que sólo bestiales apetitos tiene; es como un cerdo, que goza revolcándose en el cieno; es un ser impuro, una imagen enlodada, en todo *desemejante a Dios*.

Maestros, si queréis educar, vigilad y estad alerta contra la deshonestidad, que en sí lleva infinitud de males.

6. La lujuria debilita la voluntad y hace al lujurioso semejante a un paralítico que no acierta a andar derecho; es como un foco de mil pecados, pues nacen en él los celos, la envidia, el odio, la crueldad, el homicidio, prodigalidad, sacrilegio, desesperación, suicidio, etc., etc. Si pudieran hablar las familias, hospitales, manicomios e infiernos, ellos os dirían los males y castigos de este pecado sucio, que Dios castigó con el diluvio en tiempo de Noé y con fuego en tiempo de Abraham.

Considerad ahora los males que puede producir un maestro impuro. Miedo da sólo el pensar-lo. Mirad que el ser guías y custodios de ángeles exige costumbres angelicales, y tal es la virtud de la castidad. Pedidla a Dios, porque la necesitáis de un modo especial y es don del Cielo.

101. EL LUJURIOSO NO VALE PARA MAESTRO.

(Ampliación.)

1. El lujurioso no es hombre libre, sino un mísero esclavo de la pasión vergonzosa; un abyecto sometido al más feo, deshonesto y despótico de los tiranos; un decapitado, pues carece de voluntad, que es la facultad emperatriz, la cual ha abdicado su cetro vergonzosamente ante la tiranía de la pasión de la carne.

¿Podrá este tal, que no sabe ser hombre, ser maestro?

2. La lujuria oscurece y nubla la razón, que es luz y guía del hombre, y le resta verdad y dignidad, no dejando en el vil esclavo de esta pasión vehemente, perturbadora y embrutecedora, ni pensamiento limpio, ni corazón levantado y noble; pues la razón se ha hecho pasión, el ser racional, libre y soberano, se ha hecho bestia.

¿Valdrá para maestro un ser tan rebajado?

3. La lujuria es enemiga de la vida, pues la acorta, y con frecuencia la enferma y aun quita, y la hace infecunda y estéril, o la transmite a seres escrofulosos, raquíticos, llenos de llagas y sin vigor, dejando en pos de sí un reguero de lágrimas y miserias, después de haberse arrastrado por el mundo con el cuerpo, el alma y el honor cubiertos de infamia. La lujuria es para la vida como la filoxera para las plantas.

¿Qué sería de la escuela con un tal maestro?

4. El impuro y lujurioso es: de niño, un perturbado; de joven, un corrompido; de hombre, un mal célibe o un mal casado; a los cuarenta años, un viejo anticipado, y a los cincuenta, un decrepito que marcha al sepulcro con el vicio en los tuétanos, la podre en la sangre y las llagas y la maldición y degeneración en sus hijos, si los tuvo, y todo lo que él haya tocado y manchado.

¿Qué será de los ángeles a quienes toque estar a su lado?

5. El lujurioso es el animal más inmundo y apestoso, pues mancha y envenena cuanto a él se aproxima. Sus palabras y miradas, sus afecciones y caricias, todo llevará el tinte de la pasión que le domina, y no hará más víctimas de su brutalidad o de su fingimiento que las que pueda. No pongáis junto a él la inocencia, que no será respetada; no se aproxime a él la virginidad, que será desflorada; no le confiéis vuestra amistad y casa, porque allí os cubrirá de oprobio; no os fiéis de sus palabras y juramentos, porque es un ser vil sin palabra, honor ni fe, y no hay mentira, adulación ni engaño, promesa, juramento ni felonía, ni a veces atropello y cohecho que el lujurioso no los repute moneda corriente para el logro de sus fines de seducción y corrucción.

¿A un ser tan inmundo como desmoralizado se le puede encomendar la educación de niños y jóvenes?

6. La lujuria acaba con todo: con la inteligencia y su claridad y prudencia; con la voluntad y su constancia; con la salud, la hermosura, el honor, la paz, la honradez, la hacienda, la vida y la gloria; con la Familia, la Religión, la Patria y la raza: es el desastre de todos los bienes, en esta vida y en la otra.

¿A una tal plaga se podrá encomendar la infancia?

Conclusión: Si queremos hombres libres, razonables, dignos, sanos, vigorosos, honrados, piadosos y útiles para sí, la Familia, la Religión y la Patria, procuremos que educandos y educadores sean castos, que refrenen con la virtud de la templanza la pasión de la lujuria. Juventud corrompida, Religión y Patria perdidas. En esta materia los primeros años deciden de toda la vida.

Quien se crió en las delicias, vivió en el regalo y se sumergió en el vicio desde la adolescencia, «dormirán los vicios con él en el sepulcro».

«¡Oh, cuán amargos son los frutos del deleite impuro!; ¡amargos como la hiel!»

«Los lujuriosos son como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento; la impureza los hace incapaces para conocer las cosas del espíritu»; tienen ceguera espiritual.

Salomón perdió por este pecado la sabiduría. La lujuria y la sabiduría son antitéticas.

(Examínate con prudencia en esta materia, y ten ojo avizor sobre la escuela)

102. MAESTROS CONOCEDORES DEL MUNDO,
EVITAD QUE VUESTROS NIÑOS LE CONOZCAN.

*(Hablamos principalmente del mundo
corrompido de la carne.)*

El mundo es malo y es p^{er}fido; para no ser des-
pués víctimas de él, ¿será bueno dárselo a cono-
cer cuanto antes? No; por las razones siguientes:

1. Hay muchos que se van de este mundo an-
tes de conocerle, bien porque Dios se los lleva,
bien porque entran en un claustro; y hay otros
que viviendo en el mundo, pasan por él sin con-
tagiarse; y de todos modos, cuanto más tarden en
conocerle, menos peligro hay de perderse. Esto
no lo puede olvidar ningún educador.

2. El niño (que no es de escayola) tiene su san-
gre viciada por la culpa y siente propensión a
hacer el mal que conoce, y lo hace casi tantas ve-
ces como lo conoce, por lo cual se dice de él que
la ignorancia y la inocencia van de la mano, y la
ciencia y la culpa, casi también.

3. El conocimiento, pues, del mundo en eso de
las concupiscencias y pecados carnales hace pe-
car a los niños, por ser para ellos una tentación
sin la suficiente resistencia. No tienen aún los
niños el freno de la razón, que es incipiente; ni
el desengaño de la experiencia, de que carecen;
ni el hábito de la virtud, que aún no han adquiri-

do; ni siquiera la fe, con las máximas cristianas, porque tampoco están arraigadas.

4. Y en cambio, se va el niño en pos de lo desconocido, de lo misterioso, de lo que otros hacen, de lo que los libros o personas le pintan, de lo que él sueña y de aquello a que la inclinación le atrae; y como no es ángel ni hombre hecho y derecho, sino un ser insubsistente, todo curiosidad, sensibilidad y placer, al conocer el mundo corrompido, corre peligro de hacerse mundano y corrompido como él.

5. Y en el caso que, bien la casualidad, bien la naturaleza, bien la malicia del amigo, vecino, etcétera, hagan necesaria la intervención del educador, ¿qué hará este? Intervenir con discreción, parquedad y cautela, y si el maestro puede declinar esta misión en la madre o en el padre, hágalo.

6. En tal caso, hay que hacer frente al anemigo, que ya no se oculta, sino que se presenta, y el padre o madre, o quien haga sus veces, pintará:

- 1.º El horror al pecado y sus funestas consecuencias, que a veces podrá hacer más sensibles con los ejemplos.
- 2.º Exhortará al educando a no dejarse llevar del mal ejemplo.
- 3.º Le ayudará con los Sacramentos de la Penitencia y Comunión y el auxilio de los Santos, a quienes invocará.
- 4.º Y sin asustarle, procurará que tome asco y repugnancia a toda acción indigna y se aparte de toda ocasión que le incite a pecar.

¡Oh inocencia, inocencia! Cuántas veces desapareces antes de conocer lo que vales! Cuántas veces se reproduce la escena de Adán, Eva y la serpiente en el Paraíso, y tras de la gracia bautismal, que hace amigos de Dios, viene la culpa, que hace amigos del Diablo!

Y ¡vergüenza da decirlo e indignación al verlo! pero es tampoco el respeto que hoy se tiene al niño y su inocencia, que en calles y plazas, en comercios y teatros, en periódicos y revistas (que a veces pagan los padres) se habla, expresa, representa, dibuja y escribe como si no hubiera niños y el mundo fuera un amplio lupanar.

Maestros, tened en cuenta que este mundo corrompido y corruptor os pide que salvéis lo que él pervierte, y si no, os censura.

103. EL MAESTRO EDUCADOR EN LUCHA CON LA IMPUREZA.

1. Qué haremos con la pasión desenfrenada de la impureza, causa de tantos y tan graves males, que no bastan palabras para execrarlos y condenarlos? Refrenarla y contenerla; mas ¿cuándo, cómo y con qué medios?

2. *¿Cuándo?* La lujuria (como otras pasiones) debe comenzar a refrenarse y contenerse desde la infancia y la juventud. Es necesario que en esta edad haya castidad, pureza, dominio de las pa-

siones, decoro, vergüenza, temor de Dios y del porvenir; pues en el principio de la vida se echan los cimientos del porvenir, y en las ideas, sentimientos y costumbres de los primeros años va el germen de los posteriores, como en la semilla se contiene la planta y el fruto del árbol.

3. Aprendamos de aquí lo que significa una buena o mala educación: es el germen del bien o el mal en los años maduros. Si el educando, de niño y joven, no es alma y energía, continencia y virtud, después no será sino carne, debilidad, incontinencia y vicio. Perdida la juventud, todo se ha perdido, incluso la esperanza. Salvémosla, pues, si no queremos ser del número de los perdidos y sin esperanza de remedio.

4. *¿Cómo se refrenará la lujuria?* Resistiéndola, pero con resistencia *pronta, enérgica, total y constante*. Pronto, como se sacude el ascua que cae sobre el vestido; *enérgicamente*, rompiendo con todo lo que sea ocasión de pecado; *con resolución*, mortificando, si es preciso, la carne rebelde; *totalmente*, esto es, que ni en pensamientos ni en palabras ni en obras admitamos parlamentos de la lujuria en ninguna de sus formas; y *constantemente* o mientras dure la vida, pues, aunque hay períodos de la vida más peligrosos, en cualquiera podemos ser tentados y caer, y hay que prolongar la lucha mientras dure la batalla.

5. *¿Con qué medios?* Con todos los medios que

nos proporcione la pasión, la razón y la revelación. La pasión del mal se vence con la pasión del bien; al corazón solicitado por el amor carnal, se opone el corazón enamorado, disciplinado y educado en el amor de la pureza. La razón opondrá a las demasías de la carne los grandes motivos que tienen para no dejarse llevar de ella, algunos de los cuales se han mencionado ya.

6. La educación cristiana nos dice que a este enemigo, el más tenaz y pegajoso, se le vence practicando lo contrario de lo que pide: contra la carne rebelde, la razón mandándola; contra la anchura y holgura de los sentidos, la mortificación de éstos y de todo cuanto favorezca al enemigo; contra los encantos del vicio, la presencia de sus funestas y horribles consecuencias; contra las locas alegrías de una carne sobrada, la contrición, el ayuno y la maceración; contra la soberbia e impiedad, compañeras inseparables de la lujuria, la humildad, la oración y los Sacramentos, y entre éstos, el del *Pan de los Angeles y de las virgenes*, que es la Eucaristía.

Ayuda mucho en estas luchas de la carne el no asustarse ni turbarse, sabiendo que no peca no queriendo, y que aquel es mejor soldado que está más sereno en el combate.

(Examínate, pero de modo que el examen no sea para ti ocasión de pecado.)

104. MAESTROS, CULTIVAD LA VERGÜENZA Y
EL DECORO.

1. Partes de la templanza son la vergüenza y la honestidad o decoro, que son como dos reparos y dificultades que defienden y dos custodios que guardan aquella preciosa virtud de la rectitud y moderación de la sensualidad.

2. Dichosamente, Dios ha puesto estos dos sentimientos en la infancia y en la juventud, y en la mujer, ser más delicado que el hombre, son más vivos y poderosos.

3. Los maestros que saben educar, cultivan dichos sentimientos y se sirven de ellos para estimular a todo lo decente y bueno y apartar de todo lo que es vergonzoso e indecoroso.

4. Jamás cometáis, ¡oh educadores!, el despropósito de hacer perder la vergüenza, esto es, el rubor y miedo que produce la acción torpe o indecente; pues, perdida la vergüenza, ya no queda más que el palo, y habréis convertido al hombre en bestia y al educador en domador. ¡Qué vergüenza para maestros y discípulos.

5. Y de la *honestidad*, ¿qué diré? Que honréis lo que es digno de honor sempiterno, y tal es todo lo honesto, y de modo especial la virtud opuesta a la voluptuosidad.

6. Cuando hay honor y decoro hay decencia y hermosura moral en el sujeto, y la concupiscencia

de la carne halla freno poderoso dentro del que sùfre la pasi3n; pero si faltan el decoro y la vergüenza, no hay bestia que iguale a la bestia humana.

(Examínate en esto como hombre y como educador)

105. EL MAESTRO Y LA MAESTRA

HAN DE SER MODESTOS EN EL VESTIR.

El adorno principal de la mujer ha de ser interior y el exterior debe ser su complemento.

1. ¿Cómo predicas contra el lujo tú, que en la aldea has enseñado a vestir a lo parisién, con toda la inmodestia de una mundana y toda la ridiculez de un guacamayo o mona de feria? Si no eres siquiera persona seria, ¿cómo pretendes ser maestra?

2. Mala es la embriaguez del hombre y malhan el maestro y el padre que frecuentan la taberna; pero ¿acaso es menos funesto el lujo en el vestir, que hace de la mujer una maniquí de la moda, de la bolsa un pozo air3n, de la moralidad una exposici3n tentadora, y del buen nombre un *quiza sea lo que parece?*

3. La limpieza, el aseo, la sencillez y la gracia, la pulcritud y la honestidad, la cultura y educaci3n cristiana a todos gustan, encantan y ena-

moran; pero el lujo y la inmodestia, la vanidad y frivolidad, el deseo de aparentar y sobresalir en trapos, colores y adornos, disgustan, desencantan y alejan a los hombres de sano juicio y rectos pensamientos de tales escaparates y globos henchidos de viento.

4. No hay cosa más cara ni más ridícula que una mujer dada a lujo; tampoco la hay más expuesta a la lubricidad. Considerad este vicio en una maestra, y tenedla por la mayor calamidad para vuestras hijas y para todo un pueblo.

5. Y no sirve que la maestra, por ser *urbana*, diga que en la ciudad aquel su vestir es lo corriente; porque ella (si enseña a aldeanas y no a ciudadanas) a aquéllas y no a éstas tiene que enseñar a vestir y a vivir. Cuiden las Escuelas Normales de precaver este daño; miren que la mayor parte de sus alumnas serán maestras de pueblo, y no está bien que ante él merezcan el título de monas de Francia, parisinas de tercera o cuarta clase, etc., etc.

6. Maestros de uno y otro sexo, tened seso; educadores de niños y niñas, tened juicio; sois, por vuestra posición, superioridades intelectuales y morales; no caigáis en el ridículo; estáis llamados a formar los hombres y mujeres del porvenir; no hagáis maniqués de la moda. Sea vuestro traje decente, serio, honesto, sencillo, limpio y gracioso; pero jamás indecente, ridículo, inhonesto, complicado, sucio ni desgarbado.

In medio consistit virtus: todos los extremos son viciosos, y no es virtuoso el que cultiva excesos.

(Examináte, a ver si pecas por exceso o defecto en eso del vertir.)

106. MAESTROS, CUIDADO CON LAS MODAS.

(Insistiendo.)

1. Los maestros, y sobre todo las maestras, vistan con modestia y obliguen a tenerla a sus discípulas.

2. Humildad, decencia, pudor y sobriedad son virtudes dignas de todo aprecio; considerad lo que será el lujo y la inmodestia en el vestir, con lo cual esas virtudes se destruyen o merman.

3. Muchas y muy grandes son las razones de vestir con modestia:

Por respeto de sí misma (mujer sin pudor ni vergüenza no es mujer); por caución y defensa de sí misma (donde se pone tienda, todos entran; a quien hace alarde de impudor, cualquiera se atreve a decirle desvergüenzas); por respeto a la moral y decoro social (pues a los buenos hace llorar y a los flacos hace caer), siendo anzuelo de Satanás para pescar almas y corromperlas; por el nombre cristiano que lleva y las virtudes cristianas que pisotea; para no dar saltos atrás, resu-

citando los pecados y vicios sociales del gentilismo; para no ser comidilla y chacota de los mismos mundanos y leña y fuego para el infierno; para todo esto y por todos estos y otros muchos motivos, deben las mujeres ser sencillas y decentes en el vestir.

4. —¿Y si la moda impone el escote?—No hay moda que pueda imponerse a la Ley de Dios.—¿Vamos a ir al teatro, paseo, etc., vestidas de monjas?—No; pero tampoco de rameras.

5. Hay en la mujer el deseo innato de agradar, que, exagerado, llega a ponerla en ridículo y le trae graves daños y peligros, pues por el afán de ser vista, busca los paseos, teatros, bailes, etcétera, más concurridos; y envidia, emula y quiere singularizarse en el vestido; y gasta tiempo, dinero, salud y tranquilidad en su adorno; y arruina a veces la casa, y se hace ligera, frívola, murmuradora y holgazana, perdiendo la afición a toda cosa seria y a todo ejercicio severo de religión y piedad.

De aquí a ser mundanas y escandalosas sólo hay un paso, y a darle les ayudan los pasos en que andan y las gentes con quienes tratan.

6. Remedios contra este mal:

1.º No fomentar la vanidad desde pequeñas con vestidos pomposos, alabanzas indiscretas, idolatrías domésticas.

2.º Que vean sencillez y modestia en la madre, hermana, maestra, etc.

3.º Que se persuadan haber nacido para algo más grande que idolatrar su cuerpo.

4.º Que amen con todo su corazón a Jesús y María y se tallen en tales espejos, en vez de pasarse las horas mirándose en el de cristal y azogue.

5.º Que tengan ocupación seria y constante y hasta alguna cosa que les preocupe más que vestir con lujo y mirarse la cara.

La mujer frívola y vana no es apreciada por el hombre serio, ni merece serlo.

(Examínate.)

105. EL MAESTRO SEA HOMBRE Y LA MAESTRA MUJER: NO CONFUNDAMOS LOS SEXOS.

1. Maestros, sea lo que quiera en otros órdenes de la vida, en la educación hay que respetar la naturaleza y no confundir los sexos. El maestro, pues, que educa niños, hágalos hombres, y la maestra que educa niñas, hágalas mujeres.

2. No troquemos los papeles, no confundamos en la escuela lo que Dios y la naturaleza distinguen, no hagamos de los niños hembras y de las niñas marimachos; que esto repugna; hágalo quien lo haga

3. ¿Qué diríamos de una maestra que tuviera movimientos, actitudes y desenvolturas de hombre, miradas audaces, risas estentóreas y desenfados de un joven desaprensivo, audaz y de

mundo? Que en tal maestra se equivocaron el sexo y la profesión

4. Y es que si repugna el hombre mariquita, no repugna menos la mujer sargento. Sea lo que quiera de otros países, en el nuestro no se reputa bien educada la mujer que no es modesta y recatada. Y en el dogma cristiano, ¿qué artista se atrevería a pintar una virgen en traje de amazona o de parisina, según la última moda?

5. El rubor y el pudor, que nacen del sexo, se nutren en la familia y cultivan en la escuela cristiana; son la antítesis del descaro e impudor en el mirar, vestir, hablar y en el porte todo de la mujer macho, de la hembra hombruna.

6. Nuestras grandes mujeres, como Santa Teresa, D.^a Beatriz *la Latina* e Isabel la Católica, nada tenían de híbridas, y siendo mujeres perfectas de gran recato y pudor, llegaron a ser grandes figuras. No cambiemos el ideal y la historia, no desconozcamos en la escuela las diferencias que nacen del sexo.

Si alguna vez en aldeas, por no tener sino una escuela, asisten a ella niños y niñas, tengamos esto como una necesidad, pero no como un ideal: el maestro eduque hombres y la maestra mujeres, y únicamente en los párvulos deben ser preferidas las maestras a los maestros, y también, cuando la necesidad lo ordene, en las escuelas mixtas.

108. EL MAESTRO, ¿SERÁ VARÓN O HEMBRA?
¿SOLTERO O CASADO CON PREFERENCIA?

1. Hemos dicho en otro lugar que, por regla general, conviene que sea varón el maestro de los varones, y mujer la maestra de niñas y párvulos, y si se trata de escuelas mixtas, preferimos las maestras, porque la mujer, aun sabiendo menos, educa más y mejor, y suele ser más honesta y pudurosa, más temerosa de Dios y piadosa, y en ciertas materias, más perpicaz, celosa y vigilante.

2. Como cada sexo tiene su modo de ser, su temperamento, actitudes y tendencias, según sus respectivos fines, la razón dice que el educador se adapte al modo de ser del educando para ayudarle; parece lógico que a los niños los eduquen maestros y a las niñas maestras.

3. Pero como niños y niñas nacen de mujer y se crían al lado de la mujer, los párvulos (y tales considero a los niños menores de diez años) deben encomendarse, siempre que se pueda, a mujeres, que tienen más de parvulistas y madres que los hombres, y más concurriendo a dichas escuelas niñas y niños.

4. Sobre si la maestra conviene que sea casada o soltera, digo que soltera, ya que no sea viuda o casada sin hijos; pues la casada que es madre, ya en la gestación, ya en el parto, ya en la lactan-

cia y cría de los hijos, no puede ser maestra sin faltar al oficio de madre. Esto, aparte de otros inconvenientes para la educación de las niñas. Prácticamente, son muchas las maestras solteras, y he leído que en Iglatera les dan un sueldo mayor que a las casadas. Pero el celibato no es de obligación.

5. Y el maestro ¿deberá ser casado o soltero?

El maestro siga su vocación y cásese, si no tiene vocación de célibe.

Alguno ha dicho y escrito la tontería (de que está llena la Pedagogía anticristiana) que quien no es padre, no puede educar, porque no puede sentir lo que son los hijos. Pero a éste habría que decirle: 1.º Que casi todos los maestros y maestras lo son antes de ser padres. 2.º Que, después, son acaso solteros o casados sin hijos más de una tercera parte, y a todos habría que decirles que no valían para educar, por no ser padres. 3.º Al contrario, los maestros que tienen más hijos que los del alma, pueden dedicarse más por entero a ellos; no así los que están solicitados con los mil cuidados, apuros y necesidades de la familia carnal. 4.º Que no saben los que así desbarran el amor que cabe en un corazón virgen y exento de todo otro amor que no sea el de la escuela y de los hijos del alma, que son los discípulos.

(Examínate a ver cómo piensas y obras, y si la familia no te estorba para ser de tus educandos en cuerpo y alma, da gracias a Dios; y si la familia te preocupa,

cuida no te absorva de tal modo el corazón, tiempo y dinero que en nada pienses sino en ella, dejando sin amor ni cultivo a los hijos espirituales que Dios y la patria te han encomendado)

109. EL MAESTRO EDUCADOR Y LAS DISTRACCIONES CULTAS.

1. El hombre no ha venido a este mundo para divertirse, sino para trabajar; pero la diversión que, siendo honesta y moderada, repare las fuerzas y prepare para trabajar con nuevos bríos y contento es aceptable, y más si el alma se enriquece holgando, verbigracia con la lectura de:

La Historia, maestra de la vida. Buena es, cuando no es maestra de la mentira, lo cual es tan frecuente que De Maistre pudo decir que la Historia hacía tiempo que era una conspiración contra la verdad. Elijan, pues, y tengan acierto.

2 *Poetas*. Recrean y, siendo escogidas, mejoran; pero si son realistas, sectarias, voluptuosas o impías, hacen daño aun a los escogidos.

Comedias. Por lo que tienen de trama, enredo, amoríos, engaños y seducciones, causan daño a los jóvenes, y habiendo otros libros más útiles, lo mejor será dejar los de comedias para los cómicos y holgazanes.

3. *Novelas*. Entre ciento hay una que pueda leerse, y aun esa podrá dañar a jóvenes de viva

imaginación, fogosas pasiones y corazón ardiente, si el fondo es la atracción de los sexos, que es lo ordinario.

4. *Libros en general.* Lee pocos y selectos, y no leas los que están prohibidos por la Iglesia o deben estarlo por el Derecho divino. Y si tienes licencia para leer alguno de éstos por necesidad de tu cargo o carrera, custódialo bajo llave para que no le lean quienes no están para ello autorizados ni preparados.

5. *Periódicos.* Léalos el que de ellos necesite, y tú no leas sino uno, el que necesites, y que ése sea bueno. La generalidad hacen perder el tiempo, menguan la fe, siembran la duda, son de secta o de partido, y acaban por enseñorearse del lector asiduo hasta convertirle en repartidor y lacayo suyo.

6. *Teatros.* El libro, la novela, la poesía, la pintura y a veces la música se juntan con la representación y acción, y ejercen una influencia honda e irresistible en los espectadores. Lo mejor es no frecuentarlos, y cuando a ellos se asista debe saberse si puede o no oirse y presenciarse la función.

Aun los teatros de colegio, habiendo papeles para diferentes sexos, o acción escabrosa, o llevando mucho tiempo y distrayendo del estudio, son poco pedagógicos; pero si con breve preparación se presentara una materia instructiva y educadora, no se perdería el tiempo, y antes se

grabaria para siempre en la mente de los niños la enseñanza.

110. MAESTROS, LA OBRA DE LA EDUCACIÓN ES OBRA DE MORTIFICACIÓN O DOMA DE LAS PASIONES.

1. Hay en nosotros, chicos y grandes, una naturaleza en la cual se halla el germen de todos los vicios y el fómite de todas las pasiones, y contra esa naturaleza caída y degenerada, en lo que tiene de mala y torcida, hay que luchar desde la cuna al sepulcro, según se ha dicho.

2. Esto significa la palabra *mortificación*: dominar, refrenar, matar o amortiguar esas malas tendencias. La palabra *mortificación* es la traducción de éstas del Evangelio: «Los que se hacen violencia son los que conquistan el reino de los Cielos.» «Hay que crucificar nuestra carne, con sus vicios y concupiscencias.» «Hay que llevar en nuestro cuerpo la *mortificación de Cristo*.» *Hay que abrazar la Cruz y seguir a Cristo*

3. Para esta ruda y perdurable batalla consigo mismo es menester prepararse, reconociendo que hay que vencerse, resolviéndose a hacerlo y perseverando hasta conseguirlo. A menos costa no hay educación de sí ni de otros, no habrá paz ni habrá gloria.

4. Muchos son los educadores o que por tales

se tienen; mas ¿cuántos hay que entiendan en qué consiste lo más esencial de la educación y adopten los medios relacionados con ese fin? Ser dueños de sí mismos y no esclavos del pecado o las pasiones, ser dueños de hacer lo que se debe, después de conocer cuál es el deber, y estar dispuestos a todo antes que faltar a él, éstos son los hombres ideales y los cristianos perfectos, éste es el fruto de una buena educación.

5. Y como la concupiscencia va en la sangre, desde niño se siente y desde niño ha de contenerla el educador. El amor propio, el egoísmo, la independencia, el orgullo, la obstinación y petulancia, la soberbia y la arrogancia y, en suma, la satisfacción plena y universal de la propia voluntad, la gula, el ocio, la tendencia a los placeres, todo esto, que al llegar a la juventud estalla y asusta a los padres, ¿quién se lo ha enseñado? Lo llevaban ellos en la sangre, y como no lo conocisteis no lo corregisteis, sino que lo fomentasteis con vuestras complacencias y descuidos, y ahora lloraréis vuestra ignorancia y torpeza.

6. Maestros, también vosotros sois padres y educáis hijos e hijos del pecado, que, pareciendo angelitos, pueden fácilmente tornarse diablos; estudiadlos y, según la tendencia de cada uno, contenedlos; al principio es cuando se debe corregir, antes que el hábito dificulte la enmienda.

Buenos son los actos exteriores del culto y no son malas las formas de una fina educación; pero

lo principal no es eso, sino la *formación del hombre interior*, el dominio de sí mismo, la victoria contra el pecado y las pasiones malas; todo lo cual exige prudencia, justicia, fortaleza, moderación y constancia, que es la fortaleza de los invencibles y santos.

111. EL MAESTRO QUE ES DUEÑO DE LAS PASIONES VIVE EN PAZ Y ES DICHOSO.

¿Qué es la paz? Responde San Agustín: «Es la serenidad de la mente, la tranquilidad del ánimo, la sencillez del corazón, el vínculo del amor, la concordia de la caridad.»

1. *Serenidad de la mente* o cielo despejado tiene en su mente el que no admite malos pensamientos, juicios temerarios, sospechas injustas ni malignas interpretaciones. La paz exige serenidad.

2. *Tranquilidad de ánimo*, o no dejarse turbar ni por el pasado, ni por el presente, ni por lo futuro: lo pasado mal hecho démoslo por bien borrado, si tal es el juicio del confesor; en el presente, para que no nos turbe, pongamos atención y diligente prudencia; y del porvenir no nos preocupen males que acaso no vengan, ni desatendamos el cumplimiento de nuestros cargos pensando en otros mayores. La paz exige tranquilidad.

3. *Simplicidad de corazón* tiene el que todo lo ve con el ojo de la fe, y es recto y sincero ante Dios y los hombres. La paz es opuesta a la ficción o simulación y amiga de la sinceridad y rectitud.

4. *Vínculo de amor* es la paz cuando se ama en cristiano, no excluyendo a nadie, ni aun al más enemigo, de ese cariño. La paz es incompatible con el rencor, prevención y odio contra el que nos ofendió.

5. *Concordia de la caridad* entre los que viven en comunidad o conviven unos junto a otros, y tal es la que con el pensamiento, corazón, boca y obra procura ayudar, consolar y animar al prójimo.

6. Después de la gracia de Dios, no hay bien más recomendable y grato que el de la paz, que David recomienda: «Busca la paz y persíguela»; los ángeles cantan: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»; Jesucristo encomienda a sus misioneros: «En la casa donde entréis decid ante todo: Paz a esta casa», y al aparecerse resucitado a sus discípulos, los saluda diciendo: «La paz sea con vosotros»; lo cual repite la Iglesia con el Cuerpo del Señor en la Misa diciendo: «La paz del Señor sea siempre con vosotros.»

Y no olvidéis que para tener paz en vosotros no hay como huir de la destemplanza y practicar toda virtud.

(Examine.)

112. EL MAESTRO SEA EN TODO MODERADO Y
RESPECTUOSO.

Respeto a Dios, respeto a sí y respeto al niño; estos tres respetos son los que hacen respetable al maestro.

1. Hay que respetar a Dios y sus leyes, respetarse a sí y sus deberes y respetar a los demás en sus derechos y dignidad: si falta el respeto, la religión, la moral y la sociedad se vienen al suelo. Considerad lo que sería del respeto con un maestro ebrio, bailarín o deshonesto.

2. Hay que respetar a Dios, nuestro Padre, Legislador, Juez y Amigo; respetar a Jesucristo, que es el Dios visible y palpable que nos enseña y redime; y respetar a la Iglesia, Misionera de Cristo encargada de proporcionarnos los medios de instrucción y salvación hasta el fin del mundo. Sin el respeto a Dios, no hay amor ni temor, garantía ni base para el respeto del hombre. Cada cosa en su punto y Dios sobre todos, empezando por el que manda.

3. Hay que respetarse a sí mismo, reconociéndose hijo de Dios y redimido con su Sangre divina, cuya dignidad está por encima de todas las coronas y honores de la tierra, y respetar su propia carne y su conciencia, en la cual está escrita por mano de Dios la ley social; respetar el amor

de la familia, escuela modelo del respeto, la obediencia y el amor para con sus semejantes.

4. Hay que respetar al niño, tan hijo de Dios como el grande, y por su endeblez más digno de respeto y protección, y hay que respetar los derechos de la familia, que al entregar el hijo al maestro no renuncia a la paternidad, que es un derecho y deber inalienable, sino que por algunas horas delega su autoridad en la *escuela, que es paternal antes que municipal y nacional.*

5. Hay que influir y persuadir el respeto de clases entre los que mandan y los que obedecen, entre los pobres y los ricos, entre capitalistas y obreros, pues de otro modo se desquicia la sociedad.

6. Todo hombre, por ser hombre, es digno de respeto; todo pobre, por ser pobre, tiene algo de Cristo y merece el respeto, además del socorro; todo trabajador, por ser trabajador, tiene derecho a vivir, participando en una u otra forma de las utilidades del trabajo, y todo propietario, por ser propietario, tiene derecho a que se le respete y no se le robe ni conspire contra la propiedad. El maestro, conocedor de la ley del respeto, la enseñará e inculcará en sus alumnos, empezando por ser él *un modelo de respeto.*

Mil cosillas permitidas a otros serían mal vistas en el maestro, modelo y ejemplar de templanza, etc., etc.

(Examine.)

113. EL MAESTRO QUE SABE RESPETARSE Y
RESPETAR AL NIÑO NO ES CRUEL, SINO CLE-
MENTE, MODERADO Y JUSTO.

1. La clemencia es una virtud moderadora de las penas justas, movida por la dulzura, mansedumbre y humanidad.

2. Maestro, no abuses de tu potestad ni alardees de tu rigor, modera más bien tu ira al pensar y tu poder al exigir el cumplimiento de los castigos, aunque sean justos. Ganan más almas la dulzura y benignidad, la suavidad y clemencia que la áspera dureza y el rigorismo cruel.

2. Pero cuida que la clemencia sea sin detrimento de lo que dictan la razón y la justicia; para lo cual usarás de aquélla atendiendo a las circunstancias del hecho, de las personas, causas, modos y efectos. El maestro que pretende ser clemente sin ser justo, ni es clemente ni justo, y no conseguirá tener disciplina en su escuela. De los maestros bondadosos abusan fácilmente los alumnos; sé bueno sin ser bonachón.

4. Sé justo y clemente a la vez, y no seas cruel o propenso a imponer castigos atroces, ni aun por delitos verdaderos, ni te goces en el aumento de las penas, mostrando que tienes ánimo cruel. La crueldad desdice de un maestro.

5. Y más desdice aún la fiereza que se deleita en atormentar sin justicia. Jamás seas fiero con

tus educandos, porque la fiera es una pasión propia de fieras y opuesta a todo sentimiento de humanidad, justicia y clemencia.

6. Examen. ¿Cómo entiendo yo la clemencia? Abuso de mi autoridad? Alardeo de mi rigor al castigar? O por el contrario, ¿dejo en el arroyo mi autoridad por la excesiva benignidad, de la cual abusan los discípulos? ¿Soy cruel en los castigos que impongo o en el rigor con que los exijo? ¿Soy acaso fiero al castigar, dejándome llevar de la ira?

Modérate en todo e inclínate más bien a la clemencia que a la dureza y crueldad.

114. EL MAESTRO Y EL TABACO.

1. El uso del tabaco lo aprendieron los cultos europeos de los salvajes de América, y ha llegado a ser un vicio que, no por estar generalizado, deja de ser censurable, y de modo especial en el maestro y los educandos.

2. El fumar, en sí, no conduce a ningún fin necesario ni útil de la vida; es un placer sin otro fin que el placer mismo; y esto ya no es virtud, y considerado en sus efectos mucho menos, pues quema la hacienda, disminuye la libertad, acorta el trabajo y (según los higienistas) la vida, y enseña a los pequeños a imitar a los mayores, con grave perjuicio de aquéllos.

3. ¿No es lástima quemar fumando un capital, que en cada familia satisfaría muchas y verdaderas necesidades, y sumado el de todos los fumadores de una nación, bastaría para cubrir holgadamente los presupuestos de Instrucción, Guerra y Marina?

4. ¿No es ridículo ver a un hombre serio y libre de tal modo atado con cadenas de humo de tabaco, que no se atreve a romperlas, él que las echa de muy hombre, entero y valiente? ¿Y no es triste ver a un tal hombre ponerse de mal humor cuando el tabaco le falta, hasta hacerse insufrible para los que le rodean, que a veces son la mujer y los hijos con hambre y sin ropa ni luz, por faltar el dinero?

5. Y no es esto sólo, sino que, por fumar, el maestro entra tarde y sale pronto de la escuela, y hay algunos que convierten ésta en fumadero, sin reparar en el respeto que al lugar, al cargo y a los niños se deben, dando a los educandos un mal ejemplo y desprestigiándose ante ellos para reprenderlos si acaso fuman, lo cual no es raro.

6. Alguno de estos maestros, poco mirados y menos exquisitos, dirá: Si los padres fuman ante sus hijos y medio mundo ante el otro medio, ¿qué adelanto yo con privarme de fumar y reprenderlo? Adelantes o no, cumple con tu deber y no te hagas cómplice ni cooperador de faltas ajenas. Tú debes ser el hombre modelo, y no uno de tantos como escandalizan en más o en menos; tú sa-

bes que en naciones cultas se prohíbe fumar y aun vender tabaco a los jóvenes, por el daño que a la juventud causa el tabaco; obra, pues, según ciencia y conciencia, y no según abandono, incuria social y negligencia de padres y Estados adanes.

(Examinate sobre este particular como hombre, jefe de familia y maestro modelo; respeta la escuela y no fumes en ella.)

115. EL MAESTRO (Y EL QUE NO LO SEA) HA DE ESTAR SIEMPRE OCUPADO PARA SER BUENO.

El Magisterio es oficio de trabajo incesante por multitud de razones:

1. Porque es obra de vocación, que expresa el modo de ser de Dios, puro acto, incesante trabajo, pues está siempre dando a todas las cosas el sér, vida y movimiento.

2. Y como Jesucristo, quien en su Iglesia ayuda, ilumina, enseña, excita, consuela e intercede con su Padre, siendo Juez después de nuestra muerte, y premio o castigo tras del juicio. Y en su vida mortal, ¿no trabajó incesantemente?

3. ¿No es ley de la creación el trabajo? Dios colocó a Adán para trabajar la tierra, y sin trabajo no hay pan, paz, ciencia, virtud ni santidad, mérito ni salud. Por algo se ha dicho que la ocio-

sidad es madre de todos los vicios (y por eso ponemos aquí el trabajo como remedio contra la sensualidad).

4. El *siervo* nace para el trabajo, el *pastor* para apacentar y cuidar, el *doctor* para instruir y enseñar, el *administrador* para proveer y administrar, el *sembrador y agostero* para sembrar y segar, y así de todos los oficios, a los cuales el de maestro se asemeja.

5. El trabajo es útil para no pecar y para satisfacer por haber pecado, para adquirir méritos y aumentar gloria, y, en suma, para *vivir con gusto, santidad y fruto*.

6. No hay medio de hacerse querer de Dios y de los hombres, sino ser trabajador, honrado y virtuoso en todo cuanto se hace o trabaja.

No hay mejor medio para domar las pasiones y ser hombre y no calamidad, que el trabajo bien ordenado. Y así, aunque el trabajo puede colocarse en la prudencia, por ser medio para prevenir la miseria, y en la justicia, por ser el precio de un sueldo, y en la fortaleza, por exigir esfuerzos, hemos preferido tratar de él en la templanza, por ser el medio de evitar la ociosidad, madre de todos los vicios, y especialmente de la sensualidad.

(Examine.)

116. MAESTROS, NO OLVIDÉIS QUE LA OCIOSIDAD ES MADRE DE TODOS LOS VICIOS; TRABAJAD Y HACED QUE TRABABEN RICOS Y POBRES.

1. El hombre ha nacido para el trabajo y no para la ociosidad, y así el holgazán, el hombre que sólo piensa en divertirse, ni es hombre ni vale para formar hombres.

2. Claro que toda ocupación, por agradable que sea, cansa, y hay que variar; que todo camino, por suave que esté, fatiga; que la más bella tocata, en fuerza de repetirse, fastidia; ¿cuánto más fastidiará un trabajo serio, que obliga a gastar las fuerzas del cuerpo y del alma? Conviene, pues, tras el trabajo, el descanso; tras las ocupaciones serias, alguna diversión o distracción para volver a trabajar con nuevos bríos.

3. Pero nacer en la abundancia, crecer en el mimo, educarse en el placer, vivir en la holganza, dedicarse a buscar sitios y distracciones que emocionen, o pasarse la vida riendo, jugando, charlando, leyendo periódicos o novelas, amartellando, etc., es trocar los frenos y hacer de la vida, no la palestra de la actividad y la virtud, sino el lugar del placer y el jolgorio.

4. Y con esos seres, tan inútiles como costosos, tan corrompidos como ociosos, tan escandalosos como derrochadores, no es posible que ha-

ya sociedad bien ordenada, moral, fecunda ni pacífica, sino una pocilga de Epicuro más o menos decorada, un hato de cerdos que esperan un amo que los degüelle, barra o fustigue.

Oídlo: hay centros que llaman de enseñanza donde sólo se enseña prácticamente que la vida se ha hecho para que los ricos gasten y los pobres suden.

5. Maestros, inculcad amor al trabajo y odio a la ociosidad, y ya que los niños aman el juego, dádselo como descanso y también como ocasión o motivo de enseñanza, y así haréis de necesidad virtud; pero nunca quitéis a los niños sus juegos infantiles, por otros que, aunque sean más ilustrados, tiendan a hacer de los niños hombres. Cada cosa en su tiempo.

6. Ni tampoco consintáis que el niño piense que la vida es juego, y en él ponga todos sus afanes e invierta todo su tiempo. El descanso y la expansión es para volver a trabajar con sujeción a plan y disciplina, no a capricho y mientras el niño quiere, sino bajo la ley del educador y maestro.

(Exáminate.)

117. EL MAESTRO, EL TRABAJO Y EL DESCANSO.

1. Tan natural es al hombre el trabajar como al pez el nadar y al ave el volar, y nada hay más

opuesto a la salud, moralidad, honor, libertad y riqueza de hombres y pueblos que la ociosidad. Dios nos hizo para el trabajo, antes del pecado y después del pecado; y el ocioso que se coloca fuera de esta ley natural y divina, es un zángano de la colmena social y un sér apto para todos los vicios. Maestros, de niños faltos y holgazanes salen los granujas y ladrones. ¡Ay del que se tuerce de niños si no lo enderezáis!

2. Si es necesario el trabajo, también lo es el descanso, y por lo mismo que uno y otro es ley de humanidad, ha fijado la proporción de los dos el autor de la naturaleza: «Trabajarás seis días y el séptimo descansarás.»

La ley de la semana es divina y humana. La ha dado Dios clavándola en las capas de la tierra por los días genesiácos y grabándola en las Tablas de piedra de la Ley, y ha hecho que la humanidad sancione con sus leyes y costumbres, triunfando de la ignara Revolución francesa con sus *décadas*, de la insaciable avaricia burguesa y de la pretendida libertad del trabajo que pregonan los actuales comerciantes en papel y letras.

3. Hay un día, día entero, día bendito, día del Señor (domingo), día de todos, en el cual no hay siervos del trabajo, sino señores y dueños de sí mismos; que si en colectividad trabajaron, en colectividad descansan, en comunidad oran, cantan, ríen, se alegran y se reconocen hombres y

hermanos. Que en los días festivos acompañe el maestro cristiano a sus discípulos a los actos del culto.

4. Señores alquileres, explotadores y legisladores del trabajo, de la riqueza y la libertad, la ley del trabajo y del descanso es divina, y fuera de ella no se puede legislar ni pactar. Ya lo sabéis, educadores políticos y sociales, legisladores y escritores: no hay derecho a la libertad explotadora del trabajo ajeno a perpetuidad ni a continuidad, como no le hay a la libertad (a cualquiera cosa llaman hoy libertad) tabernera, matona, taurómaca, chulapera, populera, trasnochadora y corruptora, sea por la pornografía del periódico, la novela, el *cine*, el teatro, baile o cualquiera otro espectáculo que enerve, embrutezca y degrade al hombre, haciéndole más bestia y menos racional.

5. Maestros y educadores, educar en la ociosidad es ir contra la ley de Dios y la naturaleza: ningún desocupado voluntario tiene derecho a comer; ningún empleado que va a su oficina, o sólo va a leer periódicos, fumar y charlar, tiene derecho a cobrar. Y lo mismo el maestro que falta a la clase o en la clase no trabaja, sino que pierde y hace perder el tiempo a 40 o 50 niños, faltando a toda justicia y causando un daño incalculable a sus discípulos y a la sociedad. Más le valiera no haber nacido.

6. Maestro, examina (tú que examinas y juz-

gas a los demás) cómo piensas sobre el trabajo y la ociosidad, sobre el trabajo semanal y el descanso dominical y, sobre todo, cómo cumples lo uno y lo otro.

118. EL MAESTRO Y EL MODO DE TRABAJAR.

1. Si quieres que tu trabajo sea *fecundo*, procura que sea ordenado. Distribuye el tiempo, ordena las ocupaciones, ten plan y régimen, y que ellos manden, y no el capricho ni las circunstancias eludibles. Las diferencias de hombre a hombre, de maestro a maestro, de pueblo a pueblo, más que en el talento y fuerzas naturales, están en el orden y método del trabajo.

2. Si quieres que tu trabajo no te venga *grande*, procura que sea proporcionado a tu fuerzas y nunca superior a ellas; ni en el orden físico ni en el orden intelectual, jamás te agotes. Procura no gastar pólvora en salvas; ocúpate en tu ministerio y emplea el talento y fuerzas que Dios te ha dado en aquello para lo cual te las ha dado.

3. Si quieres que tu trabajo no se parezca al del burro de noria, ten siempre en él un alto ideal, una aspiración noble, una mira digna del hombre y del cristiano, y tal puede, y debiera, ser trabajar para gloria de Dios, bien tuyo y de tus semejantes.

4. Si quieres que tu trabajo sea *diligente*, mira

que Dios te mira y Él te ha de premiar cuanto por Él hagas; mira que te están mirando 50 niños y cien padres, y que de tu trabajo depende el de esos niños, y quizá el porvenir de esas familias y de ese pueblo, al cual instruyes.

5. Mas después de haber puesto toda la diligencia debida, como si de ella pendiera el buen éxito de la enseñanza y educación, no te envanezcas, sino humíllate ante Dios y dile: «Señor, ni el que planta ni el que riega es algo, si Tú no das el crecimiento.» Y no te dejes llevar de una humildad perezosa ni de una actividad vanidosa: sé a la vez laborioso y modesto.

6. Si quieres que tu trabajo sea *perfecto*, no dejes a medio hacer la obra, termínala; sé constante, véncete a tí mismo y vence todos los obstáculos que a la instrucción y educación se opongan. Si así lo haces, merecerá tu trabajo el calificativo de magistral y pedagógico, y recibirás un premio superior a lo que la lengua puede decir, la imaginación soñar y el corazón sentir.

Examina tu trabajo. A ver si es ordenado y proporcionado a tus fuerzas y cargo, puro, recto y noble en la intención, diligente, humilde y perseverante; y recuerda las palabras del Maestro divino: «Siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo pequeño, entra en el gozo del Señor»; esto es, ven a gozar para siempre de las grandezas de Dios.

119. EL MAESTRO, EL TRABAJO Y LA PAGA.

Sé vividor, pero no avaro, y no esperes en la tierra el pago de sacrificios que merecen más alta recompensa.

1. Si hay alguno que tenga más derecho que el maestro a vivir de su trabajo y que necesite mejor alimento para trabajar, yo lo ignoro. Todo trabajador tiene derecho a vivir de su trabajo: el pastor vive de sus ovejas, el labrador de sus tierras, el peón de sus brazos, el sacerdote del altar y el maestro de su escuela. Esto es justo y con ello se cumple una ley providencial: de tejas abajo todo el mundo vive de su trabajo.

2. Pero hay trabajos y trabajos y no todos son iguales ni se pueden pagar con dinero ni desempeñar a destajo, y entre éstos se halla el del maestro. El maestro instructor, celoso y educador pone en su labor toda su alma y todo su tiempo, todas sus energías y todo su afecto y talento, y esto no por lo que le dan ni por lo que económicamente espera, sino por miras y motivos mucho más altos; de otro modo, no sería maestro, sino un industrial o comerciante en letras.

3. Y tal industrial o comerciante carecería de vocación y desempeñaría el cargo con muchas deficiencias, cansancios y aburrimientos; porque, mirada la enseñanza de tejas abajo o en su aspec-

to económico, es un oficio mal retribuído y mal agradecido. Salvo rarísimos casos, nadie se enriquece enseñando y, por regla general, ni los padres ni los hijos saben agradecerlo. Los padres, si lo pagan, creen que con dar lo convenido han llenado todos sus deberes.

4. Y el niño, acostumbrado a que todo el mundo le sirva de balde, se forma la idea de que el maestro le debe dar la enseñanza lo mismo que sus padres le dan la manutención, y que en ello nunca hacen demasiado.

5. Así es que tendréis cientos de niños a quienes habréis servido y cuidado en todos sentidos durante seis o más años, y no habrá una docena que al salir de la escuela vuelvan a visitaros para mostrar que están reconocidos y saben apreciaros. Lo cual, ciertamente, no es un estímulo para el trabajo. ¿Qué hacer, pues, para que el maestro no reniegue de su oficio ni maldiga su trabajo y permanezca fiel a su misión, a pesar de todos los pesares?

6. Para trabajar noche y día, a veces sin descanso, y concluída de educar una generación empezar con otra y así toda la vida, sin recompensa proporcionada ni gratitud siquiera por parte de los educandos y sus familias, es menester *ser virtuoso*, o amar a Dios y al prójimo en El y por El, esperando la recompensa del Cielo; pues en la tierra no hay dinero para pagar el sacrificio que supone la enseñanza. Por lo cual, faltando la Reli-

gión y la conciencia, se viene toda educación al suelo. Con sólo aumentar sueldos, no crecerá el número de los buenos maestros; porque ni la vocación ni el celo y el sacrificio se compran ni pagan con dinero.

(Haz examen.)

120. EL MAESTRO Y EL AFÁN DE SABER.

1. Oficio del maestro es enseñar, y como nadie da lo que no tiene, oficio del mismo es estudiar para aprender y comunicar lo que sabe. ¡Ay del maestro que no estudia! Será como fuente sin ventero, que pronto se agota, y de maestro sólo tendrá el nombre, no la ciencia.

2. Huya, pues, el maestro de la negligencia en el estudio, entendiendo que el estudiar es para él un deber sagrado, sin el cual no puede llenar su misión. Y no tome por estudio lo que sea ajeno a la enseñanza, como leer periódicos, novelas, poesías, comedias y otras cosas que, sin ser malas en sí, pueden serlo para él, si le roban el tiempo y el gusto para el estudio de cosas más serias y necesarias, y mucho más si excitan otras pasiones.

3. Evite el maestro estudioso estos dos extremos opuestos a razón: el afán excesivo y vehementemente de saber *de todo* (lo cual es vana curiosidad imposible de satisfacer), y el darlo todo *por sabido*, lo cual es presumida estupidez.

4. Huye tú de ambos extremos, y ante todo estudia lo que has de enseñar, cultiva lo que te interesa saber dentro de tu carrera y campo, y cuida de no intentar más de lo que puedas, y no pretendas alcanzar el conocimiento de lo que está por cima de tus facultades y debida preparación. En todo es buena la modestia, y sobre todo, en el saber, y por el orgullo y vanidad del entendimiento se perdieron muchos maestros y discípulos.

5. Y no te contentes con estudiar por estudiar, saber y brillar, sino haz que tus conocimientos redunden en bien de tus discípulos, enseñándoles, no sólo lo que les conviene saber, sino el arte de aprender y el modo de estudiar y, sobre todo, el amor al estudio, que valen más que los conocimientos.

6. En suma: estudia, porque ese es tu oficio; enseña, porque ese es tu cargo; elige lo que debes estudiar y enseñar, y no pierdas el tiempo leyendo cosas vanas o menos necesarias; no pretendas saber de todo ni tampoco darlo todo por sabido y, sobre todo, no intentes subir a las alturas para las cuales no has recibido alas ni tienes preparación; pues corres peligro de volar y perecer.

Como educador, haz que tu ciencia y afición al estudio se transmitan a los discípulos, para que cada cual en su oficio o carrera haga adelantos.

(Exáminate.) ¿Tienes amor al estudio? ¿Qué estudias, cómo, cuándo y para qué? ¿Te has abandonado en el estudio de tu carrera? ¿Sabes quizás menos que cuando te revalidaste? ¿Tienes más afición a la política y los periódicos que a la Pedagogía y sus aplicaciones? El niño desea naturalmente saber; ¿has fomentado y dirigido esa curiosidad hacia cosas útiles y necesarias? ¿O has hecho que el niño aborrezca el estudio por tú no saber hacérselo agradable e interesante? ¿Enseñas a leer para entender y aprender? ¿Enseñas a calcular para resolver problemas de la vida, y así en todo? ¿O eres un rutinario y holgazán, que por no molestarte, ni enseñas ni haces porque tus discípulos sepan estudiar, sino, a lo más, repetir como fonógrafos lo que oyen o leen? ¿Haces amar el estudio? ¿Estimulas, diriges y moderas el afán de saber?

Mira que de ese primer impulso depende el porvenir para las carreras, oficios y profesiones, que piden inteligencia y cultura.

121. EL MAESTRO MODERE SUS PENAS Y MUÉSTRESE ALEGRE.

1. Con alegría se hacen las cosas mejor y primero, con menor esfuerzo, con mayor gozo y de un modo más grato a Dios, a quien gustan las razones alegres, y más simpático a los hombres. ¿Qué maestro habrá que no quiera aprovechar tantas y tan preciadas ventajas?

2. La tristeza es todo lo contrario de la alegría: es tarda y desordenada en el obrar, tediosa e inconstante en proseguir, penosa y costosa para

el que la tiene y antipática para los que la sufren; es una enfermedad amarillenta y cetrina, que comunica su color a todo lo que dice y hace.

¿Qué pedagogo deseará tener tal enfermedad en sí ni en la escuela?

3. Hagamos la enseñanza y la educación agradables por medio de una santa y moderada (no loca) alegría; que aunque este mundo no se ha hecho para gozar, sino para merecer, tampoco se ha hecho para ser la antesala del infierno. La escuela debe ser alegre, como lo es la juventud, como lo es el corazón puro, como es nuestro ideal y lo son nuestras esperanzas, que se cifran en gozar de Dios y su gloria para siempre.

Pero si el maestro es tritón, adiós alegría escolar; porque el maestro es la escuela.

4. Escuela sin juego, sin ruido ni canto, no es escuela, sino cementerio; maestro quejumbroso, tristón y tedioso, no es maestro, sino un llorón o o plañidera, que pudiera aspirar a sepulturero.

Enseñanza sin alegría es aburrimiento y tedio, fastidia, no enamora, ni educa, ni mejora; educar con la cara siempre apretada y el látigo en la mano, es funcionar de negrero y hacer esclavos. Ese no es el modo de ser habitual de un maestro. ¿Tú que prefieres? ¿Ser plañidera, enterrador, negrero, o un educador alegre, bondadoso y satisfecho entre los pequeñuelos?

5. Mientras la juventud tenga honestos esparcimientos, no pensará en vicios que la degraden;

pero, ¡ay del joven que no juegue, ni ría, ni brinque, ni cante, ni goce con entretenimientos inocentes y sencillos, y busque la soledad y el no ser visto para sus diversiones! Y ¡ay! del pueblo que sólo goce con el arte de la prostitución (bailada, coreada, escrita, dibujada y pintada y representada, etc.). Maestro, ¿tú qué prefieres, en la escuela y fuera de ella, para tus alumnos?

6. Modera tus penas, si las tienes; desecha la melancolía, si te invade, y no te hagas (ni hagas a tus alumnos) víctima de la tristeza mundana, que quita suavidad y dulzura, simpatías y encantos, la hermosura del alma y del cuerpo y hace seres duros, ásperos, desabridos, agrios, repulsivos, antipáticos y feos; lo cual no es, ciertamente, el ideal de ningún hombre de juicio y menos de un pedagogo.

(Exáminate.)

122. EL MAESTRO CULTIVE LA ALEGRÍA SANTA Y DESTIERRE LA MALA.

1. En la tierra y en el Cielo, verdad, bondad y belleza se dan la mano; belleza, amor y gozo se necesitan y completan. Hemos sido formados para la verdad, bondad y belleza; para conocer, amar y gozar, y sabiendo que Dios es la Suma Verdad, la Suma Bondad, la Suma Belleza y el Sumo Amor, dicho está que es también el Sumo Gozo.

2. Educar, pues, de modo que la verdad y hermosura, la bondad y el amor lleven a la alegría y el contento, es secundar nuestra naturaleza y satisfacer la suprema necesidad de la vida, que es el contento. Hemos nacido para ser felices.

3. ¿De qué modo se logrará esto? Apartando el alma de la culpa, que es semillero de remordimientos; practicando la virtud, cuya recompensa es gozo y dicha temporal y eterna; disminuyendo las penas con el alivio de los consuelos; atenuando los males con la esperanza de los bienes, y aun convirtiendo esos males en bienes y esas penas en alegrías, sabiendo que todo, menos el pecado, está ordenado por Dios para nuestro bien y pasa por su mano antes de llegar a nosotros.

4. Conviene saber que hay dos clases de tristeza. Hay una tristeza racional y moderada que es según Dios, porque lleva a El por medio de la contricción y penitencia; y ésta es recomendable; hay otra tristeza mundana y mala, que no causa bien alguno y «obra la muerte de muchos», y ésta debe desterrarse de la escuela, porque quita el gusto para todo: para leer, estudiar, medita, reír y obrar. Para que la escuela sea simpática, es preciso que la vida no sea triste, sino alegre.

5. La tristeza mundana alborota el alma, causa excesivos temores y la llena de perturbaciones nacidas del descontento de sí misma; oprime el

ánimo, oprime el corazón y deja tullidas las fuerzas todas, corporales y espirituales, de las personas a quienes entumece, hiela e incapacita para toda acción que exija buen ánimo y esfuerzo.

6. Con razón se ha dicho que la tristeza mala y la alegría loca son el anverso y reverso del mal, y que no hay cosa que más agrade al espíritu del pecado, que la melancolía y tristeza de la virtud.

Huyamos de las alegrías y melancolías de Satanás, y alegrémonos día y noche, en lo próspero y adverso (según la opinión del mundo) en Dios, que es nuestra esperanza y toda nuestra alegría. Y partiendo de esta fuente, no hay cosa que nos pueda aguar la alegría y contento de la vida, y menos tratando con niños, que son la alegría de la tierra y el gozo de la escuela.

(Examine.)

123. EL MAESTRO PRUDENTE, JUSTO, FUERTE Y TEMPLADO SERÁ HOMBRE DE SU TIEMPO, SIN DEJAR DE SER EL HOMBRE DE TODOS LOS TIEMPOS.

1. No todo cambia. Hay verdades, derechos y deberes, facultades, tendencias, misiones y organismos que perduran o son de todos los tiempos. Variar esto, que es lo esencial, lo inmutable, lo fundamental para ir adelante, no cabe en ningún

hombre de juicio, cuanto más un maestro. ¿Y si el modernismo o frivolidad de la moda atentan contra aquello que está por encima de la voluntad del hombre? El maestro de su tiempo combate esas tendencias, más propias de mentes insanas que de entendimientos bien equilibrados.

2. Ni Dios ni la verdad se cambian, ni el dogma ni el derecho divino se mudan, ni el bien ni la virtud, ni el hombre y sus facultades y destinos esenciales varían, ni el Decálogo, ni la Familia, ni la Iglesia, ni la Patria, se han hecho para una temporada. Si, pues, algún maestro, llevado de la manía innovadora, pretendiera enseñar algo opuesto a eso que es inmutable, se expediría a sí mismo el título de mentecato.

3. Pero respetando lo que siempre es respetable y partiendo de lo que para todo es base y fundamento para progresar e ir adelante, el maestro que es de su tiempo, acepta todos los adelantos y condena todos los retrocesos.

4. ¿En su tiempo se da suma importancia a la escuela y la ciencia? El maestro no se la regateará. Pero si, a pretexto de la libertad del pensamiento, de la cátedra y del profesor, se proclama el derecho a dar desde la escuela contra todo y contra todos, y ni Dios ni el hombre, ni la sociedad, ni la Religión y ni la Patria están a salvo de tales *intelectuales* que funcionan de maestros, entonces el maestro que no sea un anarquista intelectual, ¿combatirá esa libertad o libertinismo docente?

5. En su tiempo se escribe y lee mucho, el maestro enseñará a escribir y leer; pero por lo mismo que se escribe mucho, y la mayor parte superficial, novelero y vano, y aun malo, él leerá un periódico, sólo uno y selecto, para vivir al día, y no perderá el tiempo leyendo novelas y papeles, sino que le empleará en leer y estudiar obras bien pensadas y conceptuadas, especialmente las de su profesión. Y este consejo dará a sus alumnos.

6. En su tiempo la cultura se extiende, los maestros estudian como los bachilleres y los programas de la escuela comprenden casi las mismas materias del bachillerato; de manera que todo está montado a medida de los ricos que aspiran a seguir carrera. Tú, ¡oh maestro!, enseña lo que es esencial al hombre y necesario en nuestros días para vivir en sociedad; pero si tus discípulos no han de ir para bachilleres, sino para labrar la tierra, la madera o el hierro, enséñales lo que en esta dirección les pueda interesar y servir, y no cargues su cabeza con ideas y palabras que de nada les han de servir.

En resumen, sé siempre un hombre que forma hombres buenos y cultos (esa es la misión del maestro en todos los tiempos), y no te dejes llevar de los errores y abusos de tu tiempo, aunque estén de moda, y así permanecerás firme, sereno, constante y consecuente con los principios, y soberanamente digno y grande, comparado con los mo-

distos y veletas de la enseñanza que, para vergüenza de la humanidad y del Magisterio, se llaman pedagogos y maestros.

(Examen. Maestro, ¿eres tú culto y amigo de saber y leer? ¿Eres modernista y amigo de novedades, hasta el punto de querer y ver todas las cosas al revés? ¿Ignoras que hay verdades y cosas esenciales o que nunca cambian? ¿Eres un veleta que se mueve a todo viento de doctrina, un danzante que en nada tiene fijeza, porque carece de solidez en los principios y de seriedad en su formación y en la vida? Si tal eres, buena calamidad serás.)

124. MAESTROS DE BUENA VOLUNTAD, EDUCAD VOLUNTADES Y CON ELLAS DOMAD PASIONES.

1. Los hombres de voluntad son los que valen; pero han de tener voluntad *prudente*, o conforme a rectitud y justicia; *fuerte*, o firme y constante, y bien *templada*, o pronta y resuelta a dominar todas las pasiones y caprichos que a lo bien querido se opongan.

2. Serás *prudente*, si sabes elegir el objeto de tu voluntad y los medios que a él conduzcan (con las personas, tiempo, lugar y modos debidos).

3. Serás *justo*, si quieres aquello que debes con pura y recta intención, si en nada faltas a nadie y todo lo haces con recta, sana y completa voluntad, de modo que tu conciencia vaya de acuerdo con tu querer.

4. Serás *fuerte*, si de veras quieres, de verdad trabajas en conseguir lo bien intentado y no cedes ante las dificultades que se presenten ni aflojas y desmayas por el transcurso del tiempo o tardanza en conseguirlo, sino que persistes en lo bien comenzado hasta verlo terminado y bien concluido.

5. Serás *templado*, si con la voluntad por señora sabes dominar tus pasiones y ordenarlas, en lo que tengan de buenas, a fines y objetos santos, y contener bien dominadas las que a la virtud se opongan.

6. Y, por el contrario, no es hombre prudente, justo, fuerte ni moderado o templado el que no tiene voluntad, y tal es: el que quiere lo que es malo, o lo que es bueno, pero con mala intención o muchos defectos, imprudencias o indiscrecciones; el que quiere para otro lo que no querría para sí; el que no desempeña su oficio o cargo como debe, sino con quebras y a medias, como suele decirse; el que quiere y no quiere, o es voluble, inconstante, flojo y desmayado en el querer y el obrar, y comenzando muchas cosas todas las deja sin acabar; el que es esclavo de sus pasiones y víctima de ellas, llámense éstas soberbia, vanidad, lujuria, ira, gula, avaricia o pereza.

(Examínate y mira si tu voluntad está bien formada; porque así como el maestro que aspira a enseñar ha de estar enseñado, así el que aspira a educar ha de estar educado. Nadie da lo que no tiene, y es obra más

ardua y transcendental formar voluntades que inteligencias, hacer hombres rectos y buenos que ilustrados e instruidos, domar pasiones que hacer composiciones.)

125. EL MAESTRO CRISTIANO HARÁ BUENOS HOMBRES Y BUENOS CRISTIANOS, QUE SON LOS MEJORES DE ENTRE LOS HOMBRES.

1. El oficio de maestro es ser formador de hombres, y el hombre es el alma, y el alma es la voluntad, y el alma de la voluntad es la virtud: hacer hombres virtuosos es cumplir con el cargo de maestro educador.

2. Bueno es instruir, pero aún es mejor educar; bueno es alumbrar inteligencias, pero aún es más meritorio modelar corazones, y lo uno debe ir acompañado de lo otro en la formación de almas enteras, de hombres cabales. ¿De qué serviría la ciencia si no lleva a la virtud? ¿Para qué trazar normas, si no se han de seguir? Así como las inteligencias tienen hambre de verdad, las voluntades ansían el bien, y la práctica del bien se llama *virtud*, y la perseverancia o constancia en la virtud forma el *carácter*, y la penetración del alma virtuosa por la gracia de Dios que la mejora, mueve y sobrenaturaliza sus actos y la hace triunfar de todos los obstáculos, forma el *carácter de los santos*.

3. Saborear a Dios en el bien, tender a Dios

con la honradez, perfeccionar y aproximar el hombre a Dios por la perfección cristiana, eso es hacer hombres perfectos, cristianos cabales. Dios nos hizo a su imagen para que nosotros nos asemejáramos a El.

4. Ante Dios y los hombres de bien, el hombre vale, no por lo que *sabe*, tampoco por lo que *tiene*, tampoco por lo que *puede*, sino por lo que *es*, y tanto más vale (el niño y el grande) cuanto *mejor es*. Recuérdese la parábola de los talentos, para saber quienes son los que más valen ante Dios y cuál será su recompensa.

5. Está pagada la sociedad de su cultura, que cada día es mayor o pretende serlo; mas ¿por qué todo el mundo lamenta la falta de caracteres u hombres de bien a carta cabal? Nadie se fía de nadie, porque han desaparecido los hombres *sinceros o verdaderos*; cada día hay más molicie y más egoísmo, porque escasean los hombres de alma bien templada y de corazón caritativo, alto y generoso; todo lo cual prueba que con todo nuestro saber e instruir, ignoramos el arte de educar y perfeccionar. No somos maestros sino a medias

6. Por supuesto, que lo más cómodo para el maestro es concretarse a enseñar; pues es más difícil domar pasiones, sostener voluntades y luchar con las preocupaciones y vicios sociales que enseñar letras y números. Y ¡si ayudaran los coeducadores! Pero si hay padres que no saben edu-

car, otros que no quieren y algunos empeñados en destruir la obra del maestro y del cura... en sus casas.

¿Y los malos compañeros? ¿Y los escándalos legales y sociales?

Pero, maestros, no desmayéis, invocad a Cristo, y a formar, con su ayuda, buenos cristianos, cueste lo que cueste. Ni el Cielo ni la tierra son de los cobardes y flojos, sino de los firmes y valientes; no de los que se dejan vencer de las pasiones, sino de los que saben dominarlas y triunfar de sí mismos.

(Examine.)

LIBRO V

LA RELIGION Y EL MAESTRO

126. LA RELIGIÓN ES UNA RELACIÓN NECESARIA Y PERDURABLE DEL HOMBRE Y DIOS, LO CUAL HA DE TENER MUY EN CUENTA EL MAESTRO Y TODO EDUCADOR.

1. Dios existe y es eterno; el alma existe y es inmortal; y la Religión, que es la relación necesaria de esos dos seres, existe y no puede menos de existir, o es necesaria y perdurable. Mientras Dios fuere Dios y el alma fuere alma, habrá relación entre estos dos seres: habrá Religión.

2. Para probar la existencia de Dios, basta un grano de arena; pues si desde la eternidad nada hubiera habido, nada habría ahora; luego hay un Sér eterno, y al Sér eterno llamamos Dios.

3. El mundo con todos sus seres, el orden con todas sus maravillas, el movimiento con todo su impulso, la ciencia con todos sus descubrimientos, las leyes con todo su imperio, la belleza con

todos sus encantos, todo, todo está diciendo que hay un Sér Supremo, Ordenador universal, Motor irresistible, Inteligencia sapientísima, Voluntad que legisla y Hermosura encantadora, puesto que no se da efecto sin causa. Y a ese Sér que está sobre todos los seres, a ese Ordenador a quien obedecen los átomos y los astros, a esa Fuerza que impulsa y combina el movimiento universal, a esa Inteligencia que ha puesto su saber en todas las criaturas, a esa Voluntad que todo lo somete a la ley de su imperio y a esa Hermosura cuyos destellos se reflejan en cielos y tierra, *llamamos Dios*.

4. Los Cielos y la tierra predicán la existencia y gloria de Dios, y los hombres de todos los climas, de todos los tiempos, de todas las razas, de todos los pueblos lo leen y le confiesan y adoran. Discreparán en el modo de adorarle y reconocerle; pero no en el fondo de la creencia de que hay divinidad, a quien la humanidad debe adorar.

5. Y esa misma humanidad (y con la misma unanimidad) afirma la espiritualidad e inmortalidad del alma; con los actos del culto, en los cementerios y sus monumentos, en las oraciones y sufragios, en los deseos innatos y apetitos infinitos de la voluntad para vivir y vivir siempre y ser feliz; todo lo cual, por ser natural, no puede engañarnos.

6. Todo lo cual está conforme con lo que nos

dice la razón; pues si no tuviéramos alma espiritual, no podríamos abstraer y generalizar, discutir y sistematizar, formar ciencia ni estudiarla, conocer la verdad y el bien, la justicia ni el derecho, la virtud, el pecado, el mérito y demérito, la libertad y responsabilidad y, en general, las ideas espirituales, porque nadie da lo que no tiene y no caben en la bestia ideas espirituales. Hay, pues, un abismo entre el hombre que discurre y el animal que no piensa. Por eso el hombre es religioso y la bestia no; la Religión es honra y atributo de la humanidad y la irreligión todo lo contrario; educar en la Religión es educar en humano, y educar en ateo es antihumano, por no decir bestial.

(Maestros, examinad estas verdades y contrastad con ellas vuestras ideas y procederes escolares)

127. LA ESPIRITUALIDAD E INMORTALIDAD DEL ALMA NOS ENSEÑAN LA NECESIDAD E IMPORTANCIA DE LA RELIGIÓN.

(Ampliación)

1. El alma humana siente, piensa y quiere, juzga, razona y elige libremente; todo lo cual prueba que es espiritual e inmortal, pues por los frutos se conoce el árbol, y por los efectos, la causa que los produce.

2. Es el alma, un espíritu que Dios ha hecho a su imagen y semejanza, y como viene de Dios, mira a Dios y anhela por El; que a tanto equivale esa aspiración natural y vehemente a la felicidad perpetua que siente todo hombre, deseo que no puede satisfacerse en esta vida accidentada y transitoria y ha de realizarse donde la vida sea permanente y bien cumplida; pues la naturaleza es el eco de Dios, que nunca engaña.

3. Nuestro principio y nuestro fin son teológicos, pues de Dios venimos y a Dios vamos, y el medio que los une, que es la Religión, participa de su misma naturaleza o es como ellos. Y por entenderlo así la humanidad, ha sido, es y será religiosa, siendo su testimonio, por lo universal y constante, la expresión de una ley natural, y como tal infalible.

4. ¿Qué sería de la vida sin la inmortalidad del alma? Un enorme engaño, seguido de un terrible desengaño. Para el bueno, sería un conjunto de merecimientos sin premio; para el malo, un conjunto de maldades sin castigo; para el desgraciado, sería una lógica tentación para el suicidio; para el afortunado, la negación del sacrificio de la vida por nada ni por nadie, y, por tanto, el egoísmo y la cobardía; para los apasionados, el desenfreno de las pasiones; para el pensador reflexivo, un conjunto de absurdos y contradicciones inexplicables, y para el desesperado, una lucha fiera en este mundo de fieras para vencer

por todos los medios imaginables o desaparecer y terminar el viaje como el perro rabioso, pues muerto el perro, se acabó la rabia.

5. Y con hombres así, ¿quién gobernaría? Con bestias convencidas, ¿qué sería de la verdad y el deber, de la libertad y el derecho? Sin otra vida de reparaciones, ¿quién es el mentecato que sufre aquí las injusticias y se aquietta con las desigualdades sociales?

6. La inmortalidad del alma, no sólo es una verdad psicológica, sino una verdad histórica, moral, social y jurídica, sin la cual el mundo no puede subsistir ni la vida se puede explicar.

Ahora se entenderá la importancia y alcance de la Religión, relación necesaria y perdurable del alma y Dios, sostén, base y explicación de la vida y su complemento; y los males sociales que de la irreligión se siguen.

(Examinad y pensad, maestros, estas verdades y sus consecuencias, para obrar en conformidad en vuestras escuelas)

128 CONCLUSIONES PEDAGÓGICAS DERIVADAS DE LOS DOS ARTÍCULOS PRECEDENTES.

1. Por lo mismo que las relaciones entre Dios y el hombre son necesarias, nadie las puede suprimir sin suprimirse en cuanto hombre de razón y deber; puesto que el alma es el hombre, y quien

se niega como ser espiritual, se afirma como mero animal y se suprime en lo que tiene de racional y moral.

2. El ateísmo, pues, y la indiferencia práctica en el orden religioso, es enorme aberración y degradación suma; es la negación del hombre.

3. Prescindir en la educación del orden religioso es mutilar y decapitar la educación y al educando.

4. El maestro que aspira a hacer hombres cabales no olvide que el hombre es un animal teológico o religioso, lo mismo que es un animal racional, moral y social, y aun por lo mismo.

5. Pues sin otra vida, en la que se realicen las aspiraciones de ésta y se reparen las desigualdades e injusticias que hay en este mundo, la vida presente deja de ser racional, justa y apreciable, especialmente para los infinitos que en el mundo son desgraciados.

6. La Religión, pues, es necesaria, no sólo con necesidad metafísica, sino con necesidad moral y social, en cuanto aquí es guía y freno para las conciencias, y allá es reparación y sanción eterna de la libertad y la justicia. Suprimid la Religión y habréis concluído con la razón, la justicia, la libertad y el orden. ¡Que es suprimir!

129 EL MAESTRO QUE SABE LO QUE ES LA RELIGIÓN, NO ES IRRELIGIOSO.

1. La religión puede considerarse bajo tres aspectos: como *ciencia*, o conocimiento de las verdades y deberes que unen al hombre con Dios; como *virtud*, o creencia y práctica de esas verdades y deberes, y como *institución* u organismo social encargado de custodiar, propagar y conservar dichas verdades y promover e inculcar el cumplimiento de los deberes religiosos; y en los tres conceptos debe poseerla el maestro educador.

2. Como *ciencia*, el maestro está obligado a estudiarla para saberla y enseñarla a sus discípulos: lo que es Dios, lo que es el hombre y lo que es el mundo, relacionándolo con Dios, su causa primera y fin último. Esto lo enseñan la Teodicea y la Teología, que es la ciencia de las verdades más altas y de los deberes más trascendentales. «La ciencia de mi principio, fin y destino, la ciencia de mi salvación y de la de mis educandos, se dice el maestro consciente, no puede ser preterida por mí.»

3. Como *virtud*, debe el maestro tener Religión, creyendo sus verdades y practicando los deberes que la misma prescribe, y no sólo como particular, sino como educador; pues mal podrá educar a cristianos quien no crea ni practique lo que enseña e inculca a sus discípulos. Maestro

que no cree ni obra como cristiano, no puede educar a cristianos.

4. Como *institución*, debe el maestro saber y observar que Jesucristo fundó una Iglesia, a la cual dió misión docente y santificadora, haciéndola maestra suprema de la verdad religiosa y custodio y santuario de la moral católica, y de esta Iglesia es discípulo distinguido y maestro repetidor de otros discípulos de Cristo todo educador cristiano.

5. Y como no hay cosa más grande que la Religión, ni como ciencia, ni como virtud, ni como institución, tampoco debe el maestro tratar de ella como de cualquiera otra asignatura, sino como lo más importante, lo más trascendental y de mayor valor que hay en la vida, pues la Religión es la *expresión del fin total* de ésta y el puente y lazo que une el tiempo con la eternidad.

6. ¿Se sabe ni puede calcular lo que valen Dios y el alma, la virtud y la gloria? Pues del mismo modo es incalculable lo que vale la Religión, que de ellos trata y los une, con lazo indisoluble. Maestros, si queréis enseñar a vivir y lo que es la vida, no renunciéis al conocimiento y práctica de la Religión, que es la que mejor enseña a vivir, y la única que enseña a bien morir, uniendo lo temporal con lo eterno, lo transitorio con lo permanente, el período de prueba con el ingreso en la vida de las recompensas, que es la vida de lo estable, permanente y eterno.

(Examina tus ideas y tus obras, a ver si están o no conformes con esta doctrina y si la observas en tu escuela o estás más o menos contagiado del indiferentismo religioso, que es el más funesto de los errores y la más esterilizadora de las plagas sociales.)

130. EL MAESTRO DEBE SER RELIGIOSO POR SER HOMBRE Y POR SER MAESTRO, Y PARA HACER HOMBRES Y NO NECIOS.

(Ampliación.)

1. Se ha dicho que el maestro está obligado a conocer y practicar el conjunto de verdades y deberes que forman la Religión como hombre y como educador: como hombre, para cumplir el más alto fin del hombre, que es conocer y servir a Dios, y como educador o formador de hombres, a quienes ha de enseñar dicho conocimiento, servicio y amor, teórica y prácticamente.

2. Y la Religión no es cosa que pasa; pues siendo lazo que liga al hombre con Dios, esto es, a dos seres espirituales e inmortales, mientras Dios fuere Dios y el hombre fuere hombre, existirá ese vínculo, habrá Religión. ¿Qué lazo habrá que más dure, qué asunto que más interese ni valga que la sociedad entre Dios y el alma? El alma es el hombre, y el alma viene de Dios, aspira a Dios y es inmortal como Dios, es naturalmente religiosa.

3. Además, ningún maestro deberá prescindir de la Religión, sabiendo que es la maestra de la vida, el mejor y más vigoroso alimento del alma, la base de toda moral, el fundamento de toda virtud individual y social, la farmacopea que cura o alivia todos los males, la moderadora de los placeres y dolores para que el hombre no sucumba, y la educadora más influyente.

4. ¿Qué formador y guía de hombres prescindirá de la ciencia que enseña al hombre a seguir el camino trazado por la Providencia, que es el viaje de circulación que todos hemos de hacer, viaje que, empezando en Dios Creador y pasando por Dios Santificador, termina en Dios Glorificador?

5. Sin la Religión no sabríamos ni de dónde venimos, ni adónde vamos, ni por dónde debemos ir, o cuál es el destino de esta vida.

6. Cuentan de un maestro que leyó este epitafio: «Aquí yace un necio que no supo para qué se le había dado la vida, pues pasó por el mundo sin saber de donde venía, adónde iba ni por dónde debía ir»

Y a continuación se dijo: «¿Qué nombre merecería yo si, por prescindir de la Religión, hiciera de la escuela fábrica de tales necios?»

(Veáse *Hojas Catequistas y Pedagógicas del Ave Maria*, libro I, hojas 1 y 2.)

(Exáminate y ve si en esto eres discreto, o un listo que hace necios, y tal serías, siendo indiferente en Religión.)

131. EL MAESTRO HA DE SER RELIGIOSO O NO ES MAESTRO.

1. Dios, que es el principio de todo, tiene derecho a que la educación comience por El: *A Deo omne principium*, decían ya los gentiles, *Creo en Dios Padre*, repiten los cristianos. *La impiedad es la mayor de las injusticias*, dicen los pensadores. *Educación sin Religión es hacer casas sin cimiento*, escriben los pedagogos. *Más útil sería criar tigres y leopardos que hombres sin Religión*, dicen los sociólogos.

2. De donde se deduce que un maestro ateo o sin Religión es una aberración contraria a la humanidad, contraria a la cristiandad, contraria a la justicia, contraria a la educación y a la sociedad. No se puede decir más, ni tampoco menos, pues tal maestro no es hombre, ni cristiano, ni justo, ni educador, ni otra cosa que un perturbador y malhechor social de la peor clase y condición.

3. Y lo que se dice del maestro ateo hay que decirlo, en mayor escala, de la escuela atea, llámese como se llame, inferior o superior, pues ni hace hombres, ni cristianos, ni seres justos, ni bien educados, ni miembros útiles de la sociedad, sino todo lo contrario.

4. Ahora, maestros, si tenéis sindéresis, elegid. Si amáis a la humanidad, la justicia, la edu-

cación y la sociedad, aborreced el ateísmo en el maestro y en la escuela, y no olvidéis que el indiferentismo es un ateísmo práctico.

5. Quien no sabe que hay un Dios Criador, Conservador y Providencial del universo, poco sabe.

Y si, sabiéndolo, desdeña reconocerle, reverenciarle, adorarle, malo es.

Y si con tan supina ignorancia o acentuada malicia, acepta el cargo de maestro y educador, esto es, de formador de inteligencias y voluntades, de modelador de hijos de Dios, en lógica no cabe otro calificativo más adecuado que el de necio o malvado.

6. Vosotros, maestros, ¿querréis para ninguno del gremio tales calificativos? Pues sed religiosos y haced por que todos lo sean.

Mirad que la humanidad adorando no se equivoca en que hay que adorar, aunque a veces se equivoque en el objeto de su adoración; que el alma es naturalmente religiosa, y quien la contradice se contradice; que quien niega a Dios el culto que se le debe, comete una injusticia; que quien niega la Religión destruye la base del orden moral, y sin moral no hay pueblos; que al niño no se le puede iniciar en el deber sin tener a Dios como Legislador y Sancionador supremo; que destruir Religión y sembrar ateísmo es sembrar y cultivar inmoralidad, licencia, desorden y anarquía; que el hombre sin Religión es ineducable e ingo-

bernable; que el maestro ateo y la escuela atea son dos desatinos mayúsculos, dos perversiones y calamidades públicas, funestísimas para individuos y pueblos.

(Examen.)

132. EL MAESTRO EDUCADOR, ¿DEBERÁ INFORMAR AL NIÑO O DEJARLE EN LA IGNORANCIA Y BRUTISMO, A PRETEXTO DEL RESPETO DEBIDO A SU CONCIENCIA?

«*Dómine, ilumina faciem tuam super me, doce me facere voluntaten tuam.*» Señor, haz que yo te vea en mí, y enséñame a hacer tu voluntad.

1. Informador de inteligencias y corazones, director y despertador de ideas y sentimientos debe ser el maestro; más, ¿cómo informará y despertará las ideas y sentimientos más grandes de que es capaz la inteligencia y el corazón del hombre, que son los religiosos, si el amo de las aulas, que el Estado, se lo prohíbe?

2. Así como la razón es natural al hombre, pero no se despierta sino al contacto de otra razón ya desarrollada; así la idea, el sentimiento y deber religiosos han de ser despertados y desarrollados al contacto de otros seres educados en la Religión.

3. No despertar y cultivar esa tendencia del hombre, naturalmente religioso, y en tal concepto cristiano, es ir contra la naturaleza humana y faltar abiertamente a la Pedagogía, es mutilar y empedalear hombres.

4. Llamar a esa educación negativa *respeto a la conciencia del niño* es trocar los nombres y naturaleza de las cosas, pues tal conducta debe llamarse *respeto a la ignorancia, incultura y brutalidad*; quien tal dice y hace no sabe lo que es el niño educando, ni lo que es educar, ni lo que es cultura y humanidad.

5. Informar, dirigir y poner en acción todas las facultades del niño, afirmando sólidamente el régimen y armonía integral de las mismas, y mostrando los supremos horizontes del espíritu, mostrar a su inteligencia la «Suma Verdad», y a su voluntad el «Sumo Bien», eso es entender lo que son la educación y los niños.

6. Dejar al niño y al joven entregado a sí mismo, sin ciencia ni formación ni educación que le guíe, adiestre, defienda y preserve en las luchas y contradicciones que dentro y fuera de sí siente, ve y experimenta, es desconocer lo que es el hombre en estado de lucha y contradicción, y la necesidad que tiene de una disciplina y régimen vital, que repare en él los destrozos causados por el pecado. Hasta para ser buen educador es necesario ser cristiano, pues sólo el Cristianismo es capaz de alzar el velo que cubre el misterio del

hombre en contradicción consigo mismo, que es el problema de los problemas pedagógicos.

(Examina y repasa estas ideas y sus consecuencias pedagógicas en tu conciencia y escuela)

133. EL MAESTRO CRISTIANO Y DE CRISTIANOS, NO SÓLO DEBE ENSEÑAR A CRISTO Y SU IGLESIA, SINO EL POR QUÉ DE UNO Y OTRO.

1. Siendo la Religión cristiana la base de nuestra vida moral y cristiana, debe un educador cristiano y de cristianos saber el fundamento o por qué de lo que creemos, adoramos y obramos, y sin esto, ni el maestro ni el discípulo están bien instruidos y educados.

Piensa en el significado de estas frases: «Soy un cristiano consciente. Tengo fe racional. Soy hombre fundado en razón y fe. Sé lo que creo y por qué lo creo.»

2. Sobre todo hoy, que tanto se escribe y blasfema de lo que se ignora, hablando de Religión sin haberla estudiado, es de grande oportunidad oponer a la ignorancia e impiedad de los petulantes la verdad religiosa y sus fundamentos o razón de ser.

3. Por consiguiente, además de la Historia y Doctrina cristiana, debe el maestro de nuestros días saber y enseñar *Fundamentos de Religión*, si no como un teólogo, si como un buen educador;

que no es justo dar menos importancia al por qué de la vida que al por qué de las Matemáticas, por ejemplo.

4. ¿Qué es la Religión sino un vínculo sagrado entre Dios y el hombre? ¿Cuál es su naturaleza, su verdad y trascendencia? ¿Cuál su importancia individual y social, histórica y pedagógica? He aquí puntos que deben saber y enseñarse por un maestro cristiano.

5. ¿Quién es Jesucristo? El anunciado en el Paraíso, delineado por los Profetas, personificado por los Patriarcas, esperado por todas las gentes, anunciado por los ángeles, crucificado por los judíos, encarnado en la Iglesia y viviendo en nosotros, ¿deberá ser ignorado por el maestro y la escuela cristiana? El Héroe inmortal de los siglos, el que, esperado o venido, adorado o perseguido, ocupa toda la Historia y es el personaje principal del drama en que actúan la Humanidad entera, el Cielo, la Tierra y el Infierno, ¿no merecerá ser conocido y estudiado por todo maestro cristiano, y aun por todo hombre pensador y medio ilustrado?

6. ¿Qué es la Iglesia cristiana, o la persona moral de Cristo? ¿Cuál es su origen, naturaleza, propiedades y dotes? ¿Cuál su importancia social y pedagógica, ya se la considere como maestra, ya como educadora?

(Examinad y pensad, maestros, si os será preciso sa-

ber y enseñar algo de todo esto, y si para saberlo y enseñarlo habrá que estudiarlo.)

134. EL MAESTRO, REFLEXIONANDO ACERCA DE LA RELACIÓN FUNDAMENTAL QUE EXISTE ENTRE SU OBRA Y LA CAÍDA DEL HOMBRE, APRENDE QUE EL PRINCIPIO DE LA EDUCACIÓN ES UN DOGMA.

1. El hecho más universal y constante, más misterioso y absurdo, es el hombre, pues todo en él es contradicción. ¿Y es posible que tal absurdo saliera así de las manos de Dios?

2. El hombre es una mezcla de verdad y error, de bien y mal, de grandeza y ruindad, de dicha y desdicha, de nobleza y degradación. ¿Quién ha puesto así a la obra maestra de la creación?

3. Dentro de nosotros mismos observamos la lucha de por vida entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el deseo de la felicidad y el sufrimiento de la desdicha, el deber y las pasiones las ideas y aspiraciones más nobles y grandes y las tentaciones y preocupaciones, y a veces caídas, más bajas e innobles.

¿Es posible que una monstruosidad semejante haya salido así de las manos de un Dios infinitamente bueno y sabio?

4. No parece sino que dentro de cada hombre hay dos hombres: el uno bueno y el otro malo, el

uno cuerdo y el otro loco, el uno grande y el otro pequeño; y estos dos hombres disputan y luchan entre sí hasta la muerte, haciendo de la vida una batalla incesante y poniendo el alma en tortura continua. ¿Quién me ha hecho enemigo irreconciliable de mí mismo?

5. A estas preguntas, que brotan de todos los pechos, que resultan de tales y tan inexplicables hechos, responde la Religión cristiana: «El hombre de ahora no es tal como Dios lo crió, sino que es un degenerado; Dios le hizo recto, bueno, inocente, feliz y sabio; pero pecó y se degradó, transmitiendo a su descendencia la infección de la culpa y la degeneración de la pena »

¡Oh pecado de la cabeza, cómo has influido en todo el cuerpo! ¡Oh misterio clavado en todo mi sér, que sólo puede ser explicado por otro misterio, el pecado original!

6. De aquí nacen esas contradicciones del hombre: «Cuando vemos al hombre inteligente y virtuoso alzando su noble frente al Cielo, admiramos en esta noble criatura la imagen y semejanza de Dios; cuando le vemos en las tinieblas del error, en el cieno de la corrupción y en las angustias del infortunio, vemos el estrago hecho en aquella bella imagen por el borrón del pecado.» (Balmes.)

Maestros, en vuestras manos pone la sociedad otros tantos absurdos y contradicciones como niños; ¿será extraño a vuestros conocimientos y

procedimientos el por qué de esos absurdos y contradicciones? ¿Entendéis ahora la diferencia radical que hay entre el educador cristiano y el que no lo es, entre la educación cristiana y la que no lo es? ¿Alcanzáis ahora todo el significado de estas palabras: *La educación es obra de regeneración; educar es restaurar?*

(Examina y piensa, punto por punto, estas consideraciones trascendentales para la enseñanza y la vida)

135. EL MAESTRO DE CRISTIANOS HA DE SABER Y ENSEÑAR QUE JESUCRISTO ES DIOS, Y LA RELIGIÓN CRISTIANA ES DIVINA.

1. Existió en Judea un hombre de humilde cuna y humilde oficio llamado Jesús, quien atraía a las turbas predicándoles una nueva doctrina, noble, pura y santa; que fundó la Religión cristiana, y fué acusado y crucificado y muerto por sus enemigos. Este es un hecho innegable, que refieren todos los historiadores y resalta de todo cuanto hay en el Cristianismo, doctrina, moral y culto; y así, quien niegue la existencia de Jesucristo, deberá negar, no sólo todos los hechos de la Historia, sino todo lo que está viendo y palpando del Cristianismo, que aún vive y lleva su nombre y sello.

2. Este hombre se afirma como Dios, y se llama «Hijo de Dios e igual al Padre», de quien se

dice el Mesías o Enviado; y no sólo lo afirma, sino que prueba su misión divina con su vida y doctrina, que son santas, y con milagros y profecías, que son los sellos auténticos de la Divinidad.

Ni su vida puede ser más pura ni su doctrina puede ser más santa: «vive y muere como un Dios» (Rousseau), y a pesar de no haber estudiado sino en el taller de un carpintero, ningún filósofo ni sabio le igualan en la pureza, elevación, nobleza y motivos de la virtud, que enseña con toda sencillez y practica con toda sinceridad. ¿Quién se la enseñó? ¿Es posible que tan ajustada doctrina sea obra de un iluso o desequilibrado, y tal moral y conducta sea obra de un impostor? ¿No indica más bien esto que con Él están la verdad y la sinceridad?

3. Si en lo humano no ha tenido maestros, y su ciencia es superior a la de todos los maestros, ¿quién se la ha enseñado? El impostor no es, porque el impostor que quiere engañar, procura halagar las pasiones y disimula y excusa sus faltas, no suele olvidarse de sus intereses ni tampoco de buscar la protección de los poderosos; y Jesucristo, al contrario, ama la pobreza, la humildad, la oración, el sacrificio; prefiere a los niños, a los humildes y a los necesitados, y no tiene ni cuna al nacer, ni cama al morir, y da su vida en la cruz con calma y serenidad sobrehumanas, orando por aquellos que le crucifican y escarnecen. ¿Es éste el corazón de un malvado o de un Dios?

4. Lo que Jesucristo dice lo confirma con toda clase de milagros, pues con sola una palabra resucita a los muertos, da vista a los ciegos, movimiento a los parálíticos, habla a los sordomudos de nacimiento, multiplica los panes, sosiega las tempestades, anda sobre las aguas, y por remate de tanta maravilla, promete y cumple su palabra de resucitar al tercero día de entre los muertos.

Estos son hechos, constan por la Historia y no lo niegan sus enemigos, aunque los atribuyen a la magia, y miles de cristianos, modelos de sinceridad, los afirman y rubrican con su sangre. Si, pues, Jesucristo se afirma como Hijo de Dios, y lo prueba con milagros, una de dos: o es Dios, o Dios se empeña en que así lo creamos.

5. Jesucristo, además, no es un personaje improvisado, que aparece y desaparece sin saber por qué, es el *Rey de los siglos*, el anunciado en el Paraíso como Salvador y Redentor de la humanidad caída, el simbolizado y personificado por todos los símbolos y personajes del Antiguo Testamento; el delineado y retratado por los Profetas, en quien se cumple todo lo que del Salvador estaba predicho, desde el tiempo, familia y pueblo donde había de nacer, hasta los acontecimientos más insignificantes de su vida, su Pasión y las consecuencias de su obra, que es la Iglesia. Y decimos: en poder de los judíos, enemigos jurados de Cristo, están los libros que anuncian y

predicen a Jesucristo; compárense esos libros proféticos con la relación evangélica, y se verá que son dos historias que se afirman y confirman. Y como sólo Dios conoce lo libre contingente, o Jesucristo es Dios, como él lo afirma, o Dios se ha empeñado en que así lo creamos.

6. Excusado parece decir que Dios dejaría de ser Dios en el momento que con un milagro o profecía confirmara una mentira o error.

Finalmente, Jesucristo confirma su Divinidad apelando a su resurrección, que predice, y al milagro permanente de su Iglesia, que durará hasta el fin de los siglos, a pesar de todos los errores y males con que se la ha de combatir.

Si, pues, Jesucristo resucitó, y de esta resurrección fueron testigos los Apóstoles y cientos de cristianos que le vieron y lo declaran muriendo; si la Iglesia se fundó, propagó y conserva, siendo un milagro moral permanente y dándose en ella frecuentes milagros de todas clases, ¿qué hemos de decir sino que Jesucristo es Dios y el Cristianismo obra divina?

136. EL MAESTRO CRISTIANO ADMIRA EN CRISTO EL BELLO IDEAL DEL MAESTRO.

«Ego sum lux mundi.» (J. C.)

1. Nada más bello en el orden moral que un maestro sabio y humano enseñando y formando

a discípulos dóciles y muy queridos. El amor y la unión que existe entre padres e hijos queda por bajo de aquella otra paternidad que engendran las ideas y costumbres y hacen de los discípulos hijos del alma del maestro. Y entre los maestros, ¿quién habrá que en excelencia iguale a Jesucristo?

2. «Maestro me llamáis y decís bien, porque lo soy.» Aquí tenéis a Jesucristo aprobando el título de Maestro, que sus Apóstoles le dan con justicia. Y en otra parte les había dicho: «No llaméis a nadie maestro; vuestro Maestro es uno: Cristo.»

3. Por aquí se ve que entre cristianos y para cristianos podrá haber muchos maestros, pero el Maestro por antonomasia es uno: Cristo. Y cuando haya oposición de doctrinas y enseñanzas entre los maestros y el Maestro, el criterio de los discípulos ya sabemos cuál debe ser: el de aquel Maestro que, por ser la *Luz del mundo*, no puede tener enfrente de sí más que las tinieblas del error y el pecado.

4. En cuanto a belleza estética, no hay sino leer los Evangelios, eco débil, aunque fiel de sus enseñanzas. El Maestro habla con sencillez y humildad y al mismo tiempo con dignidad y autoridad; es manso y suave, y es grave y divino; es popular y llano, y es noble y sabio.

Las parábolas y comparaciones están llenas de idealismo inmaculado y realidad viviente, en-

cerrando profundos pensamientos bajo el velo de imágenes sencillas tomadas de cosas conocidas.

5. Pero donde la enseñanza de Jesucristo raya en el cielo de lo más sublime es en el Sermón de la Montaña o de las Bienaventuranzas (sermón público), y en la oración de la Cena (conferencia privada). Aunque sólo estas dos muestras quedaran de la enseñanza del Maestro, ellas bastarían para acreditar el título.

6. Sobre todo, se ve que no es una enseñanza de perfilados retóricos, ni de fríos catedráticos, ni de hinchados pedagogos, sino que es sobria, cálida y sencilla, cordial, sentida y educadora, familiar, íntima y amorosa «Ya no os llamaré siervos, sino amigos míos.» «Hijitos míos, amaos los unos a los otros.» «Si me amáis, mi Padre os amará y vendremos a vosotros y en vosotros haremos nuestra morada.»

He aquí algunos rasgos de la enseñanza educadora del Maestro. Aprendan ahora de El los maestros cristianos.

137. EL MAESTRO, PENSANDO EN LO QUE ES RELIGIÓN, TERMINA EN LA IGLESIA, QUE ES LA INSTITUCIÓN QUE LA ENCARNA.

1. Es la Religión, objetivamente considerada, un conjunto o sistema de verdades y deberes que

ligan al hombre con Dios. Para enseñar esas verdades se necesita una Autoridad, y para encarecer uno y otro y hacerlo llegar a todos los países y conservarlos en todos los tiempos se necesita una Institución docente, educadora y rectora, que se extienda tanto como el mundo y dure tanto como los siglos.

2. Y para que esa Institución docente no yerre, conviene que sea infalible; para que no se corrompa y pervierta, conviene que sea santa e incorruptible; y para que pueda educar y santificar a todos los hombres de todos los pueblos y condiciones, conviene que sólo dependa de Dios, o sea soberana e independiente en su esfera de acción.

3. Tal es la Iglesia católica, columna de la verdad, templo de la virtud, sagrario de la santidad, tan extensa como el orbe, perpetua en su duración e infalible en asuntos de fe y moral.

4. ¿Dónde habrá una institución docente y educadora de mayor extensión y duración que la Iglesia, la cual, por ser católica, abarca el mundo; por ser perpetua, comprende los siglos, y por ser indefectible, permanece invariable en su dogma, moral y constitución esencial?

5. Para ponderar la importancia doctrinal y pedagógica de la Iglesia hay que velar enseñando invariablemente las verdades más fundamentales del orden moral y pedagógico, condenando los innumerables errores que la razón ha suscita-

do contra esas verdades, y luchando sin cesar contra todas las pasiones, abusos y tiranías, para procurar que marchen unidas humanidad y verdad.

6. Para todo pedagogo serio, ilustrado e imparcial, la Iglesia docente es el milagro de los milagros y el portento de los portentos jamás visto ni oído; pues desde que nació hasta hoy siempre enseñó lo mismo, y batallando constantemente en el terreno de las ideas, jamás hirió a la verdad y siempre descubrió y condenó el error, sin que ni la astucia y habilidad de los sofistas ni la violencia y opresión de los tiranos consiguieran engañarla, intimidarla ni torcerla.

La Iglesia es el custodio fiel de las verdades más interesantes para la humanidad, y esto ha de saberlo todo educador de hombres, y más si es cristiano y educador de cristianos.

138. EL MAESTRO QUE ES DE CRISTO, ES DE SU IGLESIA.

1. Era necesario, para poder salvar a todos los hombres, extenderse lo que el mundo y durar lo que los siglos. Si pues Jesucristo es el «Salvador que vino a salvar todo lo que había perecido por el pecado, debió fundar una Iglesia *para siempre*, o mientras en el mundo hubiera hombres. Y así lo hizo.

2. Y no sólo debía esta Iglesia ser perpetua en su duración, sino idéntica en todo su sér esencial, o *indefectible*: indefectible en su doctrina, en la moral, en el culto esencial, y en la constitución orgánica y fundamental; porque si no, ¿quién la conocería? ¿quién confiaría en su verdad, moral ni culto? ¿quién la obedecería y acataría como obra de Dios?

3. Y Jesucristo así lo hizo. Fundó una Iglesia para los hombres de todos los tiempos, y prometió estar con ella hasta el fin del mundo: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos», dijo a sus Apóstoles, y en ellos a sus legítimos sucesores. Y organizando la Iglesia sobre el Episcopado y Pontificado, sobre los Apóstoles y sobre su cabeza, San Pedro, dice a éste: «Tú eres la piedra sobre la cual construiré el edificio de mi Iglesia, y las puertas del Infierno (que son el terror y la maldad) no prevalecerán contra ella (ni contra la piedra ni contra la Iglesia). Y todo lo que atares sobre la tierra, atado quedará en el Cielo; y todo lo que tú desatares sobre la tierra, desatado quedará en el Cielo.»

4. Y los hechos comprueban los dichos, la experiencia de la Historia hace buena la palabra del Fundador de la Iglesia, pues que ésta subsiste desde Jesús a nosotros, y su doctrina, moral y culto esencial y su constitución esencial se conservan idénticas, o *es perpetua e indefectible*. A pesar de tanto tiempo, tantas vicisitudes, tantas

herejías y tan violentas como taimadas persecuciones, la Iglesia persevera en su propio ser divino invariablemente. Y cuando alguno ha pretendido hallar innovaciones substanciales en doctrina, moral, Sacramentos o régimen, se le ha probado que aquella pretendida novedad era tan antigua como la misma Iglesia.

5. ¡Y cuidado, que ha habido herejes y han sido taimados, sutiles y capciosos, y ha habido violencias, tiranías, degradaciones y connivencias con los errores y pasiones e intereses de los hombres! Como que desde que nació la Iglesia hasta ahora no ha habido ni un solo siglo de paz para ella, y constantemente se ha visto precisada a luchar y ha vencido.

6. Peleó y venció contra el paganismo y sus errores; corrupciones y tiranías por más de tres siglos.

Contra el barbarismo y feudalismo y su ignorancia y violencia e invasiones por más de seis siglos.

Contra el mahometismo y sus invasiones y degradaciones por diez siglos.

Contra el protestantismo y sus innumerables sectas, rebeliones y derivaciones por más de tres siglos.

Contra el absolutismo regalista y absorbedor por más de dos siglos.

Contra el racionalismo, liberalismo, socialismo y anarquismo, hijo, nieto, biznieto y tataranie-

to del protestantismo, lleva luchando más de un siglo y Dios sabe lo que estas sectas y bandos durarán.

Conclusiones: 1.^a Las obras humanas cambian y perecen; la Iglesia, no; luego es obra de Dios.

2.^a La Iglesia católica es la defensora de la verdad y la cultura en todos los siglos; estar a su lado es ponerse al lado de la verdad, de la cultura, la libertad y la civilización y enfrente de sus contrarios.

3. La Iglesia, en definitiva, triunfa de todos sus enemigos y la mano de Dios está con ella.

(Examinemos y veamos de parte de quién están nuestras ideas y afectos; nuestra orientación pedagógica y nuestras obras.)

139. EL MAESTRO BIEN FUNDAMENTADO, SABE QUE LA IGLESIA, INSTITUCIÓN DOCENTE Y EDUCADORA, ES DIVINA.

1. Es divina, por ser obra de Jesucristo, que es Dios y Hombre verdadero, quien probó su misión y naturaleza divina con la auténtica Divinidad, que son las profecías y los milagros. «Si no creéis a mis palabras, creed a mis obras», decía Jesús, al probar lo que decía con los milagros que hacía.

2. Es divina, por la doctrina, que vino del Cielo; pues, en lo humano, no cabe que la inventara

el hijo de un carpintero y doce pescadores, todos ellos hombres sin estudios ni cultura humana.

3. Es divina, por los milagros que en ella se hacen, y nunca faltan; pues donde Dios pone el sello de su omnipotencia, allí están la verdad y la divinidad adunadas; que es imposible que Dios, Suma Verdad, confirme con milagros la mentira y falsedad.

4. Es divina, por las profecías que en ella se cumplen, tales como el testimonio de los mártires, predicho por Jesucristo; la propagación del Evangelio, con inmensas dificultades y medios humanamente nulos, y la conservación de su Iglesia, en medio de tantos enemigos, profecía y milagro que se agrandan con los siglos.

5. Es divina, por la infalibilidad de la Iglesia, siempre enseñando verdades y condenando errores, y no errar; siempre batallando en el terreno de las ideas y pasiones, y no contradecirse; siempre legislando sobre moral, y no equivocarse; siempre acechada por el sofisma del hereje, y no extraviarse; siempre resistiendo a poderosos, astutos y enconados enemigos, y no perecer, doblegarse ni torcerse. Si tal Institución no es divina, están demás la lógica y el buen sentido.

6. Considerad, maestros, si una tal Institución docente y educadora, divina por su origen, por la doctrina, por los milagros, por las profecías y por la asistencia del Espíritu Santo para que no yerre definiendo sobre doctrina y moral, tendrá

importancia pedagógica, y si habrá alguna otra institución que en esto la iguale ni supere.

(Examen. ¿Has pensado que cuanto Dios hace lo ordena para la educación del hombre y que la Religión es ante todo educación? ¿Has pensado que, en este concepto, tu misión tiene algo de divina, en cuanto eres cooperador en la obra magna de la educación del hombre? Y para tan grande obra, ¿estás preparado? Piénsalo bien.)

140. EL MAESTRO INSTRUIDO RECONOCE LA DIVINIDAD DE LA RELIGIÓN CRISTIANA EN EL HECHO DE SU PROPAGACIÓN.

1. El mundo era idólatra y se hizo cristiano; ¿quién hizo este milagro? Quien los hace todos: Dios. Luego aquí está Dios.

Mundo idólatra (nos lo dice la Historia) es igual a mundo entregado a todos los errores de la mente y a todos los horrores de la corrupción; a cultos falsos, pasiones divinizadas, moral pervertida, sociedad degradada, familia destruída, humanidad esclava, justicia y autoridad torcidas, imperando en todo el egoísmo y la injusticia por medio de la ley del más fuerte, etc., etc. Si un hombre cualquiera cambiara ese modo de ser, diríamos que Dios estaba a su lado, pues eso sería un gran milagro del orden moral y social, más difícil que los del orden físico, y exclamaríamos: Aquí está Dios.